

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

A MIS SACERDOTES

Contenido

I ¡Amor sacerdotal!	1	XXVII Los pobres.	97
II Mirada	4	XXVIII Vocaciones.	102
III Penas de Jesús en las Misas	8	XXIX Celos.....	106
IV Transformación	12	XXX Intenciones.	108
V Los sacerdotes y el purgatorio	15	XXXI Respeto Humano.....	116
VI Los sacerdotes y los fieles	18	XXXII Quiero Reinar.	120
VII Los sacerdotes y la comunión.....	20	XXXIII Como mira Jesús al sacerdote.	123
VIII Los Sacerdotes y María	22	XXXIV Origen del Sacerdote.....	128
IX Se renueva el calvario en las misas.....	25	XXXVI Lo que es la iglesia.....	134
X Jesús quiere una reacción en el clero por el espíritu santo y la oración.....	29	XXXVII Unidad – Virginitad- Fecundidad	139
XI Seminarios y noviciados.	33	XXXVIII Las tres iglesias.....	143
XII Del escándalo y de los pecados ocultos.	35	XXXIX ¡Pido pureza! ¡Pido pureza!.....	147
XIII Del abuso en los confesonarios.	38	XL Fecundidad de la Virginitad.	150
XIV Falta de amor a la eucaristía.	41	XLI La sombra del padre.....	155
XV Cómo deben administrarse los sacramentos.....	46	XLIII Envidias.....	161
XVI Cuanta necesidad tienen los sacerdotes de ser virtuosos para no alejar a las almas.	50	XLIV Virtudes teologales.....	166
XVII Estudio.....	52	XLV Limpieza del alma.	170
XVIII Relaciones con los seglares.	53	XLVI Vanidad.....	174
XIX Relaciones con las religiosas.....	55	XLVII Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre.....	178
XX Peligros en la dirección espiritual.	58	XLVIII Mortificación	183
XXI La avaricia.	63	XLIX María	188
XXII La embriaguez.	65	L Pereza.....	193
XXIII Predicaciones.	71	LI Transformación.....	196
XXIV Tibieza.....	76	LII Secreto.....	199
XXV Aseo.	84	LIII Almas.....	204
XXVI Advertencias.....	90	LIV El gran medio para la transformación	209
		LV Unificación	214
		LVI El espíritu santo.....	219

LVII	Respeto a los sacerdotes.....	225
LVIII	Encarnación mística.....	230
LIX	Quiere Jesús una reacción en los sacerdotes actuales.....	235
LX	La palabra eterna.....	238
LXI	Vergüenza.....	241
LXII	Dolores místicos.....	245
LXIII	Unión de voluntades.....	249
LXIV	Consagración.....	254
LXV	Gracias divinas para el sacerdote.....	258
LXVI	Desconfianza.....	263
LXVII	Dos papeles de Jesús.....	268

I

¡AMOR SACERDOTAL!

¡Ay!... ¡quiero almas de sacerdotes...ternuras...
¡Aconsuelo! ¡Quiero amor en las almas sacerdotales,
quiero destruir la indiferencia que me hiela en ellas; quiero
vida interior, intimidad Conmigo en esas almas
consagradas; quiero desterrar la apatía en sus corazones y
hacerlos arder en el celo de mi gloria; quiero activar la vida
divina en tantas almas de los míos que desfallecen ; quiero
destruir la indiferencia que paraliza la acción de Dios y aleja
de los sacerdotes mis gracias; quiero hacer de cada pecho
un nido para el Espíritu Santo; quiero barrer de mi Iglesia y
arrasar todo lo que no sea puro!

¿Si se pudiera ver lo que Yo veo, lo que me hiere y me
lastima en mi Iglesia, cubierto con la capa de la hipocresía,
de la falsedad, de la mentira y aun del deber?

Mi Iglesia necesita una sangría de México; una llamada
enérgica en muchos corazones resfriados.

Y todo ¿por qué? Porque les falta Espíritu Santo,
porque el mundo ha llegado a los altares, porque la
impureza ¡ay! ha minado muchos corazones.

Había y hay pecados ocultos que expiar, indiferencia

en los actos litúrgicos y religiosos, tibieza en mi servicio,
comodidad y molicie para servir a las almas. , mucha
exterioridad y poco fondo, y sobre todo, ¡poco amor! Es
necesario volver a encender el fuego, y esto solo se hará
por el Espíritu Santo, por el Verbo, ofreciéndolo al Padre,
clamando misericordia.

Quisiera que se activara ese ofrecimiento del Verbo al
Padre en favor de la Iglesia de México por medio de María.
Quisiera que se diera un impulso poderoso a ese acto
expiatorio, uniendo víctimas a la gran Víctima para
desagraviar y apresurar el triunfo de la Iglesia en México.
Es necesario que los sacerdotes mismos se muevan a este
fin, porque hay que expiar en ellos mismos mucho de la
causa de la actual situación religiosa.

Mi Padre quiere perdonar, el Espíritu Santo quiere la
paz; pero el Verbo divino hecho hombre es el canal por
donde desciende y se compra toda gracia.

Vendrá la reacción, pero por este medio y por María; y
se apresurará a medida que se haga lo que pido.

Que todos a una me ofrezcan y se ofrezcan en mi
unión, y sean hostias con la Hostia, y pidan a mi padre con
María que limpie a México, que una a la Iglesia y que una
también los corazones en la caridad.

Yo, aunque Dios, no dejo de ser hombre, y los pecados
- sobre todo los de mis sacerdotes-, hacen que me ruborice
ante la Divinidad ofendida. Este es un secreto, un martirio

oculto de mi Corazón de hombre que ama a los hombres y a los sacerdotes con fibras y latidos especiales, y quiere - como tierra madre- cubrir lo incubible ante las miradas de mi Padre amado.

En este punto muy principalmente tengo tales fibras de madre que quisiera Yo solo cargar con el lodo con que manchan las vestiduras de mi Iglesia, la Esposa inmaculada, y lavar con mi sangre y ocultar con mi Blancura las impurezas ¡ay! de los que se llaman míos. Nadie se imagina esta vergüenza de las vergüenzas para Mí; estas faltas que hieren en lo más vivo mis entrañas de cándido amor, que obligan a mi Padre a los castigos, y que Yo, como Dios hombre, quisiera, renovando mis dolores, impedirlos.

Este martirio oculto de mi Corazón es casi desconocido; martirio de amor divino-humano, porque mi Corazón de hombre ama con todas las cualidades del amor humano divinizado.

¿Se comprenden ahora más profundamente las quejas de mi corazón lastimado en lo que más ama?

Cierto que hay mucho bueno en la Iglesia; pero nadie sabe lo que hieren el fondo de mis entrañas los pecados de esas almas escogidas que tanto me han costado. Una ofensa de ellas es para Mí como miles del común de las gentes que no han recibido esa superabundancia de carismas. No hay quien alcance a comprender la delicadeza torturante con que sé sentir sus ingratitudes..."

II

MIRADA

Antes de la consagración de la hostia en las Misas, los sacerdotes levantan su mirada a mi padre como para pedirle, como para implorarlo y darle gracias, y ése es el momento más cruel de martirio en mis sacerdote indignos, más que la transubstanciación, que operan sus palabras - que como mías operan su labios-; es momento de la mirada de a mi Padre es más doloroso para mí por tratarse de Él, por burlarse de Él, por tener el cinismo de mirarlo con esas miradas que no son puras.

¡Ay! esas miradas me ruborizan, me hieren en lo más íntimo, y con sonrojo vengo a las manos del sacerdote sin negarme jamás, pero ¿cómo viene mi corazón?... sangrando y más sacrificado que en el sacrificio de Calvario.

¿Por qué miran así a mi Padre amado que les dio a su Hijo, como arrancándoselo de sus entrañas?, ¿por qué le pagan con ingratitud? ¿No es este crimen como un reto al cielo que clama castigo y venganza en vez de misericordia?

Éste, éste es otro de los dolores secretos que espinan mi Corazón, que contristan al Espíritu Santo, y tienen eco

penoso en María, y atraen la justicia sobre los pueblos.

Que no miren así a mi Padre ojos que no sean limpios, que no se atrevan a mirar al cielo ojos que tienen crímenes de lodo en la tierra. Que esas miradas sean puras, sean castas, sean amorosas, sean humildes y llenas de respeto cuando en tan solemnes momentos se dirigen a mi Padre. Les da su verbo y recibe ultrajes de lesa majestad; se le implora con burla, con sarcasmo, con indiferencia cuando menos, en esa mirada que debe ser suplicante, humilde, implorante y pura.

Mucha parte de los castigos que Dios envía a los pueblos vienen de esos crímenes ocultos del altar, de esas misas sacrílegas en que viene el Cordero a ser desgarrado, no tan solo en el sacrificio incruento del altar, sino en el sacrificio de mi corazón herido. ¡Y esto es tan frecuente!

Y por más que quiero cubrir lo incubible -como lo quisiera mi amor en cuanto hombre- , soy también Dios, soy el verbo engendrado del Padre a quien debo todo; y si detengo la justicia, no puedo, no debo a veces usar como Dios de solo misericordia. Y éstos son dos martirios de mi ternura, mi Padre y el hombre, Dios y su Justicia.

Además, esa mirada osada y altiva es mirada mía, que la toma el sacerdote como suya, y esa es otra ofensa, entre tantas, en ese solo acto de la Misa.

Yo soy en el sacerdote quien mira a mi Padre, quien

le da gracias anticipadas por el Misterio que se va a obrar en el Altar, quien lo implora, quien lo glorifica; y ¿cómo serían puros, como serían santos, como sus ojos serían sus ojos, mis manos sus manos, mi cuerpo su Cuerpo, mi Corazón el suyo?

Ellos al consagrar no dicen: "Esto es el cuerpo de Jesús", sino que dicen: " Esto es mi cuerpo... mi sangre". Por eso en rigor, nadie podría subir al Altar sin estar transformado en Mí, pero, siquiera, en esos instantes tan trascendentales para el mismo sacerdote y para el mundo entero, siquiera entonces ¡ay! en esos momentos ¡que fueran ellos Yo!

¿Dónde descargar ese terrible peso que me oprime como a Dios hombre, como a hombre Dios? ¿Dónde desahogar mi pecho comunicando lo que más me duele en mis sacerdotes: esa mirada que como mía -e impura- mira a mi Padre; esa mirada que cuando menos manchada con el mundo, fría, indiferente, con que ofenden su majestad y su ternura?

Para consolarme de esta pena, hay que ofrecer al divino verbo en expiación de esos crímenes, porque solo Yo, Dios hombre, puedo expiar los pecados del hombre. Yo soy el ofendido en mi Padre, y a la vez, el perdón de mi Padre. Yo soy a la vez la víctima y la expiación; me hacen ser en el momento de la misa, mis sacerdotes sacrílegos, el que representa el pecado en ellos (esto es horrible para Mí) y a la vez la víctima pura que redime y salva.

Los pecados del común de los fieles los cargo por mi voluntad misericordiosa; pero eso me los hacen cargar entonces las almas que más amo y en quienes he derramado los Dones del Espíritu Santo, y en los instantes en que el Cielo se abre. ¡Qué ingratitud! En esos momentos de la Misa estoy anhelante por renovar el Sacrificio del Calvario en favor del mundo; ¡cómo palpita mi Corazón ansioso de que ese instante llegue! ¡Cómo se me hace tarde inmolarme y ofrecerme puro al Padre para expiar los millones de pecados en todos los siglos!

Pero ¡ay! ¿Es mucho pedir a un puñado de almas escogidas que me toquen mano puras, que me ofrezcan corazones limpios, que miren a mi Padre ojos castos?

Me duelen todos los pecados, y más en mis sacerdotes; pero ese vicio de la impureza a donde van a parar otros muchos vicios lo odio, porque va contra la luz que es Dios, contra el mismo candor, inocencia, limpidez, pureza que soy Yo.

Por eso para llegar al altar exijo esta virtud angelical."

III

PENAS DE JESÚS EN LAS MISAS

“**E**s un martirio para Mí que no se celebre el santo sacrificio de la Misa con fervor.

Es más común esta espada cruel de lo que parece. No siempre al mirar a mi Padre en las misas lo miran con ojos manchados, pero si con glacial indiferencia, con rutina y distracciones, con falta de devoción, de espíritu, con el pensamiento ocupado en cosas y preocupaciones mundanas y humanas que no son Yo.

Para borrar esas manchas basta el ofrecimiento del Verbo, siempre víctima por el hombre.

Sufro doblemente en esas miradas; porque me duele la ofensa a mi Padre y los castigos que acumulan los sacerdotes sobre ellos y sobre el campo que abarquen sus deberes: hasta allá alcanzan los pecados de los sacerdotes.

Los pecados de los míos tienen repercusión, tienen consecuencias en las almas que los rodean y en otras muchas. Por eso un pecado de mis sacerdotes toma mayores proporciones que un pecado de los fieles, por el

reflejo de la Trinidad en ellos y por la unción del Espíritu Santo que los consagró para el cielo.

En esas miradas manchadas, me ofendo a Mí mismo, en el Padre y en el Espíritu Santo. Yo, en el sacerdote, identificado con él, soy el mismo Dios... ¿Qué sentiré como Dios y como hombre? Es terrible la transformación de Mí en el sacerdote. El sacerdote debiera transformarse en Mí y no lo hace; pero yo si me transformo en él, en el sentido de que siendo él Yo, en el momento de la mirada y de la Consagración, soy al mismo tiempo el ofendido y el ofensor de Mí mismo, en mi Divinidad, una con el Padre y esto es horrible.

¿Dónde se ha visto que Dios ofenda a Dios? Pues esto hace que se realicen los sacerdotes sacrílegos en las Misas, en esa mirada de que voy hablando, con la transformación en Mí que –dignos o indignos-, se efectúa en esos momentos solemnes, y hacen que Dios –ellos en Mí-, ofenda a Dios –Yo en ellos-.

Y este tremendo crimen se comete tan a menudo como nadie se figura; y mis sacerdotes ni piensan en ello ni miran sus consecuencias. De suerte que en esas Misas se representan dos Crucifixiones para Mí: la del Altar, la mística que reproduce la del Calvario; y la real (por parte de los sacerdotes) que me crucifica con la mayor crueldad y me obliga a ser Yo mismo, el esplendor del Padre, el que echa lodo sobre mi Padre, sobre el Espíritu Santo, sobre la Divinidad, una en las tres divinas Personas.

Otra derivación de mis martirios en las Misas es ésta: en las Hostias consagradas estoy Yo con mi Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; pero con rigor también tiene allí parte el sacerdote que consagra y que se transforma en Mí y Yo, en él. Al consagrar somos uno: él desaparece en Mí y Yo en él: somos dos en uno.

Yo dije: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo”, y aún para la comunión de los fieles todos, me comulgan a Mí desapareciendo en Mí el sacerdote. Pero ¿qué hago Yo? Lo absorbo en mi Divinidad, y sin que lo sienta, lo transformo en Mí con un segundo fin; no tan solo para ofrecerlo a mi Padre en el sacrificio del Altar, sino también para darme a las almas.

¿Se comprende acaso lo que Yo sentiré transformando en Mí una cosa manchada? ¿Puede alcanzarse a entender la pena inmensa de mi Corazón, de mi alma de lirio al absorber en mi seno, en mi cáliz, la suciedad y negrura de un alma manchada de sacerdote?

Claro está que mi sangre se derrama en el sacrificio del Altar para perdonar todos los pecados, que es una ola de Sangre redentora para lavar los crímenes del mundo; pero cuando esta sangre tiene que comenzar por lavar los crímenes, las ofensas del sacerdote, ¡en lugar de que la del sacerdote unida a la mía y, una sola cosa con la mía, borraré los crímenes del mundo...! esto es horrible para mi Corazón de amor.

He querido revelar esta pena, entre las otras penas o

esquinas que tengo que sufrir en la Consagración de mi cuerpo y de mi sangre, en las misas por sacerdotes indignos; y ellos ni piensan ni se dan cuenta de la extensión de su crimen ni de las dolorosas y múltiples consecuencias que alcanzan un radio incalculable para el hombre que sólo Yo sé Medir.

Hay que pedir para que los sacerdotes sean víctimas con la Víctima Divina y con las mismas cualidades.”

IV

TRANSFORMACIÓN

“**E**l transformar un sacerdote en Mí es, en cierto sentido, como mayor milagro que el de la transustanciación; solo siendo puro puedo transformarlo en Mí sin lastimarme, y en esos momentos lo purifico con doble sangre, con gemidos hacia mi Padre, con todo mi divino poder.

En ese momento, con mi potencia purificativa, lo transformo en Mí, pero en él queda la mancha hasta que, arrepentido y contrito, la borre de su alma, ya sea con la perfecta contrición, o bien confesando con la atrición. Yo perdono, pero he puesto en mi Iglesia las condiciones del perdón.

Otro punto que me lacera es que, con toda conciencia de pecado, mis sacerdotes se atreven a celebrar y a impartir mi Sacramento.

Y me lastiman, porque obligan a mi Omnipotencia a purificarlos ante mi Padre; porque me obligan a cargar su pecado que repugna a la pureza de mí ser; pero en ellos queda la mancha, mientras no quieran borrarla, ni quitar las ocasiones, ni arrepentirse. Yo cubro lo que puedo, pero lo que no puedo, no.

No puedo avasallar el libre albedrío que di a la criatura; no puedo, si ella no quiere, atropellar su voluntad que respeto y amo.

En cuanto a Mí toca, transformo al sacerdote a la hora del Sacrificio aun cuando me repugna su contacto. Ese dolor me toca a Mí sufrirlo. Pero el sacerdote sacrílego, por su pecado en Mí, comulga su condenación; es decir, queda en pie su pecado, que no se le ha perdonado, queda réprobo, ante mis ojos y con el mayor de los crímenes; porque si es duro y doloroso para Mí transformarlo en Mí al estar manchado, es más crimen para él y más doloroso para mí el que me introduzca en él al recibir la blancura que soy Yo en el lodazal que son entonces su cuerpo y su alma.

Comulga su sentencia de condenación, aunque reciba en la Misa sacrílega mi Cuerpo de azucena y mi sangre purificadora, pues en lugar de que estas riquezas lo limpien, acrecientan su crimen. Y si en cualquier fiel es esto para Mí un pecado horrible que ofende a la Trinidad, el sacrílego pecado del sacerdote que me recibe manchado no tiene comparación. ¡Y es tan frecuente esto! Es un reto a la divina justicia, es un punible desprecio de lo divino, pues prefieren el fango al cielo.

Por más que arrastren su dignidad por la tierra, ante la mirada de mi Padre existen en ellos el carácter imborrable, el sello santo que los consagró míos. El Espíritu Santo queda también contristado al ver despreciada la unción santa que en aquel cuerpo y en

aquella alma imprimiera; y que Yo, el Verbo, víctima siempre a favor del mundo, quedo despedazado por aquel mismo que debiera con sagrado deber, ser víctima satisfactoria en unión Conmigo.

Nadie sabe los sagrados compromisos que los sacerdotes contraen con la Trinidad; por eso no pueden medir la magnitud de sus infidelidades ni la de su crimen al ofenderla así, puesto que los pecados de los sacerdotes, más que los de los otros, van contra la Trinidad, contra los fieles, contra la Iglesia y contra ellos mismos”

V

LOS SACERDOTES Y EL PURGATORIO

“**N**o piensan tampoco los sacerdotes impuros en su obligación de unir, limpios, su sacrificio al mío a favor de las almas del purgatorio. El sufragio más grande que por ellas puede hacerse. Un sacerdote manchado ¿cómo podrá apagar con su sangre impura el fuego que las acrisola? Claro está que el efecto expiatorio de esta sangre es mío, por lo divino que hay en Mí; pero como sacerdote en la Misa es Yo por su transformación en Mí, tiene que ser puro, tiene que ser santo para unir su sacrificio al mío, es decir, para ser Conmigo una misma víctima a favor de mi Iglesia purgante.

No se dan cuenta los sacerdotes manchados de este otro aspecto santo, de esta santa obligación que tienen de ser puros para purificar, de ser santos para satisfacer, de ser en verdad sacerdotes para impetrar y alcanzar gracias del cielo. Porque no tan sólo en las Misas que se dicen ex profeso por las almas del purgatorio deben concurrir estas condiciones en el sacerdote, sino que en todas las misas se pide por las almas del purgatorio y cae mi sangre preciosa en ese lugar para su alivio y descanso, y para conmutar sus penas.

El sacerdote, por este otro matiz que explico, tiene también parte en esta obra expiatoria, en este sagrado deber para con la Iglesia paciente y purgante. ¡Y aun cuando solo fuera para cumplir este deber tendría que transformarse en Mí, siendo puro, siendo víctima, siendo santo!

Casi nunca se piensa en este punto capital de la Misa que se extiende no tan solo a la humanidad entera en la Iglesia militante, sino también en las almas de los difuntos que esperan anhelantes este rocío que purifica, vivifica y salva.

Para esto también los sacerdotes tienen que ser otros Yo, otros Jesús, en su transformación en Mí. Pues mi Sangre porque es pura, es en esos momentos más que en ningún otro expiatoria, si cabe decirlo; la del sacerdote –una con la mía- debe ser pura también: no debe tener mancha esa alma que se transforma en la pureza inmaculada.

¿Cómo conmutar las penas de las almas del Purgatorio un sacerdote manchado, que merece no purgatorio sino infierno?

¿Cómo tiene cara para ofrecerse en satisfacción de las venialidades, el que carga montañas de pecados mortales?

¿Cómo limpiar el que está manchado?

¿Cómo impetrar para otras almas el que no impetra

para la suya?

¿Cómo apagar las llamas del Purgatorio el que lleva en sí mismo el fuego impuro y consentido de la concupiscencia de la carne?

¡Ay! Quiero que estas verdades aterradoras para los sacerdotes y desoladoras para Mí, se remedien, se extingan, y desaparezcan de los altares.

Aquí está otro secreto de los dolores internos de mi Corazón en los sacerdotes; aquí está otro martirio íntimo, entre tantos que sufro en mis sacerdotes amados”.

VI

LOS SACERDOTES Y LOS FIELES

“**A**l consagrar los sacerdotes indignos si no estuviera toda mi ternura y mi potencia salvadora, en las Misas, en las que cubro Yo los Crímenes de los sacerdotes indignos, solo servirían esas Misas para atraer al mundo fuego del cielo, rayos de justicia, la ira de mi Padre, al verse burlado así en su Iglesia amada.

Pero todo esto, todo este horrible peso, todo ese muladar de basura, cae sobre mi Corazón; y ¿qué hago...¿seguir, seguir en los millares de Misas sacrificándome; ocultando lo que me hiere, lo que tengo a la vista, lo que he de cubrir con mi Blancura, lo que me ofende, lo que se arroja con audacia increíble y hasta con malicia infernal sobre mi Rostro, sobre la misma Divinidad!

¡Y prosigo bajando a manos impuras e indignas; y sigo mi constante crucifixión que derrama gracias; ¡y continuo de víctima expiatoria, y no me escondo airado, y no me niego, y salgo al encuentro de dolor tan horrendo...! Y este es mi papel, de día y de noche, ante

mis ministros culpables, y ante un Dios ofendido, en cierto sentido, por Mí mismo, por otro Dios, Yo en el sacerdote.

¿No se comprende ahora mi sed de descanso?...
¿No se palpa cómo no descanso con las ingratitudes del mundo, pero sobre todo con las espinas más dolorosas y crueles que son las de los míos?

Para remediar estos males hay que ofrecer al Verbo, que sacrificar a Jesús, que este es mi papel desde la Encarnación hasta mi muerte, y en la Eucaristía, hasta el fin de los siglos. No sólo fui Víctima en el mundo, sino que sigo siendo, porque ab aeterno, desde la Creación del mundo, me ofrecí a mi Padre para ser Víctima, y en María confirmé mi ofrecimiento que ha seguido en las Misas, y que quiero que siga en los corazones para bien de mi Iglesia y de las almas.

Esto es lo único que exijo de mis sacerdotes, que me sacrifiquen puros; porque lo manchado repugna con mi Blancura, porque mi martirio mayor es unirme con lo que no está limpio”.

VII

LOS SACERDOTES Y LA COMUNIÓN

“La comunión borra los pecados veniales, porque mi acercamiento purifica. Pues bien, los sacerdotes tienen parte —una parte pasiva, pero real—, en las hostias consagradas; porque al decir ellos: “Esto es mi Cuerpo”, cuando consagran en la Misa, es en cierta manera su cuerpo en Mí. Porque no solo se transforma el sacerdote interiormente en Mí, sino que también su cuerpo y todo cuanto es se pierde en Mí. Y sea que consagre una hostia o muchas, queda él en Mí en ellas, aunque absorbido por la potencia absorbente de mi Divinidad.

¡Oh y qué grande y qué sublime participación tiene el sacerdote, digno o indigno, en su ser de sacerdote en esta altísima dignidad que Yo le di!

Pues bien: si el sacerdote es impuro, es indigno, está manchado, ¿cómo va a borrar los pecados en las almas, convertido en Mí? Este punto es tan sutil que se pierde para los ojos humanos; pero para los míos tiene resonancia, tiene eco en Mí y constituye una falta de delicadeza punible que hiere las fibras de mi Corazón.

Esta dignidad del sacerdote es tan extensa que el entendimiento humano no alcanza a abarcarla, sobre todo, cuando administra con potestad divina los sacramentos de mi Iglesia, en los que siempre me representa. Ningún sacramento, sin embargo, ningún acto tan transcendental ni mayor que el que ejerce en la Misa; porque de él se derivan incalculables efectos para el cielo, para la tierra, para el purgatorio, para miles de almas. ¡Ya se ve si deberán los sacerdotes ser dignos, ser puros, ser santos, ser Jesús!"

VIII

LOS SACERDOTES Y MARÍA

“**A**l transformarse los sacerdotes en Mí, en la Misa, pasan a ser más íntimamente, más completamente en esos momentos, más -digo- hijos de María Inmaculada, al ser Yo mismo en ellos. Y este pensamiento no se ahonda, no se les ocurre, no lo agradecen...

Y María, entonces, tiene para ellos toda la ternura que tuvo y que tiene para Conmigo, porque ve en cada sacerdote otro Yo; y los mira complacida, y los envuelve en su calor, y los estrecha en su seno, y los acaricia, y los ama... porque me ve en ellos a Mí.

María en las Misas tiene siempre un gran papel; porque, si ocurre como Corredentora en todos los sacramentos, más, mucho más está presente en las Misas.

Y ésta es otra pena para mi Corazón filial, el más delicado que pueda existir; el ver que mi Madre cargue, en ellos, lo impuro; en que comparta, en su inmaculado candor, su pena con la mía; en que Yo la vea, la sienta estremecerse cuando a su corderito lo desgarran como tigres los sacerdotes sin conciencia, los sacerdotes

manchados, los indiferentes al menos; tratando con frialdad, con tibieza y hasta con cierto desprecio lo que Ella más ama, a su Hijo unigénito más puro que la luz,

¿No son acaso estas penas íntimas, profundas y doloras?

Mi primer amor, después del de mi Padre, es María; y después, mis sacerdotes, mi Iglesia; y en ella, las almas. Esos son mis amores, y en estos amores inmensos están también mis dolores. Y quiero comunicarlos a mis sacerdotes, ¡porque reclaman un consuelo, un alivio, un descanso!

María impregnada de todos los misterios, toca parte muy activa con la Iglesia en implorar perdones y derramar gracias. María no ha dejado de ser Madre mía y de los pecadores; y ¡cuánto hieren a su Corazón purísimo las ofensas que me hacen, y más las de los míos! Si yo soy Mártir en las Misas celebradas por sacerdotes indignos, Ella –asistiendo en los altares a mi pasión incruenta, como asistió a la cruenta del Calvario-, contempla desolada lo que con su Hijo se atreven a hacer.

Y su papel, unido al mío, es olvidar, en cierto sentido, su pena y clamar al Padre en mi unión: ¡misericordia! María ofrece su pureza y sus lágrimas en esas Misas infames para que en lugar de castigos lluevan perdones para el mundo, para el purgatorio, para los mismos sacerdotes indignos; porque su corazón identificado con el mío, es todo caridad y amor ternísimo.

María, después del Padre y del Espíritu Santo, es la que contempla sin velos la lucha mía entre el Dios hombre y el hombre Dios, entre la Justicia y la Misericordia, la eterna lucha de mi amor, ¡de mi infinito amor a la humanidad en mi Corazón de Dios hombre y de hombre Dios! Y María con su Corazón Inmaculado se interpone a los merecidos rayos de la Justicia, y la desarma ofreciendo a su Hijo ante la Divinidad tan bajamente, tan rastreramente ofendida.

Y los sacerdotes, ignorantes de esto, no saben ¡ay! ¡A quien deben no estar partidos por él rayo de la justicia, no caer desde luego en el infierno! Es María, después de Mí, su pararrayos; es María en mi unión la que implora; es María la que con su Blancura limpia en mi alma las negruras. Porque si Yo las cubro – esas negruras de los sacerdotes sacrílegos- o quiero y trato de cubrirlas ante mi Padre celestial, ¡Ella, mi Madre, las cubre, quiere cubrirlas ante las miradas mías!

Y no es que Yo rehúse el sufrimiento o que no quisiera pasar estas penas –místicas, pero reales- en cuanto hombre; lo que me duele más son las ofensas a mi Padre en Mí; los castigos a mis sacerdotes malos, y al mundo por ellos; y la dolorosa pena de María, en la que entra muy vivamente su amor al Hijo y a los Hijos también suyos, los sacerdotes indignos”.

IX

SE RENUEVA EL CALVARIO EN LAS MISAS.

“**E**n las misas tengo mis más dolorosos calvarios cuando la celebran sacerdotes indignos que se ceban en hacerme Víctima de sí mismos. No les basta el que Yo, espontáneamente, en el curso de los siglos, me sacrifique para aplacar a la Divina Justicia, para soterrar el nivel que salve a las almas, entre tantos pecados e ingratitudes.

No les basta mi vida de sacrificio en los altares, de holocausto constante que se quema en su favor, mi papel de Víctima, repito, consumada por el eterno amor al hombre; sino que añaden cínicamente, maliciosamente, descaradamente, ¡cuántos de mis sacerdotes!, leña para el sacrificio, puñales para despedazarme, más veneno, si pudieran, con el que al retarme a Mí se emponzoñan ellos.

Hay sacerdotes con esta negrura; ¡porque apenas he dejado ver el velo que cubre tanta corrupción en lo que debiera ser nieve, ser blancura, pureza, luz! ¡Oh si comprendieran ellos el don de Dios, las riquezas inmortales que en sus manos pongo, los tesoros de mi Iglesia, que ni debieran tocar los que no son limpios!

¡Lloro estas falacias, este desorden, estas ingratitudes sin nombre!

¡Lloro la condenación de tantas almas que me deben más que la vida, porque en cada Misa les doy la vida y mi Vida; reproduzco en ellos la encarnación mística, mi Pasión y mi Muerte! Y ¿éste es el pago que recibo?

Sufro mística, pero realmente, primero por el amor a mi Padre, por la ofensa al ultrajar al Amor que es el Espíritu Santo, a la Divinidad (una Conmigo el Verbo) pisoteada y despreciada. Sufro en todos los visos o matices que he enumerado.

Sufro en María y por María; sufro por las almas que arrastran esta corriente de sacrilegios, porque denigran mi Iglesia, Esposa inmaculada del Cordero y esposa purísima de todo sacerdote, por el lodo con que la manchan y la quieren manchar, deshonorándola, y por los ultrajes que ella, la Iglesia amada, recibe en sus ministros.

Sufro también, y ¡cuánto!, por el mismo indigno sacerdote que a tanto se atreve, y que me costó una Redención con toda mi Sangre en el Calvario, y que desperdicia, y otra redención con toda mi Sangre, también en el altar, que clama, que grita al cielo, en vez de misericordia, ¡infierno!

Y tal es la inmensa ternura de mi Corazón que quisiera repetir mil Pasiones en su favor y que repito mil Calvarios en las Misas que quisieran también fueran en su favor, pero

que les sirven, a mi pesar, de mayor castigo, para más reprobación, para mayor infierno.

Porque un solo sacrilegio, enfría, quita la fe, ciega y mata el alma.

Pues tantos sacrilegios en un alma de sacerdote ¿Qué será? Porque si está en pecado, cada acto sacramental que ejerza, son nuevos pecados mortales que comete, eslabones de pesada cadena que lo aherrojan con Satanás.

Por este hecho del sacrilegio, pierden la fe, y ¡cuántos! Se entibian en mi servicio, les es insoportable la suavidad de mi yugo, y se arrojan al lodo, creyendo apagar sus remordimientos con una vida que no es la suya, la que juraron seguir en sus ordenación.

Son estos descarríos, los vicios de muchas clases, en muchas formas, que Satanás les brinda, haciéndolos suyos; y otro dolor, ¡entre tantos!, pareciendo a la faz del mundo, míos. Esta hipocresía satánica me lacera el alma

¿por qué? Porque Satanás con diabólico sarcasmo se mofa entonces de mi Poder, de mis Atributos, de mi Pasión, de mi Iglesia y de mi Sangre y triunfa, ¡cuántas veces arrebatada, para siempre de mis brazos y de mi Corazón, lo que es mío!

Y esa hipocresía Yo la cubro por la dignidad de mi Iglesia, y en silencio sufro los infames proceder de mis sacerdotes: Yo las disimulo ante las miradas humanas y me

sonrojo ante mi Padre. ¿Y son muchos los sacerdotes que se condenan?

Chorreando sangre mi Corazón, digo que sí, que muchos se condenan, y a sabiendas; por no prescindir de una pasión infame, y lo que es más horrible para mi Corazón es esto: que se condenan, queriendo condenarse.

Al perder la fe, pierden y se les amortiguan los remordimientos, y entonces, ruedan y se despeñan por una pendiente que desemboca en el Infierno.

El orgullo, la impureza, la embriaguez, la codicia y la cobardía, la desconfianza y mil otros vicios los envuelven, e impregnan a su alma, que debiera ser espejo, candor y luz, viniéndoles el desprecio y el odio a lo divino; ese odio a lo santo y al Santo de los Santos, y con esto, la impenitencia final, y el eterno castigo.

¡Oh y cuánto deben velar los sacerdotes sobre sí mismos, alejándose del mundo y viviendo del Sagrario!

Los sacerdotes santos son el contrapeso, que en mi unión, detienen la divina justicia; pero sobre todo, la detengo Yo, Víctima del hombre y por el hombre; Yo Dios y hombre, siempre doy vida con la Vida, y reclamo al cielo, con mi Sangre, perdón y misericordia”.

X

JESÚS QUIERE UNA REACCIÓN EN EL CLERO POR EL ESPÍRITU SANTO Y LA ORACIÓN.

“**Q**uiero una reacción viva, palpitante, potente y poderosa del clero, por el Espíritu Santo; quiero renovar el fervor en corazones dormidos; quiero extinguir la impureza, el lucro, la avaricia, la codicia, el mundo en fin, que se ha infiltrado en muchos corazones de los míos. Este cúmulo de vicios en los corazones de los que me pertenecen hace que se entibie su fe, y que vivan arrastrando su vocación sacerdotal.

Y ¿Cuál es el remedio? El Espíritu Santo en general, pero en particular, su remedio está en la oración, en esas horas de trato íntimo Conmigo en las que Yo derramo mis luces con más abundancia, en las que me acerco a los corazones y les comunico mi Espíritu, y los conforto, y los ilustro, y los enciendo, y les facilito con mi amor el camino del deber, el espinoso sendero que deben recorrer sacrificándose.

Un sacerdote ya no se pertenece; es otro Yo y tiene que ser todo para todos; pero ha de santificarse primero,

que nadie da lo que no tiene, y solo el Santificador santifica.

Por consiguiente, si quiere ser santo como es su deber ineludible, debe estar poseído, impregnado, del Espíritu Santo; porque si este divino espíritu es indispensable para dar la vida de la gracia a cualquier alma, para las almas de los sacerdotes debe ser Él su aliento y vida.

Si son Jesús los sacerdotes ¿cómo no han de tener el espíritu de Jesús? Y ¿cuál es éste, sino el Espíritu Santo? Sus desalientos, sus tentaciones, su tibieza y hasta sus caídas vienen del descuido punible que muchos tienen para la oración; porque viven aturridos en las cosas del mundo, o por el cúmulo de ocupaciones buscadas que les estorban; porque rebajan su dignidad por su familiaridad por personas de quienes debieran hacerse respetar; por no huir de las ocasiones; por dar lugar a las vanidades humanas; por su falta de mortificación interior y exterior; por ver como secundarios sus sagrados deberes, como el Oficio Divino, etc., sintiéndolos como pesada carga. Pero todo les viene por su disipación, falta de oración y unión Conmigo; y esta falta tiene su raíz ¡ay! En la falta de amor, que es lo que más contrista mi corazón.

Necesita ahora más que nunca el Clero del calor de sus Pastores, del cuidado de sus almas, de procurarles retiros y ejercicios, y atracción paternal en todos los sentidos.

Satanás hace su cosecha con pecados ocultos, con ocasiones peligrosas, con finos lazos de hipocresía traidora: las almas de los sacerdotes son su manjar más codiciado.

Que las almas oren y se sacrifiquen en mi unión por esa parte escogida que mucho necesita, en estos momentos críticos, de oraciones y penitencias, de gracias especiales que se comprar con dolor.

He querido dar a mi Clero una lección de amor; he querido herir en lo más íntimo el fondo del corazón de los míos. Y si no, ve quienes están sufriendo en esta prueba por la que cruza mi Iglesia; mis sacerdotes y religiosos. Y es que quiero purificarlos, acrisolar su virtud; porque si mucho me hieren las ofensas ocultas, pero patentes a mis ojos, de los que debieran ser solo míos.

Claro está que los buenos pagan por los malos, que hay almas inocentes que sufren las consecuencias de las que no lo son, pero estas precisamente puras y limpias, son las que están comprando gracias y apresurando el tiempo de la libertad y de la paz.

Los Obispos tienen que cargar las culpas de sus hijos, cómo Yo tengo que cargar las culpas de los míos. Purgarán sus deficiencias culpables los que las tengan – Obispos y sacerdotes- y se purificarán con sus penas el triunfo de la Iglesia y la santificación de los suyos.

No crean que todo es castigo en ésta época

desoladora de la Iglesia, que mucho es prueba para acrisolar la fe y la unión de los corazones.

Había mucha tierra en muchos de los que yo amo, y este sacudimiento general, será saludable. Tampoco este sacudimiento general, será saludable. Tampoco crean que Yo no veo los sufrimientos, ni escucho las plegarias, pero tengo mis tiempos, y estoy haciendo reaccionar a muchos corazones dormidos.

El triunfo vendrá por el Verbo, por el Espíritu Santo en el Padre, por medio de María. Que todos esperen confiados y serenos, la hora de Dios”.

XI

SEMINARIOS Y NOVICIADOS.

“Yo soy el primer Sacerdote, y cubro las faltas de los míos, aunque con mi Corazón amargado y triturado. Así han de ser los Obispos, deben cubrir con caridad las faltas de sus hijos; pero a la vez, los han de apartar de las ocasiones peligrosas.

Pero hay a veces descuidos punibles en ordenar a los que por experiencia se veían con malas inclinaciones y poca virtud. De ahí se originan males sin cuento; y después vienen las penas y lamentaciones, y los excesos y crímenes del altar que tanto ofenden. Más vale pocos sacerdotes puros y no muchos que no lo son.

Los Seminarios deben ser semilleros de santos o gérmenes de santidad. Que pidan mucha luz para los encargados de esos planteles de virtudes; es poco redoblar ahí la vigilancia y la piedad, en esas almas que van a ser mías. Hay que pedir también por los Noviciados. Que nadie suba al altar sin las condiciones muy afinadas para ello: que los que formen esos corazones sean santos, sean aptos, sean espejos en donde ellos se miren.

Que el Espíritu Santo reine en esos lugares como

primer factor, y la Inmaculada sea su amor y su vida.

Los Seminarios y los Noviciados son el porvenir de la Iglesia y de las almas; y los Obispos hacen bien de preocuparse y consagrar toda su atención a ellos, sacrificándolo todo en su favor. Con esto ¡cuántos futuros martirios me evitarán y cuántos castigos del cielo!

A las veces los ordenados son buenos y hasta después se vuelen malos. Pero siempre hay en el fondo de ciertas almas tendencias no santas que ellos deben conocer.

Y ¿cómo? De muchos modos, pero más con la oración, y la luz sobrenatural del Espíritu Santo. Y en caso de duda, mejor nada que un futuro desastroso y terrible.”.

XII

DEL ESCÁNDALO Y DE LOS PECADOS OCULTOS.

“ ¡Y los pecados de escándalo de mis sacerdotes qué inmensidades abarcan!, ¡qué gloria me quitan, y de cuán honda manera traspasan mi Corazón!

Es incalculable para el hombre, el radio que abrazan esos pecados de escándalo de mis sacerdotes, y sólo en la eternidad, a la vista de aquella gran luz, alcanzan a ver el casi infinito mal que produjeron con estos pecados innumerables. Y digo innumerables, porque un pecado de escándalo de sacerdote, se multiplica y alcanza generaciones.

¡Quien lo creyera!, más me duelen a Mí los pecados ocultos, las culpas secretas que sólo Yo veo porque van directamente, maliciosamente, a atacar mi predilección, mi confianza, mi herido amor de elección. Estos pecados ocultos que nadie ve son los que más hieren a mi alma de azucena; los que más lodo arrojan contra la Divinidad.

Y ¿saben por qué? “Porque atacan la fe, ciegan la esperanza, y matan la caridad.

Me atacan los sacerdotes con esos pecados, en la fe,

porque pecan como si no creyeran en mi presencia, esencia y potencia; pecan directamente contra los atributos de la Trinidad.

Pecan contra el Padre que todo lo ve; contra Mí, le Verbo hecho carne, haciéndome sonrojar como Dios-Hombre; pecan contra el Espíritu Santo, ala abusar en la tenebrosidad y ocultamiento, de su confianza, al no importarles pecar y teniéndoles sin cuidado el denigrar la santa unción con que fueron consagrados.

Pecan contra la Trinidad, pero en un radio incalculable para el hombre, pues Yo señalo los puntos generales, pero los particulares de cada punto de esta abarca mundos de malicia, de traición, de ingratitudes sin nombre.

¿Y cuáles son los pecados ocultos de los sacerdotes?

Existen pecados ocultos de muchas clases que los sacerdotes cometen, y se gozan en ellos, contra Mí.

¡Esos pecados, manchan tan hondamente!, ¡y me punzan a Mí, la Blancura sin par, tan íntimamente!

Esos pecados, casi más que ningunos otros, sólo se borran con mucha Sangre Mía, porque son acreedores a mucha venganza de un Dios ofendido. Y estos pecados, son los que a Satanás más le complacen, los que busca con codicia infernal, los que arroja con cinismo sobre mi Rostro, porque sabe que son los que más ofenden mi luz,

mi claridad, mi nitidez, mi blancura.

Él, Satanás, el rey de las tinieblas, se revuelca complacido en la tenebrosidad de su ser, y se complace en revolver a las almas, y más a las predilectas, que son las de mis sacerdotes, en el cieno de esas negruras, de esas opacidades, cubiertas para el mundo, pero muy patentes para Mí.

Las almas sacerdotales me consuelan por estos pecados ocultos con el amor y la entrega.

Pero lo que Yo quiero decir, es que esos horrendos pecados ocultos, necesitan, expiaciones especiales; torrentes, y no solo gotas de Sangre de un Dios y Hombre, para borrarlas.

Claro está que una sola gota de mi Sangre es igual, tiene igual poder, que torrentes de ella misma, por la virtud divina que hay en Mí, Dios y Hombre, en razón de la unidad divina, que alcanza su influencia hasta mi humanidad Sacratísima; pero es una manera de explicar, en el lenguaje humano, la potencia expiatoria que necesitan esos crímenes ocultos en mis sacerdotes, en los que se llaman míos.”.

XIII

DEL ABUSO EN LOS CONFESONARIOS.

“Otro punto muy importante, en el que mucho sufre mi Corazón, es en el de los confesonarios.

Muchos confesonarios sirven para comercios infames, y para activar malas pasiones. Se cubre con lo santo, con lo que debiera ser intachable, muchos crímenes nefandos, muchas citas no santas y se conciertan atrocidades de horribles consecuencias para la Iglesia y para las almas.

Se toman también los confesonarios como instrumentos para cariños humanos, para alabanzas mutuas, se sostienen almas que buscan al confesor y no a Mí en ellos: manchan este lugar sagrado con chanzas y conversaciones nada dignas de ese santo lugar.

Pero mi mayor pena, en este Sacramento purificador y santo, es cuando sacerdotes indignos, manchados toman a la Trinidad Santísima para absolver los pecados, y por este Poder, conferido al sacerdote, se borran esos pecados confesados con las disposiciones debidas; pero en el sacerdote manchado que absuelve, queda el

horrible pecado mortal duplicado.

El sacerdote indigno que me representa, peca al tomar lo sagrado; y abusa del sacramento, en este sentido, de tomar el poder que le he conferido en labios, en manos y en corazón manchado.

Éste es otro suplicio, entre tantos que sufro en mi Iglesia, que soporto en silencio sin retirar mi poder; ¡el poder de todo un Dios!, como es el de perdonar el sacerdote los pecados, representándome.

Abre el cielo a las almas, el sacerdote indigno y se lo cierra él; perdona, en mi Nombre bendito, el que no pide perdón al cielo.

Abusa de mi confianza, y si éste es un crimen aun tratándose en lo humano, pues ¿qué será tratándose de lo divino, de lo que me costó la Sangre y la Vida?

Cada sacramento me costó la Sangre y la Vida, y en cada absolución el sacerdote toma Sangre, la Sangre del Cordero, para borrar los pecados. Pero que toquen mi Sangre manos impuras, me horroriza.

Y Yo, callo; y Yo sigo obrando y cumpliendo mi palabra en la Iglesia: y Yo me dejo manejar en mis Sacramentos de manos indignas, de corazones descarriados, de ministros humanizados hasta los tuétanos.

¿Cómo aconsejar pureza el que no la tiene;

¿prodigalidad el que es avaro, paciencia el iracundo, humildad el soberbio, etc.?

Espejos donde los fieles se miran deben ser mis sacerdotes, pero ¡cuántas veces las almas no ven en ellos sino intolerables defectos en su dignidad, y hasta pecados en sus inicuos procederese!

¡Pidan por mis sacerdotes culpables! Pidán luz para que considerando profundamente mi papel, siempre de Víctima, se compadezcan ellos de Mí; ¡siquiera mis sacerdotes que deben ser mi corona, que no agreguen hiel a la que me dan los mundanos!”

XIV

FALTA DE AMOR A LA EUCARISTÍA.

“Otro punto que me contrista en muchos de mis sacerdotes, es el poco amor y el poco respeto que tienen muchos al adorable Sacramento de la Eucaristía en la que ellos tienen tanta parte.

Poco amor en vivir alejados de los Sagrarios sin visitarme, sin consolarme, sin esa íntima y perfecta amistad, más que de amigo, que Conmigo debieran tener. Prefieren las creaturas y los negocios a un rato de gozar de mi presencia -¡y Yo que tanto los amo!-, y dan además mal ejemplo a los fieles con su frialdad glacial hacia el Sacramento del amor.

Dicen muchos sacerdotes su Misa y hasta el día siguiente vuelven a acordarse de que existo sacramentado -por su amor, principalmente- en los altares. Este olvido, nacido de la indiferencia que existe en sus corazones, me hiere en lo más íntimo.

Los dos, él y Yo, por mi infinita predilección, tenemos parte en la Eucaristía, por la consagración de la hostia en las Misas, en las que no tan sólo me presta su concurso el sacerdote, sino que, identificado Conmigo, es otro Yo, es

decir, es entonces Yo mismo al consagrar en ese misterio de amor que se realiza en la transubstanciación.

Éste debiera ser un motivo más para que mis sacerdotes, con más fervor que nadie, adoraran la Eucaristía, porque más que nadie saben ellos el estupendo milagro de amor que ahí se ha obrado; pero ¡cuántos corazones de mis sacerdotes no se detienen a considerar ni a penetrar ni a agradecer ese portento de amor que muchos fieles tienen más en cuenta que ellos! Esta frialdad, indiferencia e ingratitud de los míos lacera mi alma.

¡Cuántas veces los veo Yo, contristado, alejarse de Mí y preferir la tierra al cielo! ¡Cuántas, su disipación, el atractivo de las creaturas y del mundo los aleja de los tabernáculos! Y sobre todo, los sacerdotes sacrílegos quisieran que no existieran los Sagrarios en la tierra, porque les dan en rostro y huyen de lo único que pudiera salvarlos: ¡mi compañía!

Y ¿por qué me hiere tan hondamente esta indiferencia en los que debieran arder, en los que debieran tener sus delicias en los Sagrarios y vivir de su calor? Porque todo esto les viene de la falta de amor, y la falta de amor les trae la tibieza en mi servicio. Pero esta falta de amor les viene de la falta de oración y vida interior, de las manchas del alma, que dejan acumular tranquilos, sin ese ahínco de tener pura la conciencia.

Un punto capital del enfriamiento para Conmigo es la soberbia. ¡Ay! esto casi no se toma en cuenta por las

dignidades de mi Iglesia, por los que se llaman míos: ¡y es tan frecuente que se crean superiores a todos! Claro está que su dignidad los eleva sobre todos los cristianos, pero también sus virtudes debieran ser superiores a las de todos los fieles. Manejan mis tesoros con cierta arrogancia y altanería, como si fueran propios y no tuvieran obligación de impartirlos a las almas, puesto que son tesoros del cielo.

Muchos se creen superiores al resto de los mortales, sin pensar ni tener en cuenta que me representan y que Yo vine al mundo a servir y no a ser servido. De la dignidad a la soberbia hay un paso, y si no están mis sacerdotes bien fundados en la humildad, caen en este escollo muy frecuentemente, y lastiman mi Corazón.

Si Yo soy su ideal, si soy su modelo, ¿por qué no imitarme? Ellos no son los soberanos, Yo lo soy, y gran predilección mía es el haberlos escogido entre millones para mi servicio y gran honra es para ellos el que ponga los tesoros de mi Iglesia, mi misma sangre redentora en sus manos. ¡Modelo, Maestro y Rey humilde y manso, Rey obediente en sus manos, y el mismo perdón de Dios! Soy el Sacerdote eterno a quien debieran copiar.

¡Si se asomaran al interior de su Jesús esos sacerdotes disipados y soberbios! ¡Si me estudiaran como es debido, si me copiaran en sí mismos como es su obligación sagrada, otros serían, y Yo no tendría que lamentar en ellos tantas espinas que clavan en mi Corazón! Pero les falta amor, porque les falta Espíritu Santo.

¡Que deber tienen los sacerdotes de recorrer las etapas de la escala mística que los transforme en Mí!

También les falta no sólo amor, sino respeto al Santísimo Sacramento; y éste es otro punto doloroso, entre tantos, que también lastima de una manera muy íntima mi delicadeza y mi ternura; pero esta falta de respeto en mis sacerdotes se deriva de la falta de amor y de la tibieza de su fe.

¡Cómo se impacientan muchos por tener que dar la comunión y con qué fastidio y malos modos la dan a veces! ¡Más valiera que no me tocaran y que dejaran con hambre a las almas! ¡Cómo dejan caer las partículas con descuido inaudito, con precipitación y sin preocuparse siquiera! ¡No hay esmero, no hay pulcritud, no hay limpieza, no hay respeto, no hay amor...en tantas ocasiones diarias, al manejar mi Cuerpo sacratísimo que debiera ser tocado con delicadeza y ternura! ¡Si Yo les hiciera ver las veces que por descuido culpable caigo al suelo y soy pisoteado! Todo esto me contrista muy hondo y ofende muy profundamente a mi Padre y a María.

Esta manera de tratar lo santo y al Santo de los Santos me lastima en lo más íntimo del alma. ¡Les sirvo de carga en muchas ocasiones a mis sacerdotes tibios! Y esto es para mí delicadeza horrible sufrimiento.

¡Eso de ver y sentir que les soy pesado, que les soy molesto en el servicio de las almas, a las que por deber están consagrados, me llega a lo más íntimo!

¡Estorbar Yo que todo soy caridad y ternura! ¡Serles carga Yo qué cargo sus tibiezas, sus indiferencias y sus pecados para blanquearlos! Estos sacerdotes que así obran sólo llevan el nombre y están muy lejos de serlo, aunque lo parezcan.

Estos sentimientos dolorosos tan íntimos me hacen sufrir y los descubro para que me acompañen a sentirlos.

¡Nadie se imagina lo que sentiré Yo (siempre dispuesto a favor de las almas) al ver que les sea pesado a mis sacerdotes confesar, dar la comunión, llevar viáticos, impartir, en fin, mis sacramentos; manejar mi Cuerpo, mi Sangre, aun mi Divinidad en ellos con esos malos tratamientos, fastidiados, airados, sin devoción, por salir del paso, pensando en otras cosas, y sobre todo, sin amor!...

¡Ay! ¡Si Yo descubriera hasta el fondo esas penas íntimas, delicadas e internas de mi Corazón de hombre que tan afinadamente siente las indelicadezas de los míos! Pero si siento como hombre, con Corazón de hombre esos desprecios, ¿qué sentiré como Dios hombre que soy con toda la finura de la Divinidad ofendida?"

XV

CÓMO DEBEN ADMINISTRARSE LOS SACRAMENTOS.

“Todos los sacramentos purifican, porque llevan algo divino: llevan mi Sangre, llevan nada menos que la influencia viva y palpitante de la Trinidad; en todos campea muy principalmente el Espíritu Santo. El Padre fecundando; el Hijo, redimiendo; el Espíritu Santo, santificando. Y los sacerdotes que apliquen estos sacramentos deben estar sin mancha, porque imparten tesoros del cielo sobre los cuerpos y sobre las almas; ponen mi sello divino en los corazones; lavan con mi Sangre y dan eficaces auxilios de gracias a quienes los reciben.

Yo quisiera que al impartir mis Sacramentos, los sacerdotes se hicieran en cargo de su papel; con más razón los Obispos a quienes está reservada la confirmación y las Órdenes sagradas. Que cada sacerdote piense de antemano lo que va a impartir, que son las riquezas espirituales del cielo; que no se atreva jamás a tocar lo santo con manos y corazones que no lo son.

No quiero escrúpulos que dañan a las almas y que

detienen las gracias; solo pido rectitud y un corazón puro al impartirlos.

Curas, vicarios y todos los que imparten a las almas lo divino tienen obligación de estar divinizados, porque me representan a Mí.

Y si estando manchados no pueden confesarse, siempre pueden hacer un acto de contrición y arrepentirse; siempre tienen elementos en la Iglesia para purificarse.

También los pecados veniales me ofenden, y en su delicadeza para Conmigo, deben tocar lo puro purificados. Tienen muchos medios en la Iglesia para limpiarse.

Sí; hay mucho descuido y laxitud en esto; ya no hablo aquí de sacerdotes en pecado mortal, que ya saben lo que acumulan en sus impuras almas ejerciendo actos de su ministerio con culpa grave; pido también que los sacerdotes buenos se limpien más y que no toquen ni a la Trinidad ni a la Eucaristía, en los sacramentos, con corazones menos limpios.

Todo en mi Iglesia debe inspirar pureza, luz; porque Dios es luz y sus irradiaciones en la Iglesia y en las almas son de claridad, de pureza.

Todo lo que no es luz no es Dios; todo lo que no es puro es satánico, porque Satanás es antagonista de la luz; por eso en él y en los suyos todo es doblez, oscuridad

y tinieblas. Uno de los caracteres de Satanás consiste en lo tenebroso de sus proceder; y en la oscuridad, engaña, transforma y oculta. Su hipócrita táctica es siempre velar, empañar el alma, llenarla de humareda, ocultarle sus perversos fines y envolverla en tinieblas.

Pero mi Iglesia es luz y las almas que son mías deben ser de luz, de claridad, transparentándose a Mí, transparentando el cielo. Todo lo tenebroso no es mío, todo lo compuesto no es mío, que soy simplísimo; y mi doctrina nace de la unidad toda pura y trata siempre de unificar las almas en Mí, en un solo rebaño y un solo Pastor.

Quiero quitar de mi Iglesia los abusos e indelicadezas de los míos en el modo de impartir los sacramentos, de observar las rúbricas, de unificar el sentir de los sacerdotes con sus Pastores. Esa unificación es muy necesaria y no existe en muchos de los corazones de los sacerdotes con su Pastor; de esto se derivan grandes males.

Y ¿cómo se remedian? Unificando los espíritus en un Espíritu, en el Espíritu Santo, teniendo los sacerdotes con su Pastor un solo querer y una sola alma. En este punto hay mucho que reformar, porque mientras los obispos no tengan la confianza y la voluntad de sus sacerdotes, habrá separación, no existirá fundamento sólido de caridad, y con esto me lastiman a Mí y se causan muchos daños a las almas.

Quiero afirmar estos puntos en mi Iglesia; quiero evitar ofensas a mi Padre y castigos para los pueblos, que muchos vienen por este lado que parece pequeño y no lo es.

Quiero delicadezas en los míos y unión con sus almas tan escogidas y amadas de mi Corazón. Quiero sacerdotes celestiales, tales como los necesita mi Iglesia y ha concebido mi Corazón. Para esto doy estos puntos generales y particulares, para que los pongan en práctica quienes deban.

México se va a distinguir en mi amor y en mi Servicio...

Así lo espero, que yo cuando pido doy. Ya he comenzado a sentir los efectos consoladores de algunos corazones”.

XVI

CUANTA NECESIDAD TIENEN LOS SACERDOTES DE SER VIRTUOSOS PARA NO ALEJAR A LAS ALMAS.

“**Q**uiero humildad en mis sacerdotes. Pido mucha humildad para mis sacerdotes; viven en un ambiente de adulación, de diplomacias, de alabanzas, -¡cuántas falsas e hipócritas!-, y necesitan de un gran contrapeso de humildad y de propio conocimiento para no levantarse, pues son hombres; más que nadie necesitan mansedumbre, paciencia y humildad.

Cuántas almas se alejan de los sacerdotes por su mal carácter, por la frialdad en su persona y en sus palabras que hielan y cortan la confianza. Sólo Yo sé las veces que se deja trunca la acción divina en las almas por un solo acto de estos, por un capricho, o comodidad y molicie del sacerdote, por su poca paciencia y amabilidad. Cortan la confianza a las almas, repito; las alejan de los confesonarios, de los sacramentos, y dan además ocasión de escándalo, de murmuraciones, que no se detienen sólo contra los sacerdotes imperfectos y de poca virtud, sino que se pasan a lo santo, a lo divino, a lo

mío, y me ofenden.

Muy delicado es el papel del sacerdote en las almas, por eso, más que nadie, necesitan los sacerdotes de abnegación, de dominio propio, de dulzura, de caridad y de muchas virtudes en el ejercicio de su ministerio y en su trato con las almas.

¡Qué difícil es el papel del sacerdote! Pero Yo le ayudo en todos sus ministerios. Debe ser amable sin rebajarse; dulce, con energía; atractivo con límites; paciente con discreción; suave con limitación y prudente, siempre”.

XVII

ESTUDIO.

“Lo que mucho perjudica a mis sacerdotes es la falta de estudio; esa ciencia inagotable que nunca deben abandonar. Los libros santos y buenos son la salvación de los sacerdotes y el amor a ellos los librarán de muchos males.

Aparte de que un sacerdote debe ser instruido y completo en sus estudios para poder aconsejar acertadamente y sólo por servir a Dios y a las almas; estos estudios constantes repito, lo librarán de peligros sin cuento.

Pero en la ciencia también hay escollos y peligros para el orgullo, sobre todo en la poca ciencia.

Para dedicar un tiempo a los estudios, necesitan recogimiento, y ésta es una virtud indispensable para el corazón y para la vida exterior del sacerdote. La disipación mata la inteligencia o la amortigua para el estudio, y entorpece la voluntad.

En su trato exterior debe el sacerdote ser amable y sencillo, todo para todos; pero ha de conservar el recogimiento interior y la presencia de Dios.”

XVIII

RELACIONES CON LOS SEGLARES.

“**M**uy contadas deben ser sus relaciones con personas extrañas y nunca la familiaridad con ellas debe llegar a sus puertas. ¡Cuántas penas tiene mi Corazón en este punto que parece sencillo y no lo es, en esas visitas innecesarias en las que pierden el tiempo, y cuántas veces también pierden a Dios!

Como un cristal es de delicado el corazón del sacerdote; y porque también es humano., ¡con qué cautela debe protegerlo en sus relaciones exteriores e internas con las almas! El sacerdote, siempre y en toda ocasión, debe ser digno sacerdote para atraer las almas a Dios; pero al mismo tiempo, vigilante para consigo mismo, debe velar sobre sus sentimientos, inclinaciones, y conducta; sobre sus relaciones con el mundo y con las almas. ¡Con qué esmero debe pedirle cuenta a su conciencia!

Que cuidado debe tener, en sus relaciones exteriores, de impartir a Dios, de hablar de cosas piadosas, de hacerse respetar por sus virtudes, por su humildad y sencillez. Deben mis sacerdotes no solo

parecer Jesús, sino ser Jesús, solos o acompañados, en la calle o en el templo, en su ministerio o fuera de él.

¡Cuánto deben los obispos darse cuenta y vigilar las relaciones exteriores de los sacerdotes, de donde vienen tantos males que sólo Yo veo, tantas y tantas caídas que más que a nadie, me duelen a Mí!”

XIX

RELACIONES CON LAS RELIGIOSAS.

“ ¡Y esto no es tan solo para el mundo en donde el sacerdote debe vivir! Sino también, y muy principalmente, en el trato exterior e íntimo con las religiosas.

Ahí lo espera Satanás, muchas veces transformado en ángel de luz, para perderlo, para mancharlo, para encariñarlo con lazos que comienzan por espirituales y acaban por amores no santos.

En este punto deben estar muy alertas los Obispos y los superiores de comunidades. Hay ahí más de lo que se figuran; hay mucho malo que a Mí me hiera en esos tratos íntimos con las almas, pero que muchas veces también entran los cuerpos y los corazones para convertir y aparentar con capa de santidad lo que está muy lejos de serlo.

Cuántos peligros hay en este punto tan capital en mí Iglesia; cuántas desorientaciones en almas que sólo me veían a Mí y después miran a otro que no soy Yo, y que debiera ser Yo.

Satanás tiene su campo favorito en este punto y se goza en sus malignos engaños, en sus hipócritas proceder al cubrir de santidad lo que es diabólico.

Transformado en ángel de luz engaña a ambas partes y con el caramelo y con el atractivo de lo extraordinario, detiene y entretiene y revuelve y ofusca, sacando para su cosecha lo que pretende.

No siempre mancha, pero sí empaña; no siempre triunfa, pero siempre alborota; no siempre su veneno mata, pero sí enferma.

A Satanás le gusta, con toda su hipócrita malicia, imitar lo santo: y aquí tiene sus redes y engaña muy pausadamente, muy sutilmente a sacerdotes y dirigidas, y se necesita mucha luz de arriba para conocerlo, desenmascararlo, y despreciarlo.

Pone el cebo de lo santo a las almas buenas para traicionarlas después; pone en juego todo su arte para imitar lo divino, siendo todo compuesto de su infernal malicia para perder las almas.

¡Cuidado!, ¡cuidado para ellos y para ellas! Que esas almas, escondidas y ocultas, son las más a propósito para incendiarse, engañadas primero, y al descubierto después cuando ya están cogidos por Satanás.

Cuando menos, puede haber cariños que detienen y entretienen tontamente para enfriar poco a poco la vida de intimidad Conmigo. Este punto es muy resbaladizo y

Satanás se goza en sus innumerables conquistas al mermar lo que es mío y hasta arrancar de mis brazos almas buenas que me consolaban.

El Corazón es corazón: y si no está bien orientado y enraizado en Mí, muy fácil le es deslizarse en lo humano, en lo terreno, y hasta en lo pecaminoso y sensual.

Mucho cuidado en este punto tan delicado de tanta trascendencia para sacerdotes y para las almas. Y si los Obispos deben vigilar las relaciones exteriores, deben también, con toda prudencia y tino, tocar, hasta donde les sea permitido, estas llagas interiores remediándoles.

Este trato íntimo, tan necesario en los confesonarios y en las direcciones espirituales, tienen sus escollos, tiene sus peligros y necesitan mucha virtud, mucha pureza, y mucha unión Conmigo las almas para ver en los sacerdotes sólo escalas para ir a Mí sin detenerse en el camino.

XX

PELIGROS EN LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

“Un gancho de Satanás para los sacerdotes es que cuando encuentran almas perfectas se les pegan interiormente con el santo pretexto, aunque interior, de aprender de ellas, de que Yo les comunique algo por su conducto.

Muy peligroso es este camino. Cierto es que hay almas más santas que las de algunos sacerdotes; cierto que tienen que aprender de ellas; pero de esto, a encariñarse con ellas, hay un paso y el sacerdote y la dirigida deben estar muy alertas en su corazón y tenerlo a raya y aumentar su oración y tocar el sacerdote muy sobrenaturalmente a aquella alma, porque ¡cuánta tierra se mezcla con lo divino!

¡Cómo Satanás ofusca en este delicado punto y hace ver lo no recto con todos los visos de que lo es!

¡Y así comienzan muchas direcciones y confesiones que al jugar con fuego llegan, cuantas veces, a quemarse!

Mucha gloria que me quitan los sacerdotes en las

almas cuando se quedan ellos como fin y no como medios que las conduzcan a Mí. Cuidado con robarme corazones, cuidado con entibiar el fervor en las almas por dejar mezclarse la tierra.

Muchas espinas tiene mi Corazón en este punto de poner en las almas tierra, atoramientos con el confesor, cariños que si no manchan, empolvan y quitan el brillo humanizando.

Claro está, que los confesores y directores deben tener cierto atractivo santo y espiritual para con las almas; pero en su deber, en su rectitud, y hasta en su talento debe estar muy clara la raya que separe lo humano de lo divino, lo divino de lo humano.

En el sacerdote está el poner un 'hasta aquí' y no dejar pasar de ahí los corazones; le propio y los ajenos. Sólo Yo, sólo en Espíritu Santo tiene derecho absoluto, campo abierto para con las almas. ¡Cuidado, repito, con engañarse!

Este campo, ordinario y extraordinario, como les digo, tiene innumerables peligros que dan acceso a que Satanás coseche frutos para él, y con pinzas se deben manejar a las almas y, sobre todo, con la coraza de mucha oración, de mucha pureza de alma, y de ayuda del Espíritu Santo.

Tiene forzosamente los sacerdotes que recorrer esta senda de confesonario, y muchos, de direcciones

espirituales; es su deber, pero espinoso deber, erizado camino en el que tienen que poner sus plantas sin lastimarse ni lastimarme.

Con estudios serios del caso, con cierta experiencia y astucia, con santidad personal y vida de unión con Dios, se pueden manejar a las almas y llevarlas directamente a Mí sin temor.

Estas cualidades deben tener los confesores y los directores sobre todo. Conocimiento práctico de la vida interior; conocimiento práctico del corazón humano, y mucho Espíritu Santo que sea el velo, el intermedio entre el confesor y la confesada, entre el director y la dirigida.

¿Cómo dar a Dios, quien no tiene a Dios y en los grados que debiera tener a Dios?

¿Cómo tocar las profundidades de un alma pura, el que no ve más que la superficie de la vida espiritual?

¿Cómo internarse en regiones intrincadas, en las que el Espíritu Santo y Satanás se disputan el puesto, los directores que solo conocer la corteza de las almas?

¿Cómo conocer los engaños del demonio y sus astutas redes y la sutileza de sus proceder, ¡Tantos!, los que no tienen la luz de lo alto, la del Espíritu Santo?

¿Cómo dirigir acertadamente los que no tienen el don de consejo ni lo han pedido ni se han hecho capaces, no digo dignos de recibirlo?

¿Cómo conducir un ciego, un miope en la vida espiritual, a las almas que se le confían?

Mucho tengo que lamentar en este punto capital de las almas en el que mis sacerdotes, muchos, se dan de cabezazos y no aciertan ni a comprender ni a llegar al fondo de los corazones ni a discernir en los espíritus el trabajo del demonio ni en el Espíritu Santo.

Y por esto, ¡cuántos designios de Dios en las almas se quedan trancos, cuánta vida espiritual se pierde y muere por culpa de mis sacerdotes!, por su falta de estudios, por su falta de virtud, de oración, de vida interior y de trato íntimo Conmigo, de luz, de Espíritu Santo. Y al tocar este punto del Espíritu Santo, diré que lo contristan mis sacerdotes muy frecuentemente en muchas cosas: en adelantarse a su acción en las almas al abrogarse derechos que no tienen, en querer ser más que Él, en cierto sentido, por no esperar que obre en los corazones y atropellar su acción, quitar sus derechos, disponer de los corazones como si no tuvieran un Dueño superior que las gobierne y las rige.

El papel del director es ir detrás del Espíritu Santo y no adelantarse a Él. Es pedirle sus dones y vivir subordinado a su acción en él y en las almas; es vivirlo y respirarlo, ser su nido, tener su luz, y vivir una vida toda sobrenatural y divina.

No todos los sacerdotes pueden ser directores si no tienen las condiciones para ello, porque se hacen

acreedores a muchos fracasos; pero si, todos los sacerdotes deben procurar serlo para mi servicio íntimo en las almas, pero con las condiciones dichas.

Muy difícil es ser un buen director espiritual, prudente y santo, pero no cuando Yo ayudo, cuando se tiene gracia de estado, virtud y Espíritu Santo.

La vida mística se detiene por falta de directores santos y esto es una merma para los fines de mi Iglesia, ¡pero se desarrollará bajo estas condiciones y dará grande gloria a la Trinidad!”

XXI

LA AVARICIA.

“Otro punto muy doloroso para mi Corazón, que todo es bondad y caridad, es el de la avaricia en mis sacerdotes; el ver a corazones apegados a lo que no es el fin santo de su vocación al altar.

Este despreciable vicio se enseñorea de muchos y a tal grado, que comercian hasta con lo divino de la Iglesia que no les pertenece, hasta con lo espiritual que se da de balde, que es mío, que Yo lo compré con toda mi Sangre en el Calvario.

Y si la avaricia exterior es tan odiosa en un sacerdote, y que debe quitar a toda costa, ¿Qué será la avaricia en lo santo, ese robo a Mí mismo por especular con lo mío que no le pertenece y que solo he puesto mis tesoros en sus manos para que los reparta desinteresada y amorosamente en las almas?

Ese horrible vicio va directamente contra el Ser de Dios mismo, de la Trinidad Beatísima. Del Padre que dio nada menos que a su Hijo divino, que lo regaló al hombre en mil formas para su servicio, para su imitación, para su consuelo, para su salvación eterna.

El Verbo, Yo hecho hombre, he regalado mi Sangre y mi

vida en una Cruz, y mi Cuerpo y mi Alma y Divinidad en la Eucaristía, y me doy y me regalo en todos los sacramentos.

Y el Espíritu Santo se da también a todas las almas por la gracia santificante, se derrama a torrentes en favores y carismas, en dones y frutos y se convierte Él mismo en Don.

Entonces, ¿por qué mis sacerdotes no imitan a Dios, no imitan la munificencia de mi Iglesia que es toda para todos, que abre su seno maternal, sus arcas, sus tesoros inmortales, sus sacramentos y que me regala hasta a Mí mismo para quien me quiera tomar en la Eucaristía?

De día y de noche y siempre está dando esta Iglesia amada su leche, su comida, su vida, sus celestiales tesoros, Ella da siempre aunque no reciba; Ella regala cuanto tiene, hasta un cielo y no quiere tener en su seno ni a su servicio almas egoístas, almas tacañas que se cuidan mucho de dar y menos de darse como debieran, en su sagrado misterio, a las almas.

Mucho ofenden a mi liberalidad estos pecados de avaricia espiritual en mis sacerdotes. Ellos son, como el Espíritu Santo, como mi Padre, padres de los pobres y no sólo deben dar, con toda buena voluntad, los auxilios espirituales, pero aun es de su obligación dar, y aun buscar auxilios materiales hasta donde sus fuerzas y haberes se lo permitan.”

XXII

LA EMBRIAGUEZ.

“Un vicio que me contrista en sumo grado, en algunos de mis sacerdotes, es el de la embriaguez; este vicio va ligado, lleva en sí a otros vicios y nefandas caídas.

Es un vicio que entorpece y mancha, que mata a la vida del espíritu y la luz de la fe y avasalla todo para satisfacerse. Es un vicio con séquito: lleva impureza y mil torpezas nefandas y apaga la caridad en los corazones.

El corazón del sacerdote, más que ningún otro, debe arder en las tres virtudes teologales muy principalmente; y la embriaguez opaca estas virtudes y hasta llega a destruirlas; pero ¡ay del sacerdote que pierda este infinito tesoro, porque no le quedará más que un infierno eterno!

Muchos de mis sacerdotes tibios, arrepentidos de llevar la dignidad santa que Yo les di, braman contra ella, si no exteriormente, si en su interior que Yo veo, porque los priva de muchos apetitos malos y les exige una vida angélica y santa.

Estos, generalmente, son los que se lanzan desesperados a embotar sus sentidos, para no sentir el

peso de la vocación sacerdotal que les oprime.

Buscan descanso en donde sólo encontrarán pecados y remordimientos; en lugar de cultivar su espíritu, de practicar virtudes, de clamar al cielo, de dedicarse a estudios, etc.; se lanzan a la disipación, a las tertulias con la gente del mundo, a diversiones y a las mil ocasiones de pecar que Satanás no desperdicia.

Y en vez de encontrar alivio en ese desenfrenado torbellino, encuentran incentivos, que los precipitan a su ruina.

Y Yo, ¿qué sentiré al ver pisoteada semejante gracia de la vocación sacerdotal? ¡Qué herida tan honda para mi Corazón de amor!

Los ángeles se admiran de semejante aberración, y los demonios aplauden su obra, en lo que más me duele, en esas almas selectas, de predilección infinita, que desde la eternidad las amé y destiné a mi servicio.

¿Sentir que es carga, una gracia tan insigne?... ¿Tirarme a la cara ese don celestial?... ¿Arrastrar por el suelo, esa predilección que no tiene nombre?

¡Hasta dónde llega la ingratitud de quienes más amo sobre la tierra! ¿Cómo no chorrear sangre mi Corazón tan fiel con semejantes deslealtades?

Dejen que derrame en su alma la amargura de la Mía, que me lacera, que me tritura, que me da la muerte, que

no muero de dolor sólo porque soy Dios, porque ya morí como hombre y por los hombres.

Mi Iglesia llora la pérdida de sus sacerdotes; María gime, y Yo busco sangre para borrar esos crímenes ante mi Padre celestial, para detener sus iras, para redoblar mis gracias sobre esas desgraciadas almas, que se pierden por ese vicio de la embriaguez y que aborrecen su vocación.

El remedio para un sacerdote, tentado en su vocación, es orar, descubrirse a su Obispo, y buscar refugio en mi Corazón y en María.

Su remedio está en la oración, en la meditación de las verdades eternas, en la penitencia, en acercarse confiados más a Mí, con la fe y la confianza, en el trabajo constante. Y la ola envenenada pasará, y su alma, acrisolada, tendrá un aumento de gracia santificante, que nunca niego si se me pide con humildad.

¡Que acudan al Espíritu Santo, que limpien su alma para ver a Dios en ella; que se renuncien, que se venzan, que obedezcan, que se humillen, que clamen misericordia!

¡Cuántas almas se alejan de Mí por el escándalo que mis sacerdotes les dan embriagados y que no han sido capaces de vencer el vicio!

Este pecado también es de grandes consecuencias, porque no sólo se me ofende personalmente a Mí sino

que hace que otras muchas almas me ofendan, se retiren de los sacramentos, murmuren de la Iglesia y hasta pierdan la fe.

Una cadena de almas arrastra al mal un sacerdote indigno del nombre que lleva.

¿Cómo aconsejar la templanza al que no la tiene?

¿Cómo aplicar los santos sacramentos el que no está en sus cabales por el alcohol? ¿Cómo tomar en sus indignas manos mi Sangre, para aplicarla a las almas, quien sacrílegamente se la toma deshonrándola?

¿Cómo decir Misa, y hasta a veces gozándose en el licor material que va a consagrar, el que tiene ese vicio que me repele (que hasta ahí abusa de la cantidad), que repugna a la infinita limpidez de mi ser?

A veces, con torpeza material y no en sus cinco sentidos, hay quien celebre tan alto sacramento: y esto no puede nadie comprender hasta qué grado de repugna bajar a aquellos labios que apenas saben lo que dicen; a aquellas manos manchadas, a aquel corazón más negro que la noche.

Pero Yo, al oír pronunciar las palabras de la Consagración, siempre bajo, siempre opero la transubstanciación, siempre transformo al sacerdote en Mí.

Y ¿qué sentiré cuando el sacerdote está lleno de

brumas y encadenado a este vicio detestable de la embriaguez? Éstos son los martirios que oculto en mi Corazón: ¡cuánta es mi felicidad en cumplir mi palabra de bajar a los altares! ¡Oh amor infinito con que voluntariamente me he atado, obedeciendo siempre las palabras del sacerdote al consagrar, por más indigno que este sea!

¡He aquí un viso de mi amor si cálculos, de mi infinito amor, que sabiendo lo que había de sufrir en las Misas me ofrecí y acepté gozoso este papel de Víctima, este misterio con todas sus consecuencias y sólo por estar cerca de las almas, para darme a ellas en el Sacramento del altar, para hacerlas felices, para que mi Iglesia tuviera en Mí al tesoro de los tesoros! Pasé por todo con tal de que el hombre tuviera un Jesús – hostia, sacrificado por su amor; no sólo en la institución de aquella memorable noche en el Cenáculo, sino Crucificado en lo más íntimo de mi alma por los mismos míos que debieran ser otros Yo y que no lo son.

Sólo Yo sé lo que sufro, lo que cubro, lo que disimulo, lo que perdono, lo que detengo ante un cielo airado con los sacerdotes culpables. Sólo Yo, sólo María contempla y presencia dolorida estos crímenes inauditos, sabemos el alcance de tan horribles ofensas que hacen temblar al cielo.

Pero Yo, en mi papel de Redentor, y María, en su papel de corredentora, detenemos el rayo de la ira de mi Padre, al ofrecerle mi Sangre, mis méritos, mis suspiros,

mis sollozos como Hombre-Dios que quiere arrancar del cielo perdones y no venganzas para quienes tan duramente, tan ingrata y cínicamente me tratan –como un trapo viejo- y con tan negra villanía”.

XXIII

PREDICACIONES.

“**E**n la predicación también tengo mis calvarios, también ahí entra el mundo para robarme gloria.

Muchos predicadores buscan la gloria propia y no la mía, solamente la mía; se buscan a sí mismos con sermones elevados que les den fama; con palabras y conceptos rebuscados, pavoneándose en su vasta instrucción y cualidades oratorias, en hacer lucir sus talentos (que son míos) y su erudición que los eleva por encima de sus compañeros y de los fieles.

¡Ay! ¡Cuánta vanidad lamento en esos púlpitos que convierten en teatros, en esas conferencias que tienen más de mundanas que de Dios; más incienso propio que santa unción para mover los corazones! Y con esto

¡Cuánta gloria me quitan mis sacerdotes! Hacen que las almas vayan a buscar al predicador, y no a Mí en sus enseñanzas. ¡Cuántas veces ni se acuerdan de que existo, y sólo van a deleitar su oído con una música armoniosa, pero hueca, que pasa sin dejar la menor huella en el alma!

¡Que vacío tan hondo deja en los espíritus un predicador mundano y vanidoso! Pero, ¡qué cuenta tiene que darme el sacerdote que así usa de los púlpitos, dejando frío en los que lo escuchan y amargura en mi Corazón!

La misión de los sacerdotes es sembrar mi doctrina, mover a arrepentimiento, ilustrar los espíritus, convertir las almas, hacer reaccionar los corazones y no echar anzuelos para sacar alabanzas.

Tiene el predicador que tener tino y discreción con el auditorio y plegarse a las circunstancias. Su palabra debe ser sencilla; y si es elocuente, llena de modestia y caridad con todos.

Debe buscar no brillar, sino convertir; y sólo el que es santo santifica. Para este ministerio necesita el sacerdote ser hombre de oración, porque para dar a las almas es preciso recibir de lo alto, y no se recibe sino se ora y si no se mortifica.

Debe también el sacerdote no abusar de lo sagrado, subiendo al púlpito sin estudios previos y sin preparación, que van a tocar las almas lo divino en sus labios, y ellos a depositar el germen de lo santo en los corazones.

Con grande humildad deben ocupar los púlpitos los sacerdotes, porque la soberbia es el mayor estorbo para el fruto de la predicación en las almas. Un alma humilde comunica humildad, y un alma soberbia ¿qué podrá

esparcir? Para tocar a las almas y hacerlas vibrar para el cielo es preciso ser humilde, para alcanzar a mover los corazones es preciso ser santo.

Podrán los sacerdotes hacer ruido, conquistar aplausos, admirar por su saber y electrizar por su elocuencia; pero esto no es lo que me da gloria a Mí, sino a ellos; no es lo que debe buscar el verdadero sacerdote, sino mover a compunción, a contrición, a enamorar a las almas de lo divino, arrancándolas de lo terrero; recordarles sus postrimerías; alentarlas en el ejercicio de las virtudes; ponderándoles mi Pasión; enseñarles mi vida de amor y sacrificio, enamorarlas de la cruz, del dolor, de sus calvarios; enseñarles el precio de la Redención y del sacrificio; abrir a sus ojos horizontes de perfección y facilitarles el camino para el cielo.

Que no haya sermón en el que dejen de nombrar a María; que a menudo ensalcen sus prerrogativas excelsas, enseñen sus virtudes y muevan a las almas a practicarlas. Que enseñen y ponderen y hagan amar sus martirios de soledad tan poco estimados y conocidos de las almas.

Que enamoren los corazones del que es el Amor --¡y tan poco conocido y menos predicado!--, el Espíritu Santo; que enseñen sus Dones, sus Frutos, sus excelencias, su acción tan íntima en las almas.

Que me prediquen a Mí, el Verbo hecho carne, crucificado; los encantos del dolor, las riquezas

encerradas en el padecer, la necesidad del sufrimiento que purifica, redime y salva; el desperdicio de los padecimientos, sino se unen a los míos.

¡Oh! Mi doctrina es vastísima, los Evangelios riquísimos e inagotables. ¿Por qué buscar temas ajenos a darme la gloria?

Son poco explotados los púlpitos, las predicaciones en mi Iglesia, cuando éste es un recurso poderosísimo con el que los sacerdotes cuentan para la salvación y perfección de las almas. ¡Cuántos sacerdotes se hacen del rogar para predicar un sermón! La tibieza en este punto es muy grande; el celo por mi gloria muy mezquino y la preparación en muchos de mis sacerdotes, muy mediocre.

En los Seminarios y Noviciados se debe explotar mucho este elemento tan capital para mi gloria, pero con las condiciones dichas. Quiero sacerdotes sabios, pero humildes; instruidos, pero sin vanagloria; hombres de oración y santo celo que hagan guerra a Satanás, descubriendo a las almas sus traiciones; almas interiores y virtuosas que lo que digan, lo hagan; que lo que prediquen, lo hayan practicado primero.

Quiero sacerdotes de luz, almas puras, mortificadas, penitentes, que más que con las palabras, atraigan con el ejemplo, derramando en toda ocasión el perfume, el buen olor de Cristo crucificado.

¡Oh! Si lo sacerdotes me amaran, se incendiarían en el cielo de mi gloria y no descansarían en procurármela de todos modos, renunciándose.

Pidan que esa chispa celestial incendie, active y prenda el fuego santo en las almas sacerdotales.

Pidan para que muera la inercia, el egoísmo, la apatía, la pereza y el tedio en los corazones.

Pidan para que, sacudiendo el letargo que a muchos invade, se lancen sin más interés que el darme almas, y en ellas consuelo, a trabajar por puro amor en mi Viña, que Yo sabré en mi largueza recompensarlos”.

XXIV

TIBIEZA.

“La tibieza en mis sacerdotes es para mi alma una espina muy honda. Porque proviene de ingratitud y del poco amor que me tienen; y también del poco fervor en sus Misas. De esa tibieza en la celebración del Sacrificio le vienen y le provienen el sacerdote muchos males; porque según es la Misa, así es el día para el sacerdote. Por eso más que en ningún otro acto de su ministerio, el sacerdote debe poner toda su atención y su vida en celebrar en las condiciones en que se requieren en este sublime acto y con la debida preparación y acción de gracias. Debe ser la misa el acto más trascendental de su vida, el blanco de sus aspiraciones y el ideal supremo de su unión Conmigo.

Pero ¡cuánto tengo que lamentar en el corazón de mis muchos sacerdotes la rutina, la poca o ninguna devoción con que dicen la Misa y la ninguna preparación para celebrar! No me clavan el puñal del sacrilegio, pero si la espada muy dolorosa de la frialdad con que se acercan a los altares.

La tibieza enerva las facultades del alma y esta debilidad se comunica a las demás acciones del sacerdote.

La tibieza, cuando se apodera del alma del sacerdote, hace que tome como carga pesada y molesta todos sus deberes. El rezo del Breviario le cansa; a los salmos no les encuentra jugo ni sustancia, pasándolos sin contemplar ni sentir ni gustar las riquezas que encierran; no paladea el divino sabor que hay en ellos; porque la apatía por lo santo impregna los corazones. Y ¿por qué? Porque la tibieza los ha hecho su presa, fruto de su mundana disipación; porque han dejado que se llenen sus corazones de ruidos y vanidades del mundo; por la falta de oración, recogimiento, vida interior y trato íntimo Conmigo y con María.

Si un sacerdote es tibio, que busque luego la causa y huya de ella.

Los peligros crecen y se multiplican a medida que el fervor se aleja de sus corazones. Sus días son tristes, sus noches dolorosas y agitadas; su vida, una asfixia espiritual, y no encuentran a su alrededor más que tedio, fastidio y hasta desesperación.

Todo ese conjunto de males forma la red que Satanás va tejiendo para perderlos; les introduce insensiblemente el mundo, y con esto, el desasosiego, las tentaciones, las luchas y fastidios con que, arrastrándose, cumplen los sagrados deberes de su ministerio.

¡Cuidado con dejar entrar el mundo en el corazón de los sacerdotes! Este capital enemigo aleja al Espíritu Santo y, sin ese fuego divino que todo lo ilumina y calienta, el corazón del sacerdote se enfría y oscurece, y sólo le queda

hielo en el alma, en el fondo de su espíritu.

Comienza la tibieza y acaba el fervor, se debilita la fe y viene al traste la vocación sacerdotal. ¡Así comienza el demonio a horadar el edificio!, ¡así arroja el veneno poco a poco, pausadamente, debilitando las energías del alma! No es malo en realidad el sacerdote, pero es tibio e indolente, no está perdido pero se encuentra en un plano inclinado que desemboca en el infierno.

No puede haber término medio en el sacerdote, no debe haberlo: o fervoroso o tibio; o del altar o del mundo; o de Jesús o de Satanás. Es terrible esta disyuntiva en el sacerdote; ¡y cuantos, ¡ay!, que se han dejado invadir por la tibieza y ruedan por fin, y triunfan las pasiones malas y perversas que solo se iniciaron al principio, pero que concluyen luego envolviéndolos en sus garras para no soltarlos más!

Es terrible, repito, la tibieza en el sacerdote, porque ésta va directamente a quitarles la fe; y un sacerdote sin las virtudes teologales está perdido para siempre. A él ya no le conmueven las verdades eternas; para él las postrimerías se vuelven sombras y aun sarcasmos. Las tinieblas de las dudas lo envuelven y lo penetran; los remordimientos se alejan y vienen al traste su vocación y su salvación eterna.

Hasta allá va a dar la tibieza que comenzó por una nonada y que concluye con un infierno; porque las verdades de la fe, que hacen temblar a los pecadores ordinarios, a un sacerdote caído no le mueven, no le hieren, no lo tocan, no

lo rozan siquiera; porque Satanás ha puesto en su alma un impermeable en el que no penetran ni los castigos ni las promesas ni siquiera el dolor y el amor infinito con que compré su santa y sublime vocación.

Por eso dije que la tibieza en mis sacerdotes es para Mí una espina muy profunda, por los males que acarrea.

Y otra cosa. Como el fervor tiene el don de comunicarse,

¡la tibieza tiene el funesto vaho para adormecer a tantas almas! Y éste es otro punto por el que el sacerdote debe evitar enfriarse; porque, aparte de que desedifica, lleva el triste don de comunicar el hielo a los corazones.

Porque ¿cómo un sacerdote frío ha de dar calor?, ¿cómo un sacerdote indiferente a las cosas de Dios ha de comunicar fervor?, ¿cómo enamorar a las almas de lo que él está muy lejos de apreciar, adorar y sentir?

No; en los sacerdotes no puede haber medianías; tienen a toda costa que ser santos y que sacudir la tibieza de sus almas con la penitencia, el alejamiento del mundo y con la oración, para que sus almas no se dejen debilitar y aletargar con ese vaho satánico y mortífero con que el demonio quiere envolverlos.

Que jamás abran las puertas de su alma a la inacción, a la molicie y al deleite que llevan a la tibieza. El trabajo asiduo, el olvido propio, la penitencia y la mortificación son las almas que deben esgrimir contra las del demonio que

tan pausadamente y tan solapadamente usa para envolverlos con el solo fin de perderlos para siempre y quitarme gloria.

Los sacerdotes nacieron para las almas y tienen que prescindir de sus gustos, comodidades y regalo: no se pertenecen. Cierto que esto cuesta a la naturaleza, pero le premio para ellos será centuplicado y mi gracia superabundará en ellos, si me la piden, si son fieles en mi servicio, si se hacen dignos de recibirla.

De la tibieza viene la comodidad y la molicie en el sacerdote; a su vez la molicie y la comodidad traen la tibieza. Simultáneamente se ayudan estos defectos para acaparar el corazón del sacerdote. Nació él para otros, y un sacerdote debe prescindir de todo regalo, cuando las almas se lo exijan, y alejar toda pereza de su cuerpo y de su alma. Tiene que hacerse la guerra, y debe siempre estar listo para servirles en cualquier circunstancia y momento.

Debe morir a cada paso a sí mismo y ser otro Jesús, no tan solo en el cumplimiento de sus sagrados deberes para con el Padre celestial, sino también para quienes lo busquen y lo soliciten.

Y más aún. Un sacerdote a quién anime el ardor amoroso del Espíritu Santo no debe conformarse con un puñado de almas que lo rodeen, sino lanzarse, con santo pero discreto celo, a salvar muchas almas, a arrancarlas del vicio y a comunicarles pureza, virtudes, fervor, amor, y Espíritu Santo, ¡María!

No hay excusa para un sacerdote en el campo de las almas. Pero ¡ay!, ¡cuánta tibieza, cuántos pretextos, cuántas fútiles excusas, cuánto mimarse a sí mismos lamenta mi Corazón amargado por lo que Yo solo veo en este campo tan extenso de la tibieza de mis sacerdotes!...

¡Cuánta pereza, ¡ay! –y esto es lo que más me duele-, nacida del poco amor con que pagan mis predilecciones sin nombre! No son Yo; no velan por mis intereses; no por la gloria de mi Padre; no hacen aprecio de mi Sangre que compró las almas; y por una comodidad, por una enfermedad ligera, por un descanso, por un regalo y aun, por un pasatiempo o diversión, dejan perder un alma, y muchas veces abren el campo para Satanás y sus secuaces.

La falta de celo por mi gloria y por las almas ¿no es acaso en el fondo falta de amor? ¡Y cuánto de esto tengo que lamentar, que llorar a solas en los Sagrarios, en el regazo de mi Madre y en el de las almas para que me consuelen!...

Sólo Yo se los designios de Dios que dejan trancos en las almas mis sacerdotes tibios, los perezosos y sin celo, es decir, los sacerdotes sin amor. ¿Para qué se ordenaron sino me amaban?, ¿para qué se dejaron ungir en el óleo santo, sino estaban dispuestos a ser ministros de un Dios crucificado?, ¿para qué se dejaron consagrar sino iban a cumplir con su ministerio hasta la muerte?

¡Ah! Que se les explique de todo esto, todo, antes de

ser ordenados. Deben ser otros Yo, pero crucificados, pero muertos a sus comodidades y regalos y vivos para mi amor, para mí servicio, para las almas.

Que les hagan hincapié en estas verdades de tanta trascendencia; que las graben muy hondamente en su corazón y que los que no se sientan con fuerzas para ello, se queden sin subir al Altar, que en mi servicio íntimo y en el de las almas no debe haber medianías.

¡Ay! es tiempo de que la Iglesia sacuda la inercia de muchos sacerdotes y encienda en las almas el vivo fuego que viene a traer a la tierra, el del amor y del dolor, por el Espíritu Santo, Él es quien quita la tibieza de los corazones, y los enciende, y los impulsa, y los eleva de la tierra, y les da alas, y les sacude la pereza con su actividad, y destruye el propio interés mío de salvar almas. El Espíritu Santo es quien sopla, y mueve los corazones, y los levanta de la tierra, y los lleva a horizontes celestiales, y les comunica la sed por la gloria de Dios. Él es quien les dará su luz y su fuego para incendiar la tierra entera. Así quiero a los sacerdotes, poseídos del Espíritu Santo y olvidados de sí mismos, todos para Dios, todos para las almas.

Que pidan esta reacción, este nuevo Pentecostés, que mi Iglesia necesita sacerdotes santos por el Espíritu Santo.

El mundo se hunde, porque faltan sacerdotes de fe que lo saquen del abismo en que se encuentra; sacerdotes de luz que iluminen los caminos del bien; sacerdotes puros para sacar del fango a tantos corazones; sacerdotes de fuego que

llenen de amor divino el universo entero.

Que se pida, que se calme al cielo, que se ofrezca al Verbo para que todas las cosas se restauren en Mí, por el Espíritu Santo, y por medio de María.

Los Obispos tienen que activarse en su celo por las vocaciones sacerdotales y hacer germinar vocaciones santas para el Altar. Los sacerdotes tienen que reaccionar de muchos modos en su tibieza, comodidad y celo; pero sobre todo en su amor a Mí y a las almas, en el aprecio por su vocación muy principalmente, y en su unión sincera, amorosa, obediente, y franca con sus Obispos y representantes.

El mundo necesita este sacudimiento íntimo en la Iglesia para hacerla más floreciente en las almas y en las sociedades. ¡Que reine el Espíritu Santo por la Cruz, por María, y será salvo!

Que se conozcan mis deseos y que clamen al cielo por esta nueva era de fervor que vendrá; si, vendrá a remediar muchos males y a darme muchos sacerdotes santos”

XXV

ASEO.

“Otra de las espinas que tengo en muchos de mis sacerdotes es el poco aseo en sus personas y en las cosas del culto, pero sobre todo respecto de los Sagrarios.

¡Tocar con cuerpos sucios- al celebrar, al dar la comunión- tocar, digo, al que es el esplendor del Padre, a la Pureza misma! ¡Habitar Yo, el Dios de la luz, la Limpieza por esencia, en Sagrarios sucios y posarme en lienzos manchados!

Yo, solo como hombre y en mi humildad sin término, pasaría por todo sin quejarme; pero soy Dios hombre, y Yo mismo, en cuanto hombre, sé honrar a la Divinidad mía, una con la del Padre y del Espíritu Santo. Como hombre tengo que darle su lugar a Dios; como puro hombre –si esto fuera posible en Mí-, nada exigiría, nada pediría; pero como soy al mismo tiempo Dios y hombre, exijo pulcritud y suma limpieza en lo relativo al culto divino, aun en lo material. Y aunque tengo en más aprecio la limpieza interior que la exterior, me lastima la falta de cuidado, porque implica falta de fe y falta de amor.

Me agradecería que se formara una comisión para

cerciorarse de la limpieza y que cesara este mal que ha cundido más de lo que se cree. No bastan las Visitas pastorales; Yo quisiera una vigilancia más asidua para enterarse de este punto que lastima mi delicadeza. No pido riquezas, pero si grande limpieza y aseo.

¡Si vieran las vergüenzas que paso ante mi Padre Celestial, con estos descuidos increíbles de los míos en lo que debiera ser asunto primordial de mis sacerdotes!

Los vasos sagrados a veces no serían dignos de presentarse al mundo más bajo, ¡y ahí estoy Yo, con mi Cuerpo, mi Sangre y mi Divinidad! ¡Los corporales!...

¡Cuántas veces me repugna reposar en ellos sacramentado! Las manos sucias de algunos sacerdotes me repelen; y ahí estoy, y me dejo coger, manejar, poner y quitar siempre callado y obediente, siempre en silencio, sonrojándome ante mi Padre amado ante la mirada de los ángeles que se cubren el rostro, que llorarían si pudieran al verme tratado así.

Pero aunque este trato exterior e indigno me lastima, lo que más hiere mi Corazón es la falta de fe viva en mis sacerdotes, la rutina con que se acostumbra tratar lo santo y al Santo de los santos.

Me duele también el descuido en las rúbricas sagradas y el poco aprecio o ninguno que hacen de ellas algunos sacerdotes.

Me lastiman esas maneras tan poco finas de dar la

comuni3n, de exponerme en la Custodia y hasta de omitir palabras que debieran pronunciar y que no lo hacen por sus prisas, por su fastidio; y administran los sacramentos (por ejemplo, bautismos, confesiones, etc.), por salir del paso, sin darles todo el peso divino y santo que los sacramentos merecen.

Y ¿de qué viene todo esto? De la falta de amor, repito; de que toman los deberes sacerdotales y santos como una carga pesada y molesta; de que no miden lo sublime de su cargo y de sus deberes para con Dios y para con las almas, de que se familiarizan con el Altar y no lo respetan ni lo dan a respetar como debieran hacerlo.

¡Ay! ¿Quién recibirá estas quejas de mi Corazón herido?

¿Quién las hará saber a quienes deben remediar estas arbitrariedades en mi Iglesia?

Muchos sacerdotes, al no amarme a Mí, tampoco aman a la Iglesia, y esto para Mí es horrible, por tratarse de sus mismos ministros en donde ella descansa. Ven como cosa de poco más o menos mi honra y abusan de sus bondades y desbordan mi Iglesia, que llora no sólo la pérdida de sus hijos, sino también el descuido inaudito y la poca finura y delicadeza con que la tratan lo que son más que sus hijos.

Y la Iglesia, como quien dice, soy Yo; y el alma de la Iglesia es el Espíritu Santo; y ni a Mí, ni al Espíritu Santo,

ni al cuerpo de la Iglesia que son los fieles, les hacen caso. No reflexionan ni se hacen el cargo de la sublime dignidad y grandeza de la Iglesia. Esposa inmaculada del Cordero, Esposa espiritual también suya; y es que falta solidez, penetración, seriedad en esos corazones ligeros que no se detienen a considerar la gracia insigne y sin precio que han recibido del cielo con la vocación sacerdotal.

Pero, ¿es difícil que un sacerdote sea así con todas esas cualidades?

Difícil, no. Porque al recibir al Espíritu Santo, reciben sus Dones y quedan sus almas consagradas a Mí. Claro está que tienen que luchar, como hombres, con la tierra natural del hombre; pero por eso mismo, un sacerdote no debe vivir a lo natural, sino a lo sobrenatural y divino. Está en la tierra, pero también en el cielo; tiene que tocar el polvo, pero con alas y suficientes fuerzas para emprender el vuelo a lo alto sobre las miserias humanas.

¿Quién puede creer que Yo sea injusto y que le reclame cosas que no pueden hacer?

Al darles la vocación, al concederles la oración sacerdotal, al admitirlos a los Altares, Yo abundo y sobreabundo en gracias especiales, en gracias de estado; y por eso reclamo el servicio que me pertenece, el celo, la fidelidad que me juraron, y el amor, el amor divino del que debieran estar poseídos sus corazones.

Además, es una gran gracia para ellos que Yo reclame mis derechos, que Yo haga llegar a sus oídos mis quejas, que mi palabra dolorida llegue hasta sus corazones. Porque si pido remedio para sostener la dignidad de la Trinidad y de la Iglesia, les hago una merced muy grande, quitándoles si me escuchan, pecados, faltas, purgatorio y ¡ay! hasta el infierno.

Entiéndase que Yo no me quejo por deshonrar a los sacerdotes. Me quejo, si bien es cierto para quitar ofensas a mi Padre y al Espíritu Santo y espinas a mi Corazón, también lo hago para el bien de los sacerdotes y por la honra inmaculada de mi Iglesia, a quien se debe dar gloria, y lustre, y honor e todos los sentidos, interior y exteriormente.

Con esto, también ganarán las almas en muchos sentidos, en grandes escalas que sólo Yo veo, y se quitarán muchas murmuraciones y ocasiones de ofenderme.

Deben reaccionar todos los sacerdotes: los buenos enfervorizándose más; los tibios, recibiendo mi Palabra como el paralítico del Evangelio: -“Levántate y anda”-, activándose en el amor y el sacrificio; y los malos, llorando sus pecados y convirtiéndose a Mí.

Yo soy todo caridad y no puedo moverme sin esparcirla; soy amor y no puedo dar más que amor, y mis advertencias, y mis quejas, y aun mis castigos en este mundo, son amor, sólo amor, puro amor... Si tengo en la

otra vida que usar la justicia, mi justicia entonces también es amor. Pero ¿cómo? Porque el amor todo lo perdona, todo lo olvida; pero no puede perdonar el amor la falta de amor: ésa es la única cosa que no perdona el amor...”

XXVI

ADVERTENCIAS.

“**H**ay que hacer mucho hincapié, en los seminarios y en los Noviciados, en hacer entender a los aspirantes al sacerdocio la divina sublimidad de su vocación. Hay que advertir y recalcar y ponderar los santos deberes que el sacerdote contrae y en el gran peligro de perder su alma, sino cumple su vocación. Hay que hacerles ver claramente, los calvarios a que van a subir por mi amor. Hay que advertirles muy a lo vivo las tentaciones a que van a verse expuestos y la guerra sin cuartel que les va a hacer en todos los días de su vida Satanás.

Que no aleguen después ignorancia de las tempestades que les esperan, de las amarguras que tienen que apurar, de las soledades del corazón que van a sufrir y de las persecuciones, calumnias, etc., a las que se van a ver expuestos por mi Nombre.

Pero también hay que hacerles entender bien el lado contrario. El favor insigne de predilección mía al ascenderlos al sacerdocio. Los dones especiales, y luces, y gracias, y carismas, y coronas inmortales que les esperan. Las divinas bendiciones en que se verán envueltos. LA fortaleza de Dios y el amor infinito y

especial del Espíritu Santo sobre ellos. El grado divino que los elevan en la tierra sobre todas las criaturas. La gracia de las gracias y sin rival de la santa Misa. El mismo poder de Dios que se les comunica de perdonar los pecados y de abrir el cielo de las almas. La elevación a otra esfera en la tierra y en el cielo sobre el común de las gentes, etc.

Yo quiero una reacción poderosa en el clero; un cuidado más asiduo de los Obispos en la formación de las almas sacerdotales; una vigilancia mayor en los Seminarios, en los cuerpos y en los espíritus, educando sacerdotes dignos, ilustrados, humildes, compasivos y llenos de amor al Espíritu Santo y a María.

Hay que hacer reflexionar profundamente a los que están próximos a llegar al Altar en la semejanza Conmigo que el Padre les exige para confiarles lo que a mí me confió:

¡las almas! Hay que impregnarlos de la idea de que deben transformarse en Mí, ser otros Yo, no sólo en el Altar, sino siempre, y asemejarse a Mí desde muy antes de ser ordenados.

Que se den cuenta bien clara de que el Padre mismo les va a comunicar su santa fecundación para que le den almas santas a la Iglesia de Dios. Mucho recurso al Padre, mucha gratitud para con Él, deben tener esas almas de elección, predilectas de su divino e infinito amor. Y como en cada acto de ministerio del sacerdote

concurra la Trinidad, deben vivir absortos en Ella, adorando, amando y bendiciendo a las tres Divinas Personas en general y cada una en particular.

Los sacerdotes más que nadie tienen filiación santa e íntima con el Divino Padre; fraternidad santa y pura con el Divino Verbo humanado, y unión profunda, perfecta y constante con el Espíritu Santo, por sus Dones, por sus Frutos, por sus luces, por su fuego divino y puro, que apaga todas las concupiscencias y los guarda.

Constantemente tiene presente el sacerdote a la Trinidad en cada acto de su culto y de su ministerio. En las oraciones que tiene por deber que rezar, muy a menudo se encuentra con esa Trinidad Santísima. Pero por desgracia, las más de las veces no piensan en Ella; con la costumbre y la rutina mecánicamente la nombra; y esto contrista mi Corazón.

Como hombre, ¡cuánto honro a la Divinidad unida a mi humanidad en la persona del Verbo! Esa humanidad la humillo ante la Divinidad, para darle gloria y atraerle por mis infinitos méritos (infinitos por lo que tienen de divino), almas y corazones que alaban a la Trinidad, tres personas en una sola sustancia. Por esto me contrista ese abandono, esa poca devoción del sacerdote al nombrar a la Trinidad y al invocarla y alabarla muchas veces con la boca y pocas con el corazón.

Yo la honro; y el sacerdote, mi representante en la tierra, la deshonra. Ya un sacerdote no debe vivir sino

dentro de ese ciclo divino de la Trinidad , y de ahí tener sus delicias, y de ahí formar su cielo en la tierra, y ahí encontrar, si quiere su felicidad, su descanso, su paz, su dicha, su calma y su todo.

Que no busque nada el sacerdote fuera de la Trinidad y de María. Ahí debe fijar su vida, sus aspiraciones, el círculo de su existencia.

De ahí sacaré luz, gracia, fuerza virtudes, dones y cuanto necesite. ¿Para qué buscar en otra parte lo que no hay? Ciencia, pensamientos elevados, un océano sin fondo ni riberas de perfecciones y abismos de amor, de consuelos santos y de dicha en sus amarguras tiene ahí. Todo lo tiene en la Trinidad; todo lo tiene en Mí, Dios Hombre.

¡Oh! ¡Y cuánto anhelo sacerdotes según el ideal de mi Padre!

¿Y cuál es ese ideal?

Yo mismo. Sacerdotes Jesús, sacerdotes puros, dulces, santos y crucificados. Obispos Yo; seminaristas iniciados a ser Jesús. Todos enamorados, como Yo, del Padre y por las almas; todos generosos y celosos tan sólo de la gloria de Dios, mirando siempre al cielo sin descuidar los pormenores de la tierra en cuánto sean para mi glorificación. Quiero sacerdotes que me vean a Mí y no se busquen a sí mismos: quiero realizar en mi Iglesia ese ideal que me trajo a la tierra, esa perfección

sacerdotal que hace sonreír a mi Padre, embelesarme de alegría y derramar bendiciones sobre el mundo.

Quiero reinar por mis sacerdotes santos; quiero millones de almas que me amen; pero atraídas por corazones puros, sin más interés que el de consolarme, glorificando al Padre por el Espíritu Santo.

La gloria del Padre es mi mayor consuelo; y como lo que más ama en la tierra son sus sacerdotes, quiero darles sacerdotes según mi Corazón, según su mente, según el ideal que llevo en mi alma y del que di ejemplo a mi paso por la tierra.

Hay mucha paja y poco grano; muchas apariencias y poca realidad; mucha superficie y poco fondo; muchas hojas y muy escaso fruto; mucho número pero pocos, relativamente, que satisfagan los anhelos de mi Corazón.

Claro que también hay en mi Iglesia mucho bueno que hace contrapeso a lo malo; pero ya estoy cansado de medianías, y el mundo, se hunde, no porque falten obreros en mi Viña, sino porque faltan buenos y santos obreros que solo vivan por mis intereses y por la gloria de Dios.

Aun en las Comunidades hay mucho que deja que desear; y quiero una reacción vibrante que se deje sentir en favor de mi Iglesia tan amada. Y esta reacción vendrá; sí, vendrá por el Espíritu Santo y por María, por el verbo, Yo, para honrar a mi Padre y reparar las ofensas que se

le hacen en las Misas sobre todo, por sacerdotes indignos.

Ha llegado el tiempo de sacudir de muy hondo a muchos corazones de Obispos y sacerdotes. Ya no más esperas que me urge la salvación de las almas; y si el mundo se hunde, y si la tibieza avasalla los corazones, es porque faltan ¡ay! sacerdotes celosos y enamorados de mi cruz que la practiquen , que la prediquen, que incendien con este santo leño a las almas.

La ola de la iniquidad y del sensualismo ahoga al mundo –y ¿lo diré?-, ha penetrado hasta el Santuario y lastima en lo más íntimo las fibras de mi Corazón. Satanás gana terreno, cree ya triunfar, y no es justo que mis sacerdotes duerman y se ocupen de todo lo que no soy Yo.

Por esto, de raíz tiene que venir el remedio en los sacerdotes presentes y en la nueva generación que dé a la Iglesia sacerdotes dignos, apóstoles de fuego que ardan en amor y que, por el Espíritu Santo y con el Espíritu Santo y con María, encienden el divino fuego en el mundo paganizado por Satanás.

Hay que activarse y no dormir sobre laureles, cuando el enemigo avasalla, y engaña, y hunde miles de almas en el Infierno.

Oración, Oración, penitencia y ofrecerme; ofrecer al Verbo único que pueda abrir los canales de gracias

divinas y extraordinarias para las almas.

Que nadie diga que nada se puede hacer; porque todos pueden orar, pueden mortificarse, pueden ofrecerme puros al Padre y así apresurar la hora de la reconquista de este amado pueblo.... Que es mi consentido, como llegaré a probarlo.

Pero que me hagan caso aquí y en la redondez de la tierra.

Entre otras cosas, estos cataclismos los envío para renovar la fe, y la Iglesia tiene que dar un gran vuelo en la regeneración y en la perfección de los sacerdotes”.

XXVII

LOS POBRES.

“Otro delicado punto que lacera mi alma en algunos sacerdotes, por no decir que en muchos, es el poco aprecio de los pobres como si no fueran todos, pobres y ricos, hijos de Dios. Y antes bien, la preferencia en caso de haberla, salvo excepciones, debía inclinarse a proteger a los desvalidos, a los ignorantes, a los que cargan el peso del trabajo material y que tanto necesitan de quienes los sostengan.

¡Hay muchas almas tan hermosas entre los pobres!
¡Hay almas tan dispuestas a recibir el rocío del cielo, probadas por las inclemencias de la tierra!
¡Hay almas tan puras, tan sacrificadas, que se ven despreciadas por su posición social y su miseria!

No; este punto hay que remediarlo en muchos sacerdotes que solo quieren rozarse y ejercer su ministerio con la clase que brilla, que no siempre es la que me da más gloria. Para la naturaleza no es agradable ese trato con la gente pobre, ruda, sucia y poco inteligente. Pero Yo vine a salvar a todos sin distinción: a pobres y a ricos, y mi caridad prefirió a los menesterosos, a los desvalidos, a los pobres. Y Yo mismo fui pobre para atraerlos a Mí sin que se avergonzaran. Y si los

sacerdotes tienen que ser Yo, la misma caridad, abnegación y humildad tienen que tener, y el mismo sentir que Yo.

Hay que atenderlos con calma y vida: hay que evangelizarlos como Yo lo hice; hay que abrirles los brazos y el corazón, abajándose para levantarlos; hay que atraerlos por el cariño y por los ejemplos para llevarlos a Mí; hay que formar el criterio y el corazón del pobre desde pequeño hasta mayor, desde la cuna hasta la muerte. Mi Iglesia es Madre, y sus sacerdotes deben tener para con los pobres entrañas maternas.

No hay que ahuyentar a los pobres con durezas y malos modos, sino soportarlos, enseñarles pacientemente el amor a Dios y al prójimo. ¿Por qué los ricos han de tener más Dios que ellos? ¿Por qué esas distinciones que los humillan y los ofenden? ¡Me duele a Mí lo que a ellos les hacen! Claro está que se les debe dar el pan de mi doctrina a su alcance; pero ¿cuántas veces se estremece mi corazón de pena ante las injusticias con que humillan mis sacerdotes a esas amadas almas? ¡Hay que educarlas, soportarlas, defenderlas, protegerlas y amarlas!

Un sacerdote debe ser todo para todos; y recuerde que Yo amo tanto a los pobres, que me hice pobre, que viví entre los pobres, que distinguí a los pobres y que a los pobres prometí el reino de los cielos. Y me igualé de tal manera con ellos, que ofrecí eterna recompensa a los misericordiosos que tuvieran misericordia, y dije que lo

que a ellos hicieran, me lo harían a Mí.

Yo amo mucho a los pobres; y falta en mi Viña, en mi Iglesia, quien los ame como Yo. Hay sus deficiencias, sus grandes lagunas en este punto capital para mi Corazón de amor, y hay muchos sacerdotes culpables sobre este particular, acerca del cual llamo la atención.

Todas son almas; todas me costaron la Sangre y la Vida; a todas sin distinción de clases me doy en la eucaristía, y un mismo cielo cobijará eternamente a pobres y ricos, donde se premian virtudes y no categorías mundanas. Muy bien que en el mundo tenga que haber escalas sociales; más para mis sacerdotes no debe haber sino almas, almas que darne y por quienes sacrificarme.

Más de lo que se supone tengo que lamentar en mi religión –que es toda caridad- sobre este punto; y pido, y quiero y mando que se remedie lo que hubiere sobre este punto tan importante y que deseo remediar, que precisamente por su ignorancia, por sus malas inclinaciones, por el medio en que vive, necesita de más caridad, de doble paciencia, de grande generosidad y aun de heroicas abnegaciones.

Pero Yo sé premiar esos heroísmos con una gloria eterna. Para Mí no pasas desapercibidos los sacrificios sobre este punto tan importante y que deseo remediar. Y si lo hacen por mi amor., Yo premio esas liberalidades y vencimientos; Yo me regalo a Mi mismo con muchas formas en esta vida, con inefables consuelos, y derramo

en las almas caritativas con los pobres mis más delicadas caricias.

Y no sólo los premio las limosnas para los cuerpos (que deben hacerse según las fuerzas de cada cual), sino más la limosna a las almas, los consejos a los pobres, la amabilidad con ellos, la formación de sus corazones para el cielo.

¡Cuántos de mis sacerdotes tratan a los pobres en los confesonarios con cierto desprecio e impaciencia!

¡Cuántas veces se quedan corridos y avergonzados los pobres, porque dan la preferencia a las personas de otra posición! ¡Cuántas veces esperan la comunión que a todos pertenece con humillante paciencia hasta que va otra persona rica a pedirla!

En el mismo ejercicio del ministerio se distingue la manera de hacer los bautismos, los matrimonios, los viáticos, etc., de los pobres y de los ricos; y Yo quiero llamar la atención sobre este punto que lastima la caridad de mi Corazón.

Yo busco almas, no posiciones; Yo amo las almas en cualquier escala social en que se encuentren. El Espíritu Santo no distingue. Mi Padre el sol sobre todos, y quiero que los míos me imiten y tengan un mismo corazón con todas las almas y vena en ellas sólo a Mí, porque reflejan las Trinidad cuya imagen llevan. Con este pensamiento, que es realidad, se les facilitará a los sacerdotes la

igualdad en el trato caritativo y santo para con los pobres a quienes he ofrecido el reino.”

XXVIII

VOCACIONES.

“**E**l ideal de un sacerdote es ser Jesús, puro, dulce, humilde, paciente, delicado, crucificado y muy amante del Padre Celestial, del Espíritu Santo y de María.

Más para realizar este ideal se necesita que las vocaciones sean divinas, que vengan directamente de Dios; y en este punto hay que tener luz de lo alto para discernir, en los Seminarios y en los Noviciados, a la luz de la oración, a los que sean dignos de subir a los altares.

Hay cierta ligereza, a veces, en esto; hay buena fe en los Superiores, pero existen vocaciones que lo parecen y no lo son, porque se las han infundido de muy atrás, y en realidad no son vocaciones divinas. Además, una vocación al sacerdocio, aunque sea divina, hay que cultivarla y cuidarla, porque Satanás rodea de mil modos las vocaciones y las enturbia. Cuántas veces las que no lo son las atiza para un futuro fracaso que alcanza el a entender o vislumbrar; y a las vocaciones santas, al contrario, las impide de mil modos, con muchas mañas, tentaciones y ocasiones para convencer de que no existen.

Mucho tiempo, mucho conocimiento y mucha oración y discreción de espíritus necesita quien decide dar las

órdenes sagradas a seminaristas y estudiantes. Todavía hasta la última hora hay que ver, formar y reformar, advertir y cerciorarse de la índole del sujeto, de sus inclinaciones y sólido fervor, de sus estudios y de sus flaquezas, de sus caídas y recaídas, etc.

Que los obispos miren y remiren las almas antes de que se comprometan con Dios, a quien tienen que responder.

¡Cuánto depende de los Obispos el futuro de los sacerdotes! Que en este punto se peque de menos que de más, porque las tristes y aun horribles consecuencias son triples: para Mí, para las almas y aun para el sacerdote mismo, aparte de la responsabilidad que contraen los Obispos con las vocaciones falsas.

Hay vocaciones divinas, vocaciones a medias y vocaciones falsas; hay que saber discernir con la luz del Espíritu Santo cuáles son las divinas y no engañarse con las que no lo son.

Los sacerdotes tienen que ir al cielo, no solos, sino con un séquito de almas salvadas por su conducto; ¡y cuántos van al infierno arrastrando también almas condenadas por su culpa!

Muy delicado es el papel del sacerdote y su misión en la Iglesia y en el campo de las almas; y por eso, cuando la vocación no es divina, se lamentan tantos descalabros, porque son a medias o falsas con que Satanás engaña.

En los Seminarios hay muchas cosas de fondo que

estudiar y que corregir para un futuro santo. Desde ahí debe comenzar el futuro sacerdote a serlo, practicando las virtudes que deben después llegar a su desarrollo. Generalmente en los seminarios se puede adivinar el futuro del sacerdote, y en el criterio de los que dirigen está el velar y orar, porque estos dos elementos son necesarios e indispensables en los Obispos y encargados a cuyo cuidado están esos planteles de las esperanzas de la Iglesia.

Velar siempre y asiduamente y muy de cerca sobre esas almas, pulsar su valor y sus méritos, y a la vez orar, orar mucho, y pedir luz meridiana para ver claro, tanto el fondo de esos corazones como la divina Voluntad en ellos. Este es el punto capital de los Seminarios y Noviciados: la vigilancia y la oración.

Esto implica sacrificio, exige mucha constancia; pero todo será poco en mi obsequio en este delicado punto en el que hay mucho que reformar, si se estudia a fondo la cuestión tan delicada cuanto indispensable para mi gloria. De ahí se derivan muchos de los males que he mencionado; es el punto de la partida de grandes dificultades o de grandes bienes para la Iglesia y para las almas.

Allí se forman los héroes y los santos, allí se abastecen los corazones de piedad, de celo, de grandes virtudes. Allí tengo yo mis ojos y también mi corazón; y eso mismo deben tener allí, en los Seminarios, los Obispos: sus ojos y su corazón.

Que se examine este punto capital, porque hay mucho

que desear en planteles de esa clase; y de ahí se lamentan después males irremediables y de capital trascendencia.

Yo no niego la luz a quien me la pide con humildad. Yo soy pródigo en mis gracias. Yo soy el que doy las vocaciones divinas y no las humanas y engañosas de tan fatales consecuencias. Yo soy el que premio las virtudes y los suspiros y los clamores de los Obispos amados con las divinas vocaciones para el sacerdocio, con ministros dignos, con santos que honren a la Iglesia en la tierra y sean su corona ante el Padre celestial.

Que mis obispos sean santos, que vivan del Espíritu Santo y tendrán hijos santos.

Pidan, lo repetiré mil veces, ofrezcan su alma y su vida y cuanto tienen, porque prospere la Iglesia con vocaciones divinas, con sacerdotes santos, para que el mundo espiritual se enriquezca, para que el mundo material se salve.

Quiero sacerdotes santos para que más tarde estos mismos sean Obispos santos y mi Iglesia florezca más, hermoseedada por la pléyade futura que espera ansioso mi Corazón”.

XXIX

CELOS.

“Un punto para reformar en varios sacerdotes es el gran cuidado que deben tener en los confesonarios de no provocar celos y envidias; es muy común esto y se convierte ese lugar sagrado en ocasión de ofensas para Mí. Iras, murmuraciones, despechos, etc., se originan por el poco contacto de algunos confesores que no tienen la prudencia necesaria de poner medio entre los extremos.

Cierto que muchas veces ellos no tienen la culpa; pero son ocasión, sin embargo, de culpas ajenas que hieren mi Corazón.

Deben los sacerdotes hacer respetar los confesonarios y exteriormente, al menos, tratar con igualdad a las almas, que en lugar de llegar al sacramento con las disposiciones debidas, la contrición no aparece; y con amargura, y con decepción, y hasta con ira se acercan por salir del paso del sacramento, que cuando menos es nulo en muchas ocasiones.

El sacerdote santo debe mover a contrición y a compunción y hacer de aquel lugar de perdón y de justicia un santuario en el que se respete a Dios en el sacerdote,

en el que se vea a Dios y no al hombre en el sacerdote, en el que la confianza vaya unida al santo temor de Dios.

Abusan mucho las almas buenas en estos lugares de reconciliación; y a los sacerdotes toca educarlas. Que las atraigan sólo con sus virtudes, que nada humano permitan en este trato frecuente, pero que debe ser siempre santo y desinteresado.

Nunca un sacerdote manchado debe sentarse a confesar, y antes de ocupar el lugar que Yo ocupé en persona, debe borrar hasta sus pecados veniales, elevando su alma a Dios y pidiendo a María su presencia allí, para no contaminarse con lo que llegue a sus oídos y a su corazón.

Cuando tenga que detenerse con alguna alma necesitada, que sea de ordinario cuando no lo esperan las multitudes, y aun entonces vea muy bien, dilucide muy bien y aparte lo superfluo de lo necesario, lo natural de lo sobrenatural, con mucho tino, cautela y caridad, sin dar ocasión a juicios y murmuraciones, de los cuales el sacerdote se debe librar.

Un cristal diáfano debe ser la honra del sacerdote y su conducta, en toda ocasión, no tan solo para Dios, sino también para el mundo.

No basta que sea intachable ante Dios, sino también no debe tener mucha mancha ante la sociedad, para honrar a la Iglesia a quien pertenece.

XXX

INTENCIONES.

“Otro punto en el que deben fijarse mucho mis sacerdotes es en la intención que deben hacer, no como simples hombres, sino como enviados del Altísimo, en los actos sacramentales de su ministerio.

Basta una intención que influya en el acto para que el sacramento sea válido; pero también conviene renovar la intención pura, operativa y santa en todos esos actos en los que me representan. En este punto tengo que lamentar descuidos, indelicadezas y hasta cosas muy serias en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Pueden quedar nulos muchos actos sin esa intención de hacerlos en mi nombre. No quiero escrúpulos, pero sí que se fijen mis sacerdotes en no hacer rutinariamente y con descuido los actos de que vengo hablando.

Sólo Yo sé los descabros que en este punto registra mi Iglesia y que no se ven, pero que desgraciadamente existen. Mucho cuidado en este punto personal del sacerdote y de tan incalculable trascendencia.

Mucho, mucho encargo este punto tan capital en mi Iglesia y del que depende una cadena de responsabilidades gravísimas. ¡Ay!... si ahondara en la vista de mis sacerdotes

lo que Yo veo, lo que Yo lamento, lo que Yo suplo, lo que no puedo suplir por estar ya determinadas las leyes de mi Iglesia, que Yo soy el primero en respetar, llorarían sus almas Conmigo por las mil espinas con que punzan a mi Corazón.

Yo vine al mundo para salvarlo por el divino medio de mi Iglesia, Esposa muy amada del Cordero; y por eso le dejé mi doctrina en relación con mis ejemplos, y le di mi Sangre, y mi vida, y mi Madre, y cuanto era y tenía un Dios hombre, un hombre Dios. Dejé trazado el camino para el cielo con mis ejemplos y mi cruz. Y para consolidar esa Iglesia amada, envié al Espíritu Santo para completar mi obra redentora y salvadora; y Él es la luz y el alma de esa Iglesia amada, obsequio para mi Padre, que vine a prepararle en la tierra, con el fin de darle adoración, almas, sacerdotes, ¡gloria!

El verbo y el Espíritu Santo obsequian al Padre con la Iglesia militante, que pasa a ser purgante y triunfante, tres en una sola, para glorificarlo. Yo, al modo de hablar de los hombres, puse mi cinco sentidos, todo mi amor, en formar esa Iglesia amada, gloria de la Trinidad. Yo formé el papado, el Episcopado y todas las jerarquías de la Iglesia con mis representantes en la tierra, para honrar a mi Padre y salvar al mundo. Y con esto se comprenderá si amaré a mi Iglesia y si me interesará la santidad de quienes la dirigen y la sirven.

La Iglesia es la puerta para ir al cielo; es el único medio de salvación en donde he depositado los tesoros

inmortales. Y para manejar esos tesoros solo dignos de que los manejara Yo, puse a mis Obispos y sacerdotes, pero con la obligación de que sean otros Yo; y sólo así podía ser manejada esta hechura mía, esta Esposa pura e inmaculada, esta Madre del catolicismo que nunca se cansa de perdonar, porque me tiene a Mí que soy el perdón de Dios, el Salvador de los hombres.

En mi Iglesia tengo mi asiento en la tierra; en la Iglesia tiene sus delicias un Dios Humanado; en la Iglesia se veneran los misterios de su vida, pasión y muerte. Ella tiene mis Evangelios que son mi palabra latente y con vida. En los sagrarios estoy Yo; en los sacramentos estoy Yo que doy, que me derramo e infiltro en los corazones puros. Nada existe para Mí en la tierra más bello que mi Iglesia, que baja al purgatorio y se remonta al cielo. Mi padre la mira complacido por lo que tiene de Mí, por lo divino que contiene, por ser obra mía y del Espíritu Santo.

Por eso mismo se contrista cuando ve en la candidez de la Iglesia manchas que la deshonoran; cuando contempla lastimado esa serie de puntos que he confiado para que se remedien; y su justicia se inflama cuando contempla, descuidos, rutina, desprecios e ingratitudes y deshonoras en los que más ama.

Muy celosa de la Iglesia es la Trinidad, como que en ella tiene su asiento en la tierra; como que de ese manantial perenne beben la virtud, la pureza y el perdón de las almas.

¡Cómo no he de querer el ideal de mi Padre en los

sacerdotes! ¡El me los pide así! Y Yo ¿Qué hago?

¿Cómo le doy gusto, Yo, que me desvivo por glorificarlo en la tierra y que sólo me quedé en ella para seguirlo obsequiando con mi Iglesia y con las almas?

Que me ayuden a conseguir ese ideal, ilusión de mi Corazón todo amor a mi Padre, inmolándose con ese fin, el de la renovación, regeneración y perfección de mis sacerdotes, para realizar el ideal de mi Padre que es, como dije, hacerlos otros Yo, desde su formación, llegando al medio día de la perfección en su santo ministerio. Ésta es mi mayor gloria, por ser la de mi Padre y la del Espíritu Santo: mis Obispos y mis sacerdotes santos.

Yo –El Verbo- y el Espíritu Santo, estamos empeñados en esta última etapa del mundo en levantar a la Iglesia con sacerdotes santos; y por este medio divino del Verbo y del Espíritu Santo con María, se hará esta reacción universal.

Vendrá una nueva redención, no por mi pasión humana, sino por mi pasión en las almas crucificadas; y un nuevo Pentecostés por el impulso vivo y ardiente del Espíritu Santo y Yo.

Pero para salvar a las almas, para incendiar a las almas, para perfeccionar a las almas, tenemos que comenzar por la raíz, que es la Iglesia en mis sacerdotes, como poderosa ayuda para la obra salvadora que va a venir, que está a las puertas.

Mi padre obra activamente, y el verbo y el Espíritu

Santo también, y vendrá el fuego y el soplo divino inundará los corazones de los sacerdotes por el impulso suave y enérgico del Espíritu Santo en su Iglesia.

Yo estoy dispuesto a todo; y si me fuera dado volver al mundo y ser crucificado –¡tal es mi amor al Padre y a las almas! – lo haría. Pero se renovará y continuará esa misma pasión en las almas, porque la moneda con que se compran las gracias es el dolor.

Sufriré en las almas; expiaré en las almas y compraré con mis méritos –en las almas- la nueva era de fervor en mi Iglesia, y afinaré los elementos futuros muy ajustados al fin que me propongo para gloria de la Trinidad.

Yo moveré corazones de Obispos y de sacerdotes, que comiencen ya una vida de más fervor en mi servicio; y que cumplan mis anhelos, para que sean otros Jesús. Yo les ayudaré. Yo les agradeceré cuanto hagan con estas confidencias a favor de la Trinidad., y Yo también seré su recompensa aun en el destierro y después junto al trono de mi Padre.

Hay también pecados horribles que vomitan malicia directa contra Mí; pecados ocultos e infernales en mis sacerdotes y que consisten en practicar los actos del ministerio sin intención de que se efectúen y, con esto, quedan nulos para las almas y de consecuencias incalculables para el hombre.

Celebran sin intención y este es un pecado mortal;

confiesan sin intención de absolver los pecados, bautizan sin intención de bautizar, y aumentan horriblemente pecados sobre pecados al lanzar sus infernales flechas sobre mi Corazón de amor y atravesar sus más delicadas fibras.

Estos pecados vienen de un odio íntimo y satánico contra Mí; y los hay, y en sacerdotes católicos, pero renegados en el fondo de su corazón.

Preferiría el cisma en ellos a esa hipócrita hiel con que cubren, como si fueran míos, sus inicuas intenciones de ofenderme cara a cara; de retarme con su falta de fe y sus traiciones infernales.

Y estos crímenes que hacen temblar a mi Corazón de amor, sólo Yo los veo, sólo Yo los lloro y lamento en el silencio de mi lacerada alma y cubro con lágrimas ante mi Padre estos horrores de los que son míos.

Hasta allá llega la malicia infame de Satanás en algunos de mis sacerdotes que en su corazón han perdido la fe y se han entregado ocultamente a mil errores y a todos los vicios, aborreciéndome.

Sin intención del sacerdote al celebrar y al impartir los sacramentos, no operan estos ni la transustanciación, ni el perdón de los pecados; si será un horrendo crimen éste de engañar traidoramente a las almas con lo divino y de tomar lo santo con tan cínica burla, sabiendo que Yo lo veo y que apuñalan mi Corazón.

Estos son pecados de odio contra Dios y contra su Iglesia santa; pecados de quien ha renegado en su alma del carácter imborrable del sacerdote legítimamente consagrado.

¡Y estos crímenes, pocos ciertamente, pero que existen, se comprende a que grado laceran mi pecho amoroso!

Otro pecado oculto, entre muchos que acaecen, es en sacerdotes que están en pecado y que tienen a su cargo templos o parroquias y deberes que llenar; suelen decir Misa sin intención de que se efectúe el sacrificio y creen con esto hacer menos mal; celebran sin celebrar.

¡Aumentan pecados sobre pecados!

Lo que tienen que hacer es un acto de contrición perfecta, celebrar debidamente, y confesarse lo más pronto que pueda.

¡Abusar del ministerio, jugar con lo santo es un crimen que merece el infierno!

¡Oh y qué limpio debe ser el corazón del sacerdote! ¡Qué lleno de Dios, y que alejado de Satanás y de sus diabólicas redes debe vivir!

¡Con qué ardor, confianza, sinceridad y pureza debe acudir a Mí en el Sagrario, a Mí en la Misa, a Mí en la oración, y a María siempre!

A esas monstruosidades, que les de dicho de hacer los actos sagrados del ministerio sin intención, los conduce la tibieza; hasta allá va a dar este vicio consentido, vivido y acariciado.

Esos sacerdotes llevan el adulterio con la Iglesia en el corazón y de ahí les nace el odio por lo puro, por lo santo, por la Trinidad; se enfrentan contra Ella, porque ella está presente en todos los actos de la Iglesia, y la retan y la desprecian.

Estos pecados enormes en su magnitud y en su castigo, se los doy hoy para ser lavados con sangre; para ser expiados con amor, y para curar esas heridas de tan negras ingratitudes con el bálsamo de la caridad. Esos horrendos crímenes y más, y más, quiero perdonarlos; me duelen, me trituran, pero mi alma se conmueve ante tanta soberbia y malicia, y busco almas que se unan a mi dolor para alcanzarles gracias salvadoras.

Yo ciertamente podría obtener todo esto con un gemido del Corazón pero tengo necesidad de almas. Estas almas no son necesarias a mi Omnipotencia sino a mi Amor”.

XXXI

RESPECTO HUMANO.

“**M**uy común es el respeto humano en algunos de mis sacerdotes; respeto humano que mancha la pureza de intención que deben tener todos sus actos.

Este gran defecto, les impide mucho fruto en el desempeño de su misión en la tierra: viene generalmente de la soberbia y del burlarse a sí mismos y no a Mí en todas las cosas. Y cuando el respeto humano mueve al sacerdote, todo se va al traste en el sentido espiritual, porque ese vicio empaña y mancha la pureza de sus acciones, las cuales deben ser siempre sencillas y llanas, todas de caridad sin móviles mundanos.

No solo es el respeto humano defecto que opaca las obras de celo en los sacerdotes, sino que también mancha y se infiltra hasta lo más hondo de alma hasta llevarla al pecado. Es un vicio de cobardía en mi servicio, de cierta dolorosa vergüenza de pertenecerme, que quita la libertad con que todos los sacerdotes deben defender mi causa ante pobres y ricos, magnates o plebeyos, y ante el mundo entero.

Y si este odioso respeto humano en mis fieles me

lastima, ¡cuánto más en el corazón cobarde de algunos sacerdotes que llegan a avergonzarse de pertenecerme ante los mundanos y los grandes de la tierra! Esto existe por desgracia en corazones ruines, apocados que nadan entre dos aguas, que quieren servir a dos señores, que quisieran combinar las máximas del Evangelio con las doctrinas del mundo, que les falta valor para confesar a la faz del cielo y de la tierra mi Nombre bendito.

En ninguna circunstancia de la vida del sacerdote debe renunciar a serlo, retando al vicio y ensalzando la virtud; en ninguna ocasión debe darle la razón a lo malo, a lo injusto, a lo pecaminoso, a lo no recto, venga de quien viniere; sino que la rectitud debe llevarlo siempre a defender mi doctrina. El papel de Nicodemus no, no es del sacerdote fiel que debe gloriarse ante todas las miradas humanas de serlo y honrarse en pertenecerme.

A veces flaquean algunos en circunstancias especiales, por no malquistarse, por respetos sociales, por conveniencias propias, por contemporizar con ciertas personas y criterios no rectos; y esto de ninguna manera –él, menos que nadie-, debe hacerlo el sacerdote que me representa.

Y digo esto, porque los hay, y me lastiman; porque desgraciadamente el mundo también se infiltra en el corazón del sacerdote; porque el valor del apóstol, de discípulo fiel y aun de mártir suele faltar a muchos.

Estos puntos dolorosos e íntimos que parecen nada, contristan mi Corazón de amor, su delicadeza y ternura;

y mi pasión en muchos de sus pasos se renueva moralmente en las fibras de mi alma, y me veo azotado, ultrajado, escarnecido, abandonado de los míos, indefenso, expuesto a burlas, traicionado y pospuesto, como entonces, a Barrabás.

Parece poco una falta de respeto humano en mis sacerdotes, y no lo es; porque lastima mi honra y mi doctrina y la santidad de mi Iglesia, invulnerable en sus principios, incommovible en su moral y en su verdad. Y si a los míos les falta valor para sostenerla y defenderla aun con su propia sangre y vida ¿qué espero de los demás?

No quiero cobardías en mi servicio; no componendas imposibles entre el mundo y el Evangelio.

Con pretextos de prudencia se cometen en este punto muchas faltas y errores que traen dolorosas consecuencias a mi Corazón. Un sacerdote, más que nadie, debe estar firmísimo en su fe e impartirla y comunicarla hasta el heroísmo.

Sin duda que muchas de estas cosas las saben ya mis sacerdotes: pero, ¿qué no tengo Yo derecho a recordarles sus deberes, a impulsarlos a su práctica, a ahondar en sus procederes, a quejarme en su corazón de mis espinas, a pedirles el remedio?

Es un bien que les hago a mis sacerdotes el señalarles lo que me hiere, lo que me punza, lo que

lastima la finura y delicadeza y ternura de mi Corazón.

Quiero conmoverlos; quiero su perfección y santificación; y en todas mis acciones llevo siempre un fin de caridad; porque Yo no me puedo mover sin derramar perdones, luz, misericordias; y es un favor extensivo a otros el que hago al desahogar mi pecho en su alma.”

XXXII

QUIERO REINAR.

“**Q**uiero reinar en el mundo como Rey de paz y amor, quiero que se proclame por todo el universo mi realeza, mi dominio de caridad y de unión; quiero dominar pero con el cetro de paz, pacificando naciones y corazones; quiero reinar por el Espíritu Santo.

Mas para reinar crucificado y coronado de espinas, necesito vasallos santos que lo sean a mi imitación, que sean dignos de mi servicio; y esos primeros vasallos son y serán siempre mis sacerdotes santos, esa primera vanguardia que no me haga traición, sino que se desvele y cuide mis sagrados intereses como propios.

Esa legión de honor que constituye mi Iglesia debe levantar muy alto el estandarte de la paz que he traído a la tierra; mi Iglesia forma esa vanguardia, y cuida el trono de su Rey inmortal. Pero mi divisa es y ha sido siempre el amor, la caridad, la paz, unificando en un solo Pastor en rebaño que debe honrar con su fidelidad a mi Iglesia amada.

Mi Corazón completará su reinado a medida que tenga sacerdotes como él, humildes, puros y crucificados, santos e inmolados por la causa de su soberano que

reinó sobre la Cruz.

Si quieren activar mis sacerdotes mí reinado en el mundo de las almas (que debe ser el mundo del sacerdote), deben parecerse a su Rey, imitar sus virtudes y su amor al Padre. Este reinado será universal y crecerá a medida de la santidad de mis sacerdotes. Y si Yo sólo reiné en el mundo por la Cruz, mis sacerdotes vasallos deben tener también por trono la Cruz.

Pueden fracasar muchos apostolados, menos el de la Cruz que fue el mío, el que vine a enseñar a la tierra por el propio renunciamento; y mientras más unidos a mí estén los sacerdotes, más parecidos serán al Rey del amor, que lo fue de burlas, de sarcasmos, de persecuciones y humillantes vituperios; porque es el sello característico y divino de los que son míos, el que no se falsifica, el de la Cruz.

Y si todos los cristianos deben pisar mis huellas, con más razón mis sacerdotes, mis confidentes y consentidos; es decir, el grupo escogido de mi Iglesia que debe tener la fisonomía y el corazón mismo de su Rey crucificado por amor.

Ningún sacerdote que tome el camino de la cruz se perderá, y todos los sacerdotes que voluntariamente, que amorosamente se abracen de la Cruz, se santificarán y alcanzarán eminentes grados de unión Conmigo. Éste es el gran secreto de la santidad en un sacerdote, la Cruz; este es el gran antídoto contra las tentaciones de todas

clases, la Cruz.

El gran ideal del alma del sacerdote debe ser Jesús Crucificado, y su único anhelo en la tierra debe ser imitarlo, parecerse a Él interior y exteriormente. Jesús Crucificado, su libro, su meditación, su ejemplo, su ideal y su amor; porque nada hay que atice con más actividad el amor divino como las locuras de la Cruz, a las que llegó San Pablo.

Éste es el talismán precioso del sacerdote santo, Jesús, crucificado en la Cruz, crucificado en la Iglesia por mis sacerdotes, crucificado en mi Corazón, sobre todo con dolores internos e incomprensibles, místicos pero reales. En este punto debe fijar su vida el sacerdote santo: en imitar al Crucificado que le compró con toda su Sangre, desde la eternidad, su vocación; que lo sacó de entre millares con predilección infinita y que desde toda la eternidad fue escogido por amor”.

XXXIII

COMO MIRA JESÚS AL SACERDOTE.

“**M**i eterna mirada sobre mis sacerdotes, mirada purísima de amor, de elección, los envolvió eternamente y abarcó no solo a su alma predilecta, sino a miles de almas también, pues que cada sacerdote es cabeza de otras muchas almas.

Yo al mirar eternamente a un sacerdote vi en él a un escuadrón de almas por él engendradas con la fecundación del Padre, por él redimidas en unión de mis méritos por él formadas, santificadas y salvadas, que me darán gloria eternamente.

Esa mirada de la Trinidad, al engendrar en su mente un alma de sacerdote, producida en Mí por el Padre y el Espíritu Santo, ya abarcaba en el tiempo –por el concurso del sacerdote-, un mundo de otras almas que a su tiempo engendraría él espiritualmente en mi Iglesia para darme gloria.

La vida del sacerdote no es como la de cualquier extraño, una sola, no; en la vida del sacerdote, Yo veo muchas vidas (en el sentido espiritual y santo), muchas derivaciones de vida, muchos corazones que me darán

eternamente gloria.

Cada sacerdote, concebido eternamente por el Padre, tiene una especie de eterna generación unida al Verbo. No es cualquier cosa la vida de un sacerdote, tiene un origen espiritual y divino; tiene un germen del cielo; tienen concurso de la Trinidad; tiene algo de infinito procedente del Padre y de su fecundidad que comunica al sacerdote para que le dé almas. Por eso es tan sublime, tan santa, tan sobre humana la vocación de un sacerdote y su misión en la Tierra.

No hay idea en el mundo material ni en el intelectual de la grandeza de un sacerdote. Yo fui y soy el Sacerdote Eterno; y como Yo vengo del Padre, los sacerdotes –hermanos míos- vienen también de ese Padre amado, y por el Espíritu Santo (que procede del Padre y del Hijo) son sublimados.

Toda la Trinidad concurre en la formación de un sacerdote; y no hay altura en el cielo ni en la tierra, después de la Trinidad y de María, comparable con la del sacerdote.

Ya se verá si tiene por derecho, por consanguinidad –si cabe decirlo- con la Trinidad, por sus inmensas prerrogativas, si tiene que ser Santo.

Pero, a pesar de traer el sello para el cielo, está en la tierra, y como hombre está sujeto a las miserias del hombre; la vocación divina sin embargo lo defiende, lo

inclina a lo puro y a lo santo; y si llega a descarriarse y a pisotear su santa vocación es por su culpa, pues que un sacerdote tiene más medios, más gracia, doble poder para vencer las tentaciones de los enemigos del alma. Nació para el Santuario, y el Santuario tiene poderosos medios para librarlo.

La Trinidad tiene con las almas de los sacerdotes relaciones íntimas y divinas, repito; y si el sacerdote no las ve, no las conoce, no las siente, es porque cierra los ojos y el entendimiento y el corazón para no sentirlas; pero existen muy hondas y profundas. De manera que, si es alma interior y de oración, pura y crucificada, sin duda ninguna que las divinas irradiaciones lo bañarán.

He bosquejado apenas el origen divino, aunque humano también, del sacerdote; la altura de su generación particular y espiritual, engendrado por el Padre y nacido por el Espíritu Santo en mí mismo Corazón; porque los sacerdotes son fibras de mi Corazón, su esencia, sus mismos latidos.

Pues bien; si de tan alta generación, especial y exclusiva para formar mi Iglesia en la tierra vienen mis sacerdotes, ¿se comprende ahora el porqué de mis doloridas quejas, el anhelo vivo, el derecho que tengo de quererlos santos, de exigirles la perfección altísimo que espera de ellos la Trinidad?

¡Oh, si mis sacerdotes reflexionaran en la sublimidad de su ser, en la inconcebible predilección de la Trinidad

que, como quien dice, apartó y aparta para su Iglesia amada esas almas selectas y escogidas desde la eternidad para su gloria!

¡Cómo quisiera Yo que los obispos infundieran esas ideas, poderosas y verdaderas, más dieran esas ideas, poderosas y verdaderas, más y más en el Corazón de los suyos para que apreciaran cada vez mejor el valor inmenso de su vocación y la honra que tienen de pertenecerme de una manera tan íntima, para estremecer a sus almas de gratitud e impulsarlos vivamente a ser verdaderos sacerdotes santos!

¿Por qué lloro ante los proceder de los sacerdotes malos, de los tibios, de los indiferentes, sino porque los amo? ¿Por qué me rompen el alma sus ofensas, sus desvíos, sus decepciones de lo santo, de lo grande, su falta de fe, su hielo en mi servicio, sino porque va de por medio la honra y la gloria de la Trinidad?

Entiéndase bien que muy rara vez, y no con esta extensión, me he quejado de mis sacerdotes en tantos siglos en los que he sido martirizado por muchos con apostasías, con pecados horribles, con odio, con ingratitudes sin nombre... Y ahora si hablo, si sollozo, si pido, es para dar, es para perdonar y salvar, es para evitar ya que rueden los escándalos por el mundo es por la honra de mi Padre, del Espíritu Santo, de la Iglesia; ¡es por ellos!... ¡que me duele en lo más íntimo su condenación, su perdición eterna!

Por eso clamo a quien puede y debe poner remedio; hay Obispos que verán por mi Gloria, que me aman y que remediarán muchos males, sino santificar, aumentar el caudal de virtudes y la perfección y la santidad de muchos.

Si quiero dar un impulso en la vida espiritual a las almas ordinarias, ¡cuántos más a las almas dispuestas a recibir el rocío del cielo para impartirlo después!

No sólo quiero advertir, sino santificar más y más; que la perfección en la tierra no tiene límites y alcanza el cielo. Siempre se puede crecer en las virtudes y en el amor; siempre puede el alma avanzar en los caminos del cielo; siempre puede inmolarse y merecer y unirse a Mí en grados casi infinitos, siempre puede subir. Y esto quiero de mis sacerdotes: quitar lo malo y lo imperfecto que halla y elevarlos a la sublime altura de santidad a que están llamados”.

XXXIV

ORIGEN DEL SACERDOTE

“C uando el Padre engendró al Hijo desde toda la eternidad sin principio, engendró con Él, en cierto sentido, a los sacerdotes. De allá procede la generación espiritual y en cierta manera divina del sacerdote, en la del sacerdote eterno, en el entendimiento y en el corazón del Padre que es su voluntad, que es el Espíritu Santo. Tan alta, tan santa y distinguida, nacida del amor –es decir, del concurso del Espíritu Santo con el Padre (aunque el Espíritu Santo proceda del Padre), en aquel arrebatado de inefable amor, al engendrar al Verbo, todo igual al Padre-, fue la concepción eterna de la Iglesia y de sus futuros sacerdotes.

Ya se recreaba desde aquella eternidad el Padre al ver a su Hijo amadísimo en los sacerdotes, y por esto mismo los amaba. El Padre, como frente a un espejo, refleja en el Hijo toda su perfección, hermosura y querer. Y la luz que ilumina estas perfecciones eternas es el mismo Espíritu Santo, que es luz, porque es amor; y es amor porque es luz. Y en aquel espejo, el Verbo – iluminado por aquella refulgente y divina luz, procede del Padre y del Hijo, es decir, del Espíritu Santo-, sonreía el

Padre al contemplar a sus sacerdotes santos, como nacidos, como transformados en lo que El más ama, en lo único que ama, en el Verbo, en donde todas las cosas ama.

Ya se verá si las vocaciones sacerdotales, pueden tener origen más alto, más santo, más perfecto, engendradas por el Padre eternamente al engendrar al Verbo, que lo reproducía en todos sus esplendores, con toda la pureza, la fuerza y el amor y el amor infinito de la Divinidad. En Dios, lo futuro es presente, y el Padre veía al verbo reflejado en su Iglesia que lo poseería; y veía además una a una, todas las jerarquías eclesiásticas, cuyo principio en la tierra es el sacerdocio, pero cuyo principio divino es la Trinidad Santísima de quien proceden.

Y si ya veía también la Santísima Trinidad todos los defectos e ingratitudes de los suyos, ¿por qué sin embargo fundó su Iglesia?

Por su amor, porque su amor es más grande que todo, lo abarca todo, lo avasalla todo, pasa por todo; porque el amor es Dios, porque su caridad es infinita, porque su ser es darse, comunicarse, difundirse; porque las almas, imagen de la Trinidad, tienen tal atracción para la Trinidad misma, que las ama con pasión infinita, con pasión de un Dios.

Y por eso dio el Padre a su propio Hijo para salvarlas; para que ese reflejo de la Trinidad que lleva cada hombre

volviera a la Trinidad misma. Y para ese fin fundo su Iglesia; y para que la defendieran y ampararan y salvaran a las almas, dio tan alta generación, en el seno del Padre, a los sacerdotes.

Y con este fin vine Yo al mundo, para que me conocieran, imitaran mi vida, mis virtudes, mi amor al Padre y glorificaran a la Eternidad, dándole almas santas y volviendo a la Divinidad lo que tienen las almas de divino, un soplo del Altísimo, una imagen de la Trinidad, un reflejo inmortal de Dios mismo.

Por eso valen tanto las almas, por venir de la Trinidad para volver a Ella y glorificarla eternamente. Más para salvar y santificar esas almas en el destierro, creé a mis sacerdotes, y engendrados por el Padre, nacieron en mi Corazón por el amor, es decir, por el Espíritu Santo.

En el entendimiento del Padre fueron engendrados eternamente; y cuando el Verbo se hizo hombre, en su Corazón nació la Iglesia. Y en ese costado abierto por la lanza tuvieron su cuna los sacerdotes de la Iglesia, siglos antes anunciada, pero cuyo principio fue mi sacrificio de la Cruz, en lo alto del Calvario, a la sombra de María.

Pentecostés fue el principio de su extensión por el Espíritu Santo. Mi vida fue su anuncio; el Calvario, su cuna con María; y fueron sancionados divinamente en mi Ascensión a los cielos.

Y así engendrados mis sacerdotes y nacidos en mi

Corazón, ¿Cómo no amarlos con pasión divina, con el amor infinito de la Trinidad? ¿Cómo no los ha de ver el Padre con la ternura misma con que me ve a Mí? ¿Cómo no ha de querer asemejarlos al Verbo hecho hombre, en sus virtudes, en su Cruz, si los lleva en su alma? Y ¿cómo el Espíritu Santo –que es el alma de la Iglesia, porque es El como el alma del amor-, no ha de querer a sus sacerdotes perfectos, y poseerlos, avasallarlos y guardarlos en la intimidad de Sí mismo, y derretirlos al contacto mismo de sus Dones que queman, y ampliar así mismo su capacidad de poseerlo?

¿Cómo no tener derecho la Trinidad a quererlos muy santos y perfectos, si deben reflejar su origen, si nacieron en mi Corazón, si tienen que ir al cielo y que poblar el cielo?

Dios no puede amar más que a Sí mismo y a todas las cosas en Él. Él es amor, y los sacerdotes en rigor ¿no tuvieron el principio divino de sus vocaciones en el seno del Padre?, ¿no participaron de las facultades íntimas del Padre, como son la fecundación y el amor? Ellos, repito, deben engendrar almas para el cielo, deben llevar lo que tienen de divino a la Divinidad misma, lo que tienen de la Trinidad, a la Trinidad misma, y evitar que caigan en el fango esos tesoros inmortales.

El cielo no es sino la extensión de la Santísima Trinidad; la extensión, la dilatación del amor en el amor mismo. Y todo amor debe volver al amor, su centro; y todo el desequilibrio del hombre está en olvidar ese divino

amor, en sustituirlo con las concupiscencias y desviarse de ese amor que debe llevarlo a su centro, que debe volverlo al cielo.

Las almas salieron de la Trinidad y para su eterna dicha deben vivir –en la tierra y en el cielo- de la Trinidad. Y para este fin fue creada la Iglesia y con este fin engendrados los sacerdotes, el de llevar las almas a la Trinidad por los medios puestos a su alcance en la Iglesia.

Y si toda alma debe vivir de la Trinidad para volver a Ella,

¿con cuánta mayor razón los sacerdotes?

Las almas son una extensión también de la Trinidad, su cielo en la tierra, y como a Ella se les debe respetar y amar en lo que tienen de inmortal y divino.

Los sacerdotes son como una creación aparte, con más carismas, formados con más amor, queridos con más predilección; y por tanto, deben corresponder fidelísimamente a esta elección de la Trinidad, transformándose en Mí crucificado, porque sólo la virtud de la Cruz nunca queda infecunda.

Todo puede fracasar, menos un sacerdote crucificado por mi amor en sus deberes, en su conducta, en sus relaciones, en su proceder, en su intimidad Conmigo (olvidado de sí mismo), en su esfuerzo para glorificar, en sí y en las almas, a esa Trinidad inefable de

donde vino y a donde va.

Ésta es la razón de mis quejas en estas confidencias de mi alma. Quejas de amor dolorido, pero siempre de amor; quejas de caridad, porque en lo mío todo es caridad; quejas para curar, quejas para perfeccionar, quejas para premiar.

¿Se ve claro con todo esto el ideal de mi Padre en cada sacerdote, reproducirme a Mí? ¿Se ve claro el anhelo del Espíritu Santo en santificar más y más a esos corazones? ¿Se ve claro mi fin de caridad al desear ardientemente una reacción poderosa, efectiva y real, en todos mis sacerdotes para bien de sus almas, de la Iglesia y del mundo, y gloria de la Trinidad?”

XXXVI

LO QUE ES LA IGLESIA.

“**M**is comunicaciones son amor, y el bien inmenso que a mi Iglesia reportarán estas confidencias es amor, y la cadena de gracias individuales para Obispos y sacerdotes, presentes y futuros es también amor.

Yo no me muevo, por decirlo así, sin derramarme en amor, sin esparcir amor. Y esta prerrogativa tiene mi Iglesia comunicada por Mí: el ser todo amor, toda caridad maternal para con sus hijos.

Dios eternamente ha sido amor y su amor no tuvo principio ni tendrá fin; pero todo lo que hice antes de que existiera mi Iglesia era porque tenía presentes los méritos infinitos del Verbo hecho carne y ya con esa sangre futura y en virtud de esos infinitos méritos –para Dios presentes– quería el bien de las almas y les preparaba el tálamo de sus amores en la Iglesia santa, reflejo eterno de la Trinidad.

En Dios todo es presente, y se gozaba ya en ese reflejo celestial y único en su unidad, reflejo y luz inaccesible y rayo infinito de la Trinidad. Tenía su vista fija en esa Esposa amadísima que había de venir,

cimentada con la sangre del cordero y comprada con lo divino de un Dios hombre. Por eso la Iglesia, en su principio y en su desarrollo, es divina, es reflejo de la Trinidad en sí misma y es depositaria del cielo, mansión de esa amable e infinita Trinidad.

La Iglesia encierra todos los carismas del Espíritu Santo, toda la ternura del Padre, toda la Sangre preciosa y salvadora del Verbo hecho carne. Mi Iglesia es santa, es pura, es amorosa, es madre, es fecunda por lo divino del Padre que lleva en sus entrañas.

Aunque fecundada por el Padre, la Iglesia es Esposa del Hijo y Madre de todos los fieles por el Espíritu Santo que le hace sombra, que es su alma y su vida.

El Padre engendró a la Iglesia para ser mi Esposa – la Esposa de los sacerdotes transformados en Mi-, pura y santa sin mácula también. La eterna y divina generación es pura y todo lo que procede de la Trinidad es puro también, es luz, es pureza, es la pureza misma, la diafanidad infinita de un Dios, Luz de Luz.

Esta Esposa purísima es la Esposa del Cordero que engendra vírgenes, porque viene de la Trinidad Virgen, de María Virgen. Y este Cordero purísimo busca siempre lo único que lo atrae, como reflejo de la Trinidad-Luz, de la Trinidad-Pureza; busca pureza en su Iglesia inmaculada, busca almas puras o purificadas en donde reclinar, busca sacerdotes que formen esa Iglesia – como corona de azucenas-, con almas y cuerpos puros,

porque lo manchado repugna en su blancura.

Por eso la Iglesia exige, para que lleguen sus sacerdotes al Altar, para que se unan al Cordero, almas y cuerpos puros o purificados; almas sin mancha, almas de luz, con tendencias siempre puras, con anhelos celestiales.

Esa es mi Iglesia, imagen y reflejo de la Trinidad, que lleva consigo en cada uno de sus actos a la Trinidad misma. Es la pureza comunicada con la Trinidad: la que borra todas las negruras, la que limpia desde el bautismo la mancha de origen, la que baña, la que blanquea, la que ilumina, la que transforma, la que convierte lo negro en blanco, la que da al mundo la Luz del mundo, al Candor que soy Yo, la que lleva al cielo.

Y siendo esto así, claro está, que a mi alrededor –ya que habito personalmente y realmente en mi Iglesia y en la Eucaristía, con mi Humanidad y Divinidad inseparables – sólo quiero corazones puros, sacerdotes sin mancha, una generación de pureza y de luz, para que manejen debidamente los tesoros purísimos del cielo.

¡Qué grande y qué hermosa y qué pura es mi Iglesia en donde se complace y habita en la tierra de la Divinidad, es decir, el AMOR! Siendo el Ser de Dios darse y comunicarse, no encontró todo un Dios sapientísimo un medio mejor para derramar en las almas su caridad infinita que la Iglesia.

Es tal el ardor, el fuego infinito y sano, el combustible poderoso, inmenso e infinito y eterno del amor, que no cupo –por decirlo así y tomando el modo de hablar de los hombres-, que no hubiera sido posible que cupiera y que lo soportara una sola Persona divina, aunque infinita, y tuvo que derramarse en Tres Personas, siendo una de Ellas el Amor mismo, que, concentrado, fuente y manantial del amor, se derrama en las otras Personas como impetuoso torrente en un deleite eterno, en una inefable fruición.

Y aunque el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, las tres Personas son eternas, y al realizar estos portentos –del Padre engendrando al Verbo y del Espíritu Santo procediendo de los dos uniéndolos-, fue tan subido en quilates, en ardores santos, en fuegos más que volcánico e inextinguible, y suave y puro y santo y eterno ese AMOR, que tuvo que constituir una Persona Divina que lo contuviera, que lo difundiera con un temple divino a la vez, para no derretir, para no liquidar con su intensidad infinita a todo un infinito Dios...

Por eso Dios en su mismo ser lleva la tendencia a comunicarse, a difundirse, a derramar su hermosura; a no ser Uno, sino Tres en Uno; a no ser Santo, sino Tres Santos en una Santidad; tres Divinos y Eternos, en una sola Divinidad y Eternidad.

Y como Dios siempre es Dios, es caridad difusiva, es unidad comunicable, tiende y busca –como las llamas de un gran fuego- a quienes incendiar de amor, a quienes

hacer felices con su felicidad, santos con su santidad y eternamente dichosos con su dicha infinita.

Y de aquí que la Iglesia, dueña de ese Dios unidad, de ese Dios infinito; la Iglesia sea el único conducto para el cielo, la única unidad en la tierra para llevar a las almas a la Trinidad; la única puerta de salvación; el único asilo de paz, de verdad, de estabilidad, de luz y de amor”.

XXXVII

UNIDAD – VIRGINIDAD- FECUNDIDAD

“**N**o existe una cosa más comunicable que la unidad. Parece esto un contrasentido, pero es maravilloso contrasentido que efectúa el milagro de la multiplicidad en la unidad.

La virginidad es unidad; y nada tan fecunda como la Trinidad, como María virgen, como la Iglesia-Virgen, como las almas vírgenes. Esta es una comparación, en cierto sentido, gráfica de la unidad de la Trinidad. Pero, si la virginidad trae la fecundidad, es por el reflejo de la Paternidad eterna, es decir, del Padre, que eternamente engendró al Hijo por Sí mismo. Pero esta fecundidad en la unidad solo pudo realizarla el amor, la potencia infinita del amor, el ardor y fuego e impetuosidad del amor divino, que haciendo –por decirlo así- divina explosión en el Padre, hizo que fuera engendrado el Hijo en aquel eterno arrebató. Deleitabile y candidísimo del amor.

En cierto sentido se puede decir que el Verbo recibió el ser del Padre por el amor; que el amor es la sustancia del Verbo por ser la sustancia del Padre; que el Padre engendró al Hijo, y con Él a su Iglesia, a los sacerdotes y

a las almas por el amor, con sustancia divina de amor, de ese amor en el que se derrama la Trinidad en las creaciones y almas y vidas y cuando existe y existirá fecundado todo el amor. Por eso el amor es el que fecunda, porque procede de aquel volcán infinito de amor, de solo amor, de puro amor fecundísimo en su virginidad, en su unidad.

Pues bien, las almas vírgenes reflejan la fecundidad del Padre, y un alma virgen no deja estéril su paso por la tierra, porque lleva el germen fecundado de la Trinidad que es una sola esencia y vida en Tres personas unidas, identificadas, sublimadas y perfectísimas, porque son amor.

Por eso también quiero a todos mis Obispos y sacerdotes absorbidos en la unidad de la Trinidad, para que sean fecundos en las almas, para que engendren en la Iglesia-Virgen almas para el cielo.

¡Y si dijera que el cielo es virgen, porque lo forma la unidad, porque lo constituye el amor! ¡El cielo virgen!... Sí; el cielo virgen, fecundado por el amor, que es gozo infinito, que es delicia eterna, que es unidad sin fin, que es centro único de todas las dichas, porque lo forma Dios. Dios es un piélago de amor, un mar sin riberas de amor, un espacio infinito y sin fondo de amor...

Dios es amor, se dice pronto; pero en ese Dios amor y unidad, se encierran derivaciones infinitas, extensiones incalculables, hermosuras y venturas inenarrables, por

ser amor.

Por tanto, ya se ve la grandeza y sublimidad de Espíritu Santo que es la Persona del amor y la que procediendo del Padre y del Hijo, es sin embargo, el amor y las delicias y la virginidad y la unidad entre el Padre y el Hijo.

Y ¿por qué es virgen la Trinidad? Porque es unidad, porque nada tan fecundo en Dios como esa unidad que, difundida, por decirlo así, en tres Personas divinas y distintas, es una sola unidad, una sola voluntad, una sola caridad eterna.

Y ¿por qué es virgen el cielo? Porque, aunque sus delicias y gozos son múltiples, están encerrados en la unidad virgen y fecunda, en la unidad de Dios, dentro de la cual se reproduce sin cesar la embriaguez del amor purísimo de la Trinidad. Ahí todos los goces son un gozo; todas las dichas, una dicha; todas las felicidades, una felicidad; porque las formas la unidad de Dios.

Dentro de esa unidad se encierra el cielo y la tierra, y lo existente y lo por existir. Pero el cielo es la expansión del amor unitivo: se descorre el velo de la fe que encubre a Dios e la tierra y se goza plenísimamente en Él, dentro de Él, que todo lo llena –mundos, eternidades y creaciones- en un punto infinito que es la unidad.

¡Qué incomprendible es Dios!...

Si no fuera incomprendible, no sería Dios. Solo Dios

se comprende y se abarca a Sí mismo. Dios es misterio, pero misterio de Luz sin principio; y la fe en su oscuridad y misterio es luz, porque viene de Dios directamente, que es luz.

¡Ah! Los arcanos de la Trinidad sólo los entiende la Trinidad; y su eterna dicha es, en su unidad, el secreto infinito de la Trinidad. Ella tiene para Sí misma abismos y secretos en los que divinamente se goza, y solo sus reflejos, sus resplandores, sus efluvios son los que hacen eternamente felices a los bienaventurados; pero en la Trinidad hay abismos que ni el ángel ni el hombre alcanzarán jamás a penetrar y a comprender. ¡Abismos inexplorados, vírgenes, en los que la Trinidad-Virgen en Sí misma se deleita, se extasía se recrea, se goza, infinitamente desde el principio sin principio, desde que Dios es Dios!”

XXXVIII

LAS TRES IGLESIAS.

“Las tres Iglesias reflejan la imagen de la Trinidad en cierto sentido y bajo diferentes aspectos, pero tienen todas tres su unidad en la Trinidad.

La Iglesia militante lleva la trinidad; esa Iglesia y sus sacerdotes, Conmigo, fue engendrada en el seno amoroso del Padre, que la ampara muy especialmente; le dio a su Hijo, el Verbo hecho carne, para que la conquistara y preparara, para que le dejara no solo sus infinitos méritos comprados con dolor en la tierra, sino aun su Persona divina y su Humanidad en la Eucaristía; y le envió al Espíritu Santo para sancionar sus sacramentos, el Papado y las jerarquías eclesiásticas, y divinizar todos sus actos. No hay acto en la Iglesia en donde no esté toda la Trinidad operando, amparando, divinizando y sancionando, la Trinidad en su unidad.

La Iglesia purgante parece abandonada de la Trinidad y no lo está. El Padre la mira compadecido y la Sangre de su Hijo compra gracias de expiación a las almas, por la redención, y limita la duración y la intensidad de sus penas.

Yo, el Verbo hecho carne, tengo mucho que ver, por

decirlo así, con el purgatorio, porque ahí tengo almas amadas y salvadas con mis infinitos méritos; almas santas que contristan mi Corazón de hombre al verlas sufrir, y las consuelo y purifico para el cielo.

Y el Espíritu Santo-Amor les da muchos de sus Frutos y las alienta en la paciencia y las purifica de toda escoria humana de su amor. Él se ocupa de divinizarlas para el cielo, y las consuela además, porque es el Espíritu Consolador. Unifica también todas esas almas en la esperanza y las unifica en la Trinidad que las espera, que suspira, por decirlo así, por hacerlas felices, por comunicarles lo que Dios comunica, lo único que puede comunicar, AMOR, amor de caridad, por absorberlas cuanto antes para sumergirlas eternamente en el océano infinito del amor sin fin.

La Iglesia triunfante es como la victoria alcanzada por la Trinidad, la que cantará eternamente el himno de su triunfo después de la lucha y de la purgación de las almas. Las almas bienaventuradas son el trofeo de la victoria del Verbo hecho carne, salvadas con su sangre, conquistadas por el Espíritu Santo, por la gracia y sus inspiraciones y cuidados, para presentarlas al Padre transformadas por fin en amor. Limpias, luminosas, purificadas, santificadas y divinizadas por el Espíritu Santo, las presento Yo al Padre que las abraza y se les da con fruición, y las introduce en el gozo sobre todo gozo de la unidad en la Trinidad.

Y todos los días y a todas horas le presento Yo a mi

Padre esas almas (conquistadas por Mí en la tierra de mi Iglesia militante y purgante) limpias, puras y santas para que lo glorifiquen eternamente.

Ya se comprende si amaré la Trinidad a esa Iglesia, una en tres, que le reporta gloria accidental por toda la eternidad. Y el Padre ama a las almas salvadas, y las envuelve, y las atrae, y las penetra con el Espíritu Santo; las ama por lo que llevan de la Trinidad, por el reflejo que tienen de Dios mismo, y las consume en su eterno principio, que es Él, y las unifica en la unidad de la Trinidad.

La Trinidad es la que constituye el cielo, la que le da ser y vida y felicidad inenarrable y eterna. María y los ángeles y los santos y bienaventurados, todos están endiosados en Dios, divinizados en la Divinidad y absorbidos en la unidad de la Trinidad, piélagos de amor infinito, abismo sin principio ni fin de todo lo deleitable, puro y santo.

Solo que en estos arcanos infinitos de amor, cada alma se llenará de más o menos intensidad de amor, en su dicha, cuanto hayan sido sus méritos y gracias en la tierra. Y aun esos méritos se premiarán en atención y por virtud de mis infinitos méritos. Porque Dios no premia a las almas sino por lo que de Mí tienen, y que compran con la cooperación de sus virtudes; premia el parecido Conmigo –su Hijo divino, que forma sus delicias- y la mayor o menos transformación en Mí alcanzada en la tierra.

Si Dios ama a las almas es por su reflejo en ellas, porque Él no puede amar sino a Sí mismo, pero como quiso derramarse en las almas para su gloria, por eso fue la redención; y para salvarlas es su Iglesia con todos los tesoros que encierra, derivados de mis infinitos méritos de hombre-Dios, y con la asistencia de la Trinidad.

Solo por la Iglesia hay salvación; solo por la Iglesia, imagen de la Trinidad, hay cielo; solo por la semejanza con el Verbo hecho carne hay premio; solo por la unidad en la Trinidad hay gozo perdurable”.

XXXIX

¡PIDO PUREZA! ¡PIDO PUREZA!...

¡P or todo lo dicho se verá si deben ser puros los que toquen a mi Iglesia, cándida y sin mancha!, ¡si esos corazones que la forman deberán tener la nitidez de la nieve, una blancura más que de ángeles! ¡Ya se comprenderá que las manos que me toquen y los labios que pronuncien las palabras divinas de la Consagración deben estar purificados de toda mancha! ¡Cómo esas manos deben derramar beneficios!, ¡Cómo esos labios no se han de abrir sino para ensalzarme en el altar y en las almas!, ¡cómo esos corazones, sobre todo, deben – como cristales- reflejar la Trinidad y ser más que copones que me contengan, otros Yo, cándidos y puros, limpios y santos, unidos a la Trinidad!

Más para esto, los sacerdotes, más que nadie, deben usar muy frecuentemente del sacramento de la Penitencia, pues que ángeles deben ser para cada acto de su ministerio, limpios de corazón para reflejar a Dios a quien representan. ¡Cómo late mi pecho al considerar una legión de sacerdotes realizando estos ideales de mi Corazón! ¡Si son los otros Yo, mi Padre los escuchará complacido y les sonreirá, porque en ellos me verá a Mí; y en vez de hacer

ellos la voluntad de Dios, Dios hará la suya, porque será una sola voluntad con la de Él, un solo querer y amor en Él!

¡Qué indispensable es que todos los sacerdotes tomen en serio su transformación en Mí en esta época del mundo en la que más que nunca debe parecerseme!

¡Qué necesaria es la unidad en ellos, formando un bloque de corazones puros, de manos cándidas que me levanten al cielo pidiendo misericordia!

¡Qué feliz sería mi Corazón si México se distinguiera en esta falange de sacerdotes santos, en esta reacción universal que quiero para salvar al mundo que se hunde en el sensualismo! Basta ya de crucificarme doblemente en los altares por los corazones no limpios, no fervorosos, no sacrificados, no enamorados de la Trinidad y de la Iglesia de quiénes son y a quienes pertenecen.

Quiero almas sacerdotales que detengan la ira del cielo sobre las naciones; éste será el único contrapeso a tanta maldad, al odio satánico a mi Iglesia y a mi Corazón, de tantas almas.

Un núcleo de sacerdotes santos será capaz de transformar al mundo con su vida de unión Conmigo y con la pureza de sus corazones.

Tengo sed de pureza que es lo que más asimila a Mí. Tengo sed de sacrificio para unirlos a los míos y ofrendarlos al Padre como incienso de expiación infinita. Quiero que mis sacerdotes olvidados de sí mismos, puros y víctimas,

me ofrezcan y se ofrezcan por la salvación del mundo, por la regeneración de los sacerdotes caídos, por los sacrilegios en los que me veo diariamente envuelto.

Pido y clamo hoy a mis Obispos y sacerdotes un impulso de pureza, por María, para mi Iglesia pura, para gloria de la Trinidad virgen. ¡Pido pureza!... ¡Pido pureza!...

¿Me la podrán negar los corazones de los míos a quienes amo con la ternura de mil madres, con la candidez de un Dios?... Por mi Sangre, por su vocación sublime, por mis predilecciones sin nombre, les pido pureza y unidad en la Trinidad.

Les pido que aviven en sus almas su amor a mi Iglesia, y que la sostengan, y que la defiendan y amparen, y le den gloria con miles de almas puras. El pecado de impureza ha cundido espantosamente desgarrando mi Corazón; por eso clamo: ¡pureza, pureza!... ¿Y a quien he de pedirle primero, sino a los míos en quienes tengo derecho de amor y de predilección? ¡Que me consuelen con sacerdotes santos!

Que me los pidan y que me los de sacrificándose para comprarles gracias en unión del Verbo; gracias y virtudes y dones, que, aunque los dones se dan, el terreno se prepara con virtudes para recibirlos”.

XL

FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD.

“Insisto en la pureza de los sacerdotes, en la virginidad en las almas y en los cuerpos sacerdotales.

La Trinidad por virgen es más fecunda, y éste es uno de los misterios más altos de la Trinidad: la fecundidad en la unidad. Porque el Padre, virgen, es fecundado en Sí mismo, y con tal potencia divina, creadora, santificadora, que al engendrar al Verbo, en todo igual a Él, en ese instante feliz y eterno, procedió de ambas Personas divinas el Espíritu Santo, santificador por lo que tiene del Padre y del Verbo, que es al mismo tiempo el Espíritu del Padre y del Hijo, su Sople amoroso, el lazo perenne de amor que los une eternamente en aquella unidad de esencia que produce y reproduce mundos y almas y seres que lo alaben, y reflejen su procedencia, que es en sustancia y esencia el amor.

El amor es la esencia y la felicidad de Dios; pero amor UNO, con flujo y reflujo en las tres Personas vírgenes en su unidad y múltiples en sus irradiaciones infinitas, que

salen de la unidad –como miles de rayos del Sol de la pureza y de la virginidad- de la Trinidad Santísima, y que vuelven al mismo Sol de donde partieron. Reflejos cándidos, esplendores nítidos de una Pureza-amor, de un amor infinito de infinita pureza.

Por eso la pureza refleja a Dios, la virginidad asemeja a Dios, que al reflejarse en las almas vírgenes, en las almas cándidas y puras, atraen (como imán al acero) las cualidades de Dios, el atributo de su fecundidad espiritual y divina. Y este efecto que se produce felizmente en cualquier alma virgen, con más razón y derecho se comunica a las almas vírgenes de los sacerdotes, a las almas puras de los que son míos.

La virginidad no se recupera una vez perdida, pero la suple la Trinidad en los suyos por la castidad y transformación en Mí; esta transformación tan pedida por Mí en estas confidencias, sino hace que recuperen la virginidad perdida, sí los asemeja a ella, por la castidad y la unión divina que le comunica la Trinidad-Virgen, por su contacto purísimo con lo divino de mi esencia y por la gracia del Espíritu Santo.

Claro está que las almas de los sacerdotes que no han perdido la virginidad, esa fecundidad que comunica Dios a las almas vírgenes es más espontánea; pero para consuelo de muchos, la suplen, como dije, los grados más o menos elevados y similares de su transformación en Mí. Ese contacto constante con la Trinidad-Virgen, que tiene y debe tener el sacerdote, lo blanquea, lo purifica,

lo sublima, lo une íntimamente con la pureza misma, lo angeliza y lo lava y lo pule para la unidad en la Trinidad.

Por ese ser eterno de la Virginidad en la Trinidad, pido la pureza en mis sacerdotes, engendrados en el seno mismo del Padre donde yo fui eternamente engendrado con la fecundidad divina, con la potencia infinita del Santo, del Puro, del Inmaculado Amor.

Por esto mismo los sacerdotes, distinguidos entre los mortales por este noble origen, tienen la más que sagrada obligación de ser no tan sólo castos, sino puros; vírgenes reales, o puros por su transformación en el que es Luz de Luz y eterno foco de inmarcesible blancura.

De todos modos, tienen los sacerdotes el deber de reflejar al Padre virgen para poder cumplir con su purísima y sagrada misión de engendrar, a su vez, almas santas para el Santo de los santos, almas puras, nacidas y criadas al reflejo de la pureza.

Deben asemejarse, por su transformación en Mí, al Verbo hecho hombre todo pureza, todo pureza en sus dos naturalezas; y esta transformación en Mí es la que precisamente les acarrea la mirada amorosa y fecunda de mi Padre que, al mirarlos –complacido y sonriente, por lo que de Mí tienen en su transformación más o menos perfecta- les comunica una de sus cualidades propias, la fecundidad divina, para producir en las almas lo divino y para que le den en ellas gloria como Él la quiere, gloria de pureza.

Éste es el secreto del apostolado fecundo de los sacerdotes, su transformación en Mí, que le merece la fecundidad del Padre comunicada para el fruto de ese apostolado.

Un sacerdote que no tiene la mirada del Padre, que no recibe la fecundidad del Padre, que no es virgen, ni puro

—ya por no haber conservado intacta esa pureza, ya por no haberla comprado en cierto sentido, por su transformación en Mí-, no dará fruto de vida eterna, y su contacto con las almas será estéril y su palabra infecunda, y su cosecha vana y nula, y de ningún valor para el cielo.

Ya se ve si es cosa seria eso de que los sacerdotes sean otros Yo en su transformación en Mí puro, en Mí luz, en Mí candor, en Mí víctima; que si soy acepto al Padre en cuánto hombre, es por mi inmaculada blancura, es por mi dolor inocente, es por méritos sin mancha, por mi unión virgen con la Trinidad-Virgen.

En María Virgen, en la Iglesia Virgen y en las almas vírgenes tiene sus delicias toda la Trinidad, y el cielo entero las mira con amor.

Y el Espíritu Santo también es Virgen, ¡cómo no!, ¡si es en su unidad con la Trinidad la fecundidad eterna del amor! Por eso tiene El que ver tanto con el sacerdote, por su fecundidad virgen en la gracia y en el amor. Las

expresiones todas al consagrar al sacerdote y al Obispo, todas son de unión, de unción, de pureza y de amor, todas simbolizan la fecundidad del amor, la unidad en la Trinidad del amor.

Y si deben tanto al Espíritu Santo los sacerdotes, ellos también deben transformarse en Mí, poseer plenamente al Espíritu mío que los anime, y les dé vida eterna y fecunda, que los purifique y santifique con el caudal de sus Dones y Frutos, y que por ese contacto íntimo con el Divino Espíritu posean pureza, trasciendan pureza, esparzan pureza, comuniquen pureza a las almas derramando en ellas el reflejo de la virginidad de la Trinidad, unificándolas por la pureza en la unidad. Allá va a parar toda la perfección divina y humana; a esa unidad-pureza, unidad-luz, unidad-amor, que todo lo abraza, que todo lo abarca, que todo lo fecunda y que es, en su virginidad infinita, el eterno foco de toda vida”.

XLI

LA SOMBRA DEL PADRE.

“La fecundidad del Padre es de tal potencia y naturaleza divina que bastó su Sombra para engendrar en Sí mismo al Verbo en todo igual a Él, con todas sus infinitas perfecciones; las cuales comunicó también al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Verbo. Por esto mismo bastó en María la fecunda Sombra del Espíritu Santo, fecundidad que procedía del Padre Virgen, para engendrar en María al Verbo hecho hombre, Virgen también en sus dos naturalezas, divina y humana. Esa Sombra creadora del Padre, reflejándose en Sí mismo, engendró a la Iglesia y a sus sacerdotes eternamente, y les comunicó lo que es Él, divinidad, fecundidad y caridad sin límites.

Esa misma Sombra fecunda del Padre se extiende a los altares para multiplicar (sin salir de su unidad fecunda) al Verbo humanado, en cada hostia y partícula consagrada. Lo multiplica, digo, en su unidad –no la sustancia divina, una, ni las naturalezas divina y humana encerradas en la unidad- sino las especies que, fecundadas en su principio por el Padre y transformada su sustancia por el poder conferido al sacerdote en las palabras de la transubstanciación, encierran vivo y latente en la Eucaristía,

mi Cuerpo, mi Sangre, mi Alma y mi Divinidad, una con la del Padre y la del Espíritu Santo.

Pero todo lo que existe y existirá viene y procede de la fecundidad infinita del Padre Virgen, de su unidad en la Trinidad Virgen, eterna y sin principio.

Dios es por Sí mismo Dios, y siente en Sí mismo como la necesidad, en su naturaleza divina, de darse y comunicarse; desde luego a las divinas Personas en una sola esencia, y de difundirse luego en las creaciones del orden natural y sobrenatural. Su primer pensamiento por decirlo así, su primera Sombra, la proyectó en Sí mismo, engendrando al Verbo, y en su Verbo a todas las cosas creadas o por crear. En el Verbo tiene sus delicias, su recreo, su complacencia; su todo; y si ama el Padre a los hombres, es por su Verbo; y si ama a la Iglesia, a los sacerdotes y a todas las almas, es por su Verbo, es por la Sombra fecunda de Él mismo; porque en el Verbo y el Espíritu Santo se mira Él.

¿Quién piensa en la fecunda Sombra del Padre engendrando eterna y constantemente a su Verbo, y en Él y por Él, almas y vidas, en el orden divino y humano, en la unidad fecunda de la Trinidad? ¿Quién agradece esa Sombra fecunda que produce gracia y que comunica los méritos de su Cristo para la salvación de las almas y para más cielo?

Basta la Sombra divina y fecunda del Padre para producir cielo; basta un solo querer del Padre para herir con

la gracia fecunda de su poder infinito almas y corazones, no solo por la potencia fecunda de que está llena su mirada, sino porque en Dios su Sombra es divina, su mirada es divina, su Ser es divino, uno con la Trinidad.

El Padre con su Potencia infinita no puede, por decirlo así, estar ocioso o sin difundirse; ya en Sí mismo, en su unidad en la Trinidad; ya en las almas por su Iglesia por el Espíritu Santo en ella.

Quiero que mis sacerdotes tengan en cuenta esta Sombra fecunda del Padre que los envuelve desde la eternidad, para comunicarles el germen santo de la fecundidad santa y virginal de la Trinidad. En Dios todo es Dios y su Sombra no refleja a Dios, sino que es Él mismo, en razón de su unidad; porque la sombra es algo de uno mismo; y en Dios todo lo que procede de Él no lleva algo de Él, sino que es Él.

Y si los sacerdotes los ha envuelto en su Sombra de toda la eternidad, tienen que reproducirlo en sí mismos, recibiendo lo divino, divinizándose. Que piensen Sombra de luz, es pureza, es candidez, es divina fecundidad, que esa Sombra es Dios, que los ama con toda la ternura del Espíritu Santo y que siempre los mira. Que no manchen esa Sombra bendita de luz; que no contristen esa mirada divina que debe siempre complacerse en ellos, que busca amorosa en todos sus Obispos y sacerdotes la transformación en Mí para derramarles el Espíritu Santo, y con El los dones y las gracias para su santificación y la de muchas almas.

Que piensen los sacerdotes en esa mirada fecunda del Padre que los distingue; que agradezcan esa Sombra del Padre que los envuelve, no solo en su imagen santísima, sino en Dios mismo. Que no rasguen ese velo de amor divino que los envuelve; que vivan a la sombra de esa Sombra del Espíritu Santo que aleja a Satanás y que los eleva de lo terreno a lo divino.

En cada sacerdote se proyecta la Sombra creadora y santificadora del Padre por medio del Espíritu Santo. En cada sacerdote se posa la mirada del Padre queriendo absorber en Él todas las miradas del sacerdote, puras, todo su ser santificado y transformado en Mí.

Esa misma Sombra que hizo a María concebir al Verbo hecho carne en sus purísimas entrañas, envuelve al sacerdote en cada Misa en la que renueva la Encarnación del Verbo, su pasión y muerte. Y muchos sacerdotes no se dan cuenta de esa Sombra divina del Padre que desciende sobre ellos en cada Misa; esa Sombra de luz del que es Luz con la que, fecundando las especies, hace germinar en cada hostia al Verbo divino Encarnado.

Que piensen en esa Sombra fecunda de pureza, de luz, de divinidad, de blancura, de cielo, en la que viven los sacerdotes al consagrar, envueltos en esplendores de cielo. Con estos pensamientos que son una realidad feliz, los sacerdotes se enfervorizarán al ver como toda la Trinidad en su unidad los distingue y se les comunica. Y ellos tienen el sagrado deber de recibir, humillados y agradecidos, estas gracias de infinita predilección, de santa fecundidad que

deben derivarse de ellos a las almas, y no dejar estériles estos reflejos del Padre en donde está el mismo Dios.

Las encarnaciones místicas vienen también de esta Sombra divina, tan poco meditada y agradecida; de la mirada fecunda del Padre que al posarse de esa manera sacerdotal en alma, comunica a su Verbo –lo único que Él puede comunicar- por ser como Él una sola Divinidad.

Como en María se vale, por decirlo así, del Espíritu Santo; pero la Sombra que proyecta el Espíritu Santo en el alma es la Sombra del Padre, Sombra de Luz, de Sabiduría, de Pureza; Sombra fecunda que engendra al Verbo, en cierta manera, en las almas; que refleja, para complacencia del Padre, la Encarnación en María; que reproduce, en cierto modo, el Misterio deleitable para el Padre de la Encarnación real en María. ¡Ama tanto el Padre este Misterio de amor que le encanta reflejarlo, realizarlo místicamente en algunas almas, aunque pocas, para recrearse en él, y para bien de muchos! Hace con esto un canal de gracias para el mundo, al comunicar fecundidad purísima que engendra almas para el cielo.

Los sacerdotes reciben en las Misas, como dije, esta gracia de la fecundidad del Padre, y por eso las misas tienen valor infinito, porque baja el Verbo al altar y transforma al sacerdote en Mí mismo; por eso lo mira el Padre, le sonrío el Padre, lo envuelve el Padre con su luminosa Sombra fecunda que produce al Verbo; por eso concede gracias, y también por eso mismo, el Padre es ofendido vilísimamente –y por Mí mismo, en cuanto que el

sacerdote esta transformado en Mí- y casi infinitamente, cuando consagra un sacerdote indigno de ser envuelto en aquella Sombra, de ser mirado con complacencia divina, obligándome a Mí mismo, UNO con el Padre, ¡a ofender al Padre!...

¡Crimen es éste que solo la gran misericordia de Dios perdona; ofensa que es esta que solo Yo, el Cordero inmaculado, puedo redimir y borrar!

Que piensen, que se penetren seriamente y profundamente mis sacerdotes de estos pensamientos de la Sombra del Padre, de la mirada del Padre, de la Sombra del Espíritu Santo por el Padre, de la ternura incomparable de la Trinidad. Y que los culpables se arrepientan, y que los buenos se enfervoricen para su bien, para el bien de mi Iglesia y para la gloria de mi Padre, que no puede darles más, porque les ha dado a Mí mismo, su Verbo, por el Espíritu Santo.

Ya no más pecados ni ingratitudes en los míos; que reaccionen, si me aman, y que sean por fin una cosa Conmigo en la unidad de la Trinidad”.

XLIII

ENVIDIAS.

“Otro de los puntos capitales por su extensión en los que me veo ofendido por muchos de mis sacerdotes es el de la envidia de sus compañeros de Altar, o sea a otros sacerdotes sus hermanos.

Hay envidias en los púlpitos, en los confesonarios, en las amistades con la gente alta, en las preferencias de los Obispos y sus superiores, en los puestos, en las jerarquías que creen merecer, en los estudios, en los talentos, en las Congregaciones, en los cariños o afectos, etc.,etc.

Este punto es muy común porque los sacerdotes son hombres, tienen pasiones de hombres, andan en la tierra y el polvo se les pega; pero por su ser de sacerdotes y por ser almas escogidas y vasos de elección, deben vivir en la tierra con vida de cielo, deben alejar de si esas pasiones rastreras y no dejar que se enseñoreen de sus corazones, porque perderán la paz y los envolverán en mil pasiones más, que se irán encadenando hasta arrastrarlos a terribles males.

¡Esas envidias entre sí de los que se llaman míos son de consecuencias incalculables y de daños cuantas

veces irreparables, que llegan a ofenderme gravísimamente! Muy delicado es este vicio en los que me sirven, y mi Iglesia resiente sus estragos, y los Obispos sufren con estas disensiones, y los fieles se escandalizan, y Yo soy ofendido.

¡Cómo quisiera Yo, manso y humilde, que los míos tuvieran mucho cuidado de cortar las envidias entre sí con el contrapeso de la verdadera humildad y con el suave y dulce trabajo de su transformación en Mí! ¿Qué importa que unos sacerdotes tengan más talento, más simpatías y que brillen más que otros? La verdadera grandeza, para Mí, no está en lo que brilla, en lo que pasa, en lo que se ve, en lo humano, sino en el secreto escondido de un corazón puro, humilde y amoroso. No me pago Yo de ruidosas victorias y mi mayor gloria no consiste en la conmoción de las multitudes, sino en la santidad y perfección del interior de las almas.

Dueño Yo de repartir mis talentos a quien me plazca, pero será mi consuelo el sacerdote humilde, el sacerdote apóstol que no busca su gloria ni los aplausos, sino mi gloria en sus sacrificios ocultos, en sus abnegaciones silenciosas, en su caridad para con los demás sacerdotes, teniéndose siempre en menos que ellos y respetándolos y alabándolos y amándolos en la sinceridad de su corazón.

En este punto hay muchos descalabros que lastimas a mi Iglesia y a mi Corazón; en un punto muy doloroso que me contrista y que ardientemente deseo que se

remedie.

¡Cuántas murmuraciones, cuántas malas voluntades, cuántos odios, escándalos, quejas e injusticias se registran en este punto de las envidias entre los míos!

¡Cuántos celos, rencillas y acusaciones exteriores y cuántas amarguras y soberbias y odios interiores despiertan este vicio que llega a pasión y ofusca!

¡Satanás siembra esta cizaña en muchos corazones y para él no hay dignidades ni jerarquías que respete su infernal astucia! Siembra la ponzoña de la envidia en los altos y bajos y en todas las escalas eclesiásticas, y se goza en cosechar abundantes y variados frutos, y va siempre a su punto capital, la caridad, y mancha honras, abulta faltas, envenena las rectas intenciones, exagera los juicios; y todo esto tiene por causa las envidias y los celos, que se goza en meter hasta en el Santuario.

¡Cuánto ganaría mi Iglesia si esto se corrigiera en los míos, sacerdotes y comunidades! ¡Cuánta gloria le quita a la Trinidad esa basura que parece de poca monta y que llega a cosas graves que sólo Yo veo y lamento en el silencio de los sagrarios!

Si mis sacerdotes se ocuparan en su transformación en Mí, se acabaría esto y brillaría en ellos mi caridad como radiante sol, disipando las tinieblas en las que Satanás oculta sus perversas mañas e intenciones.

¡Qué más da que algunos me den más gloria –o así

lo parezca- en algunas Asociaciones u obras que en otras!

Si todos mis sacerdotes forman un mismo Cuerpo cuya cabeza soy Yo, con una sola alma que es el Espíritu Santo, ¿qué más debe darles ser pies o manos de ese cuerpo místico, si todo es UNO en mi unidad, si todo sirve a un mismo fin de distintos grados? Si todos forman una sola cruz, si son astillas de esa cruz, ¿qué más les da estar arriba o abajo, si todos son mi Cruz?

Por eso insisto en la unidad de ellos entre sí, fundidos en la Trinidad; por eso señalo estos puntos dolorosos que me contristan, para que se quiten, se quemen y consuman en el amor, en el divino fuego del Espíritu Santo que es caridad.

Quiero a mis Obispos y a mis sacerdotes muy puros, muy luminosos, sin mácula que los afee ante mis ojos. Viven en la tierra y tienen su parte de tierra, y tiene que llegarles el polvo de las miserias de la tierra; pero me tienen a Mí y a María, más unidos a ellos que a las demás criaturas; se transforman diariamente en Mí, en el sacrificio de la Misa; andan en contacto casi continuo con la Trinidad, en el ejercicio de su Ministerio; me tocan en muchas almas; me tienen presente en sus oraciones, breviario y deberes sacerdotales; y todo esto los cubre, los ayuda y los eleva sobre las mil pasiones terrenas.

Y si, como deben, tienen vida interior de unión Conmigo y trato íntimo en su oración, parece un

contrasentido que con estas armas poderosas, que con estos escudos que los blindan, den cabida a esas miserias que pueden llegar y llegan a pecados y que detienen las gracias para sus almas”.

XLIV

VIRTUDES TEOLOGALES.

“**E**l padre constantemente está engendrando a su Verbo en Sí mismo y obrando el misterio de la Trinidad, porque en Él nada hay pasado, sino todo presente; y eternamente está complaciéndose en Sí mismo, en su unidad de la Trinidad. Todo lo quiere atraer a esa unidad; para esto formó a su Iglesia única, en donde todas las almas deben formar una unidad con el Verbo, por el Espíritu Santo; y la misión del sacerdote consiste en traer a las almas a esa unidad. ¡Con cuánta mayor razón deben formar los sacerdotes mismos esa unidad en la Trinidad!

Dios produce Dios, no dioses, por su unidad; y en todas las cosas creadas y por crear está Él presente, entero, cabal sin repetición ni disminución. Todo Él es un conjunto-unidad, sin partes y tan entero está en un punto creado, como llenando los espacios infinitos de su unidad y de lo creado para su gloria.

Dios no puede producir más que Dios; y su reflejo es Dios; y en las creaciones está Dios que todo lo llena, que en todo se difunde, que sin salir de su unidad, se dilata en inmensidades infinitas; dándose siempre, multiplicándose en su unidad; en llenarlo todo con su presencia que es Él mismo, en envolverlo todo, en producirlo todo, en dar vida

y ser a todo, con una sola voluntad y querer de las tres personas en la unidad de su esencia.

Lo mismo está en el cielo que en el infierno; lo mismo llena un átomo con toda su inmensidad, como mundos y almas y creaciones; sin salir de Sí mismo, saliendo; sin moverse, moviéndose en la inmutabilidad de su Ser, sabiéndolo todo y teniendo presente todo, sin pasado ni futuro; concentrándolo todo y a Sí mismo también en un solo punto infinito de su Sabiduría, Fecundidad, Poder y de su Ser de amor único.

Todo lo que es y lo que produce Dios es amor, porque el amor es la sustancia de su Ser; y el amor es fecundidad, y el amor es bondad, es caridad, lo es todo. El amor es Dios, es Dios unidad con sustancia de amor; ese amor es el Espíritu Santo en la Trinidad.

¿Qué el haber venido la Divinidad a la tierra a vestirse el Verbo de humanidad no es amor? Si Yo, la segunda Persona divina, tomé carne en María fue por amor, para atraer la carne a la Divinidad, divinizada, purificada. Y si establecí mi Iglesia comprada con la Sangre divina de un Dios-hombre, fue por amor a mi Padre y a las almas, fue para llevar a la Divinidad lo que las almas tienen de divino. Y si los cuerpos en la resurrección irán al cielo, será porque en mi Cuerpo purifiqué la carne y compré su glorificación con la pureza y con la Sangre del Mío.

¡Cuánto debe el hombre a las divinas Personas y que poco piensa en agradecer los favores y el amor infinito de

todo un Dios! ¡Como todos los cristianos, pero especialmente los sacerdotes, debieran vivir y respirar las virtudes teologales, su savia divina, sin las cuales no hay salvación! ¡En muy poco se estiman, y menos se practican estas virtudes, cimiento y vida de la Iglesia y pase para el cielo!

¡Cómo deben los sacerdotes predicar sobre la fe y practicarla! ¡En qué valor deben tener y hacer apreciar la virtud de la esperanza, que es la virtud del dolor, que tanto amo! ¡Y con qué ardor y con cuánto fuego y constancia incansable deben infundir la caridad, reina de todas las virtudes, enamorando a las almas del Amor, impregnándolos de amor, que es impregnarlas de Dios mismo!

¡Pero mis sacerdotes para dar, tienen que recibir, que abrirse a la acción de Dios, que ser dignos receptáculos de los tesoros del cielo y que vivir de María, transformados en Mí!

Es mi voluntad que se haga hincapié en mis sacerdotes sobre el constante ejercicio de las virtudes teologales; por descuidarlas languidecen las almas de los sacerdotes; por no actuarse en ellas, se entibian, se humanizan; por no entender su reinado en las almas, se pierden muchas desesperadas y muertas a la gracia.

Hermosas e indispensables como ningunas otras son las virtudes teologales, que simbolizan a las tres divinas Personas. Al Padre en la fe, al Hijo en la esperanza y al

Espíritu Santo en la caridad. Y tienen esas virtudes tal trabazón y unión, por venir de la unidad en la Trinidad, que quien ejercite y posea una, las tiene todas.

Mucha falta hace en el mundo la práctica de estas virtudes, y con tristeza en mi Corazón digo que también faltan en muchos de mis sacerdotes. Que se corrija este defecto tan capital y arda t luzca la fe, como radiante faro; que no languidezca la esperanza en los míos, humanizados; y que la caridad los una a Mí, los una entre sí, a mis Obispos, sacerdotes y almas para su unificación y salvación.

Muchos sacerdotes se preocupan en difundir en las almas la práctica de otras virtudes y descuidan las principales que son las teologales, fuente de todas las otras y las que les dan la vida y los méritos para el cielo. Mucho recomiendo este punto descuidado en muchos sacerdotes, que se impone, hoy más que nunca, en las almas desorientadas por los vicios y falsas doctrinas y humanizadas en grado extremo por la vida animal y natural, sin que divinicen sus actos, sin que se eleven de la tierra, sin que sobrenaturalicen su vida, sin que piensen en una eternidad que les espera, sin que teman los eternos castigos, y sobre todo, sin que me amen a Mí, que vine al mundo solo con el fin de unir a todos en la unidad de la Trinidad por el Espíritu Santo, es decir, por el Amor”.

XLV

LIMPIEZA DEL ALMA.

“**P**ara llevar a cabo mis planes de santificación personal, mis sacerdotes deben, ante todo, conservar a todo trance la pureza de sus almas, base y fundamento sobre el cual deben comenzar su transformación en Mí.

La pureza es la que más asemeja a Jesús y la que refleja a Dios en las almas. Por tanto, y como medio principal para esta pureza, los sacerdotes no deben descuidar jamás la frecuente de sus culpas, para lavarse en el sacramento de la penitencia. Hay descuido en muchos sobre el particular y dejan pasar mucho tiempo – a veces considerable – sin recurrir a esta saludable humillación que purifica.

Cuántas veces el respeto humano y la falta de humildad impiden este acto de suprema importancia para el sacerdote, y como Satanás se vale de estos medios para impedir la pureza en las almas de mis sacerdotes que deben estar siempre tersas y sin mácula para reflejar a Dios en ellas. Elemento principal es este, para su transformación en Mí, purísimo de cuerpo y alma, transparente y divino, que refleja a la Trinidad en la limpidez candidísima y luminosa de mi Corazón de

hombre.

¡Cuánto insisto en la pureza de mis sacerdotes! Porque la Trinidad no se refleja sino en el cristal sin mancha de una conciencia y de un alma pura. La basura lastima sus miradas, el pecado las rechaza y solo la pureza las atrae, porque Dios es pureza.

Y si pido al común de las almas la limpieza de corazón para comunicármeles, ¡cuánto más la querré de mis sacerdotes, que no por ser sacerdotes dejan de ser tierra y de andar entre la tierra!

Deben también mis sacerdotes, si quieren santificarse, tomar y tener un director santo. Nada más fácil en mis sacerdotes que acostumbrarse a mandar, que el sentirse superiores a los fieles; y si es cierto esto, por la dignidad sacerdotal que llevan consigo, también lo es que deben depender de otro, si quieren adelantar en su santificación. ¿No envié acaso a San Pablo con Ananías para que de él recibiera instrucciones? Este es un acto de dependencia y de humildad muy útil en los míos y que Yo me complazco en bendecir.

Y si en estas confidencias he querido tratar de la regeneración y santificación de mis sacerdotes, éste es un punto útil en gran manera (el que tenga un director) y en muchos casos indispensable, para la santificación de las almas sacerdotales. Nadie más a propósito para mandar que el que obedece, nadie mejor para dirigir a las almas que el que es dirigido.

Todo va encaminado a realizar mi fin en ellos, a su transformación en Mí, a quitar los elementos que la impiden, y a unificarlos en la unidad de la Trinidad, para la que fueron engendrados en el seno del Padre, creados y ordenados para mi servicio con la unción y la acción divina del Espíritu Santo.

Yo acudo siempre a tiempo y oportunamente en las épocas del mundo, a favorecer a mi Iglesia militante; y ahora, en los momentos presentes, necesitan esta reacción divina mis sacerdotes para resistir los embates del enemigo, para rechazar al mundo que se ha introducido hasta en el santuario, para prevenir futuros males, para consolar a mi Corazón y dar gloria a mi Padre, purificar y santificar más y más los elementos de mi Iglesia amada.

Vendrán épocas peores para mi Iglesia, y ésta necesita de sacerdotes y ministros santos que la hagan triunfar de mis enemigos, no con cañones, sino con virtudes; no esgrimiendo venganzas ni rencores, sino con el Evangelio de paz, de perdón y de caridad; con mi doctrina de amor que vencerá al mundo, cumpliendo con ellos mis promesas de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Pero necesito un ejército de santos sacerdotes transformados en Mí que respiren virtudes y que atraigan a las almas con el suave olor de Jesucristo. Necesito otros Yo en la tierra, formando un solo Yo en mi Iglesia por su unidad de miras, de intenciones y de ideales,

formando un solo Cuerpo místico Conmigo, un solo querer con la voluntad de mi Padre; una sola alma con el Espíritu Santo, una unidad en la Trinidad por deber, por justicia y por amor.

Solo esta unidad hará la fuerza, sólo esta unidad rechazará al infierno, sólo mi Iglesia única salvará a las almas, sólo en esta unidad –que tanto pido en estas confidencias – tendrá gloria la Trinidad y su triunfo la Iglesia de Dios.

El Espíritu Santo, y María salvarán a México y al mundo entero.

Que se activen en pedir día y noche y en sacrificarse por alcanzar esta reacción poderosa de los sacerdotes tan necesaria en estos tiempos, tan indispensable para el futuro, tan del agrado de mi Padre, y proporcionen así un gran consuelo a mi Corazón”.

XLVI

VANIDAD

“**O**tros de los grandes defectos que pierden a mis sacerdotes, o a lo menos les impide la perfección, es la vanidad y la sed de vanagloria y los aprecios humanos.

Este vicio, cuando se inicia en el alma del sacerdote debe cortarlo de raíz, porque si llega a enseñorearse con él y a poseerlo, lo aleja de la vida interior y espiritual – que debe ser donde gravite su existencia-, lo rebaja a las cosas de la tierra y a deleitarse en ellas. Entonces se entristece cuando le faltan las alabanzas humanas y sólo goza cuando se ve envuelto en ellas.

¡Cómo le hacen falta y llegan a ser estas alabanzas su elemento y su vida –Si no las tiene, las busca con mil pretextos, y a veces descaradamente; y llega a tal grado este vicio y odioso defecto en su alma, que si no encuentra las alabanzas, las finge en su entendimiento y en su corazón, y se complace imaginariamente en sus efectos!

Se enorgullece el sacerdote que tiene el vicio de la vanidad, de su persona, de su figura, de su talento, de su trato social, de sus maneras, de sus sermones, de sus direcciones, etc.; se forma, con la poderosa ayuda de

Satanás que lo atiza, su incienso íntimo, que, al complacerlo, entenebrece para él el campo de las virtudes y la humildad en el propio conocimiento que debe envolverlo.

¡Cuántos sacerdotes pasan la vida incensándose a sí mismos y buscando y complaciéndose en las adulaciones mundanas y espirituales! ¡Cuánto tiempo pierden muchos de los míos, haciéndose a sí mismo sus panegíricos y echando redes para ser ensalzados!

¡Cuánto humo, cuanta vanidad que no deja en las almas sino negrura, sofocación y desaliento para las sólidas virtudes y abnegaciones que el ministerio sacerdotal necesita y exige!, ¡y cómo Satanás, entonces, se aprovecha para meter en las almas sacerdotales el cansancio, el fastidio, la tibieza, el desaliento y tentaciones mayores que sólo Yo veo y que llegan a precipitar en insondables abismos!

¡Cuántas veces comienza la vanidad por lo poco y acaba por minar la sagrada e incomparable vocación sacerdotal! ¡Hasta allá alcanza la astucia de Satanás que pone suavísimamente el anzuelo para pescar los corazones y hundirlos en el infierno!

La vanidad nace de la soberbia: es el ser mismo de Satanás que se goza en comunicar e infiltrar, sobre todo en el corazón de los míos. Los sacerdotes son, como he dicho, su más codiciado manjar; y por su semejanza Conmigo, el Sacerdote Eterno, más se complace en perseguirlos, el

introducirlas el mundo con todos sus vicios y la carne con todas sus monstruosidades; y cualquier triunfo en ellos es un bofetón que quiere darme, y su conquista definitiva es para él como si me diera la muerte.

De ese grado y de esa magnitud es su infame malicia al tocar, al poseer, y al arrancar de mis brazos y de mi Corazón cada sacerdote. Mi Iglesia es su pesadilla constante, y sus mejores tiros los guarda para Ella, y su veneno más ponzoñoso los guarda para los que la sirven, y sus triunfos más aplaudidos son las funestas victorias sobre las almas sacerdotales, esencia de mi Corazón, fibras de mi alma, en quienes mi Padre se complace y a quienes toda la Trinidad ha distinguido eternamente con singulares privilegios y escogidísimas gracias.

Por eso el infierno en un sacerdote réprobo no tiene comparación porque tampoco la tienen sus pecados y espantosas ingratitudes, cometidas con los abusos voluntarios de estupendas desgracias y pisoteadas. Y lo triste es que se comienza a bajar por ese plano inclinado

—que concluye en la desgracia eterna— con nimias pasiones de envidias, celos, vanaglorias, etc., que consentidas y alimentadas, toman vuelo y se agigantan, y envuelven a las almas de los sacerdotes, las cuales como ningunas otras deben estar siempre en guardia, y rechazar, luchar e impedir en sí mismos esas pasioncillas rastreras, y degollarlas sin piedad en sus principios. Deben de tener muy en cuenta la más que astuta malicia de Satanás para ellos y sus terribles fines.

Y ¿cómo se blindan contra esas pasiones terrenas? Con la santa coraza de lo divino, con su transformación en Mí; con su vida sobrenatural que los eleve de la tierra; con su unidad de en la Trinidad en la que Satanás se estrella y lo que es, para él, impenetrable. Ahí está el asilo del sacerdote: en su unión perfecta con el Dios perfectísimo, cuyo escalón es María, a la eterna enemiga de Satanás y del infierno todo.

Que recurran a María mis sacerdotes y Obispos porque en el mundo nadie está exento de los ataques de mis enemigos y menos mis sacerdotes; y que por María, pasen a Mí; y por Mí al Padre en el Espíritu Santo. ¡Así llegarán a lo que tanto pido en ellos; a ese Puerto seguro que en estas confidencias les ha querido señalar mi amor eterno, singular y misericordioso; a la unidad que es su cielo en la tierra y que será su cielo en el cielo! Que estos mis deseos lleguen a mis Pastores para que los utilicen en favor de los sacerdotes, mis hijos, y en sí mismos.

Que si señalo defectos, no es para echarlos en cara – que esto no lo sufre ni mi fineza ni mi caridad con los que los amo-, sino por el deseo vivo y ardiente de su perfección que en mi Corazón arde y que en estas confidencias santas ha querido desahogar en sus infinitos anhelos de hacer el bien.”.

XLVII

ESTE ES MI CUERPO... ESTA ES MI SANGRE...

La transformación del sacerdote en Mí que se opera en la Misa debe continuarla él en su vida ordinaria, para que sea esta vida, interior y extraordinaria, espiritual y divina, en todas sus partes. Deben girar esta vida espiritual del sacerdote dentro del ciclo santo de la Trinidad, debe vivir en su unión íntima y continuada con las divinas personas, y recibir de Ellas la santidad para santificar, la fecundidad divina para engendrar en las almas lo santo, lo puro, lo perfecto y divino, y el amor al Espíritu Santo para fundarlas en la caridad y unificarlas en Dios mismo.

Con esta vida santa de pureza, unidos a la Pureza misma se harán mis sacerdotes dignos de Dios, que cuando mira, endiosa; se harán dignos de esa mirada pura, santa, y fecunda que cuando se posa en su alma la penetra y la santifica.

El Padre, al posar su mirada en el alma de los sacerdotes, lo hace por dos cosas, tiene dos objetos: al darles a su Verbo y el buscar a su Verbo en ellos. Lo da, porque se da a Sí mismo con el Verbo y con el Espíritu

Santo, una sola divinidad con Él, y lo pide en razón de justicia, que pide lo suyo, lo único suyo, que lleva en Sí a todas las cosas.

Busca al sacerdote en su Verbo y en su Verbo al sacerdote que debe estar divinizado y transformado por Jesucristo en Dios; y si no lo encuentra, se contrista, porque Yo, Cabeza de la Iglesia, no debo estar mutilado en el Cuerpo de la Iglesia, en sus sacerdotes; sino que todos sus sacerdotes deben estar en Mí y Yo en ellos, por su perfecta transformación que completa la unidad de la Iglesia en la Trinidad.

Cuando un sacerdote no está transformado en Mí o en vías de transformarse por sus esfuerzos continuados para lograrlo, estará en la Iglesia, pero en cierto sentido, segregado de la intimidad de la Iglesia, separado de su Espíritu, del núcleo escogido de mi Iglesia. ¡Y cuántos sacerdotes hay que no piensan en esto, ni lo procuran, ni ponen de su parte un solo ápice para adquirirlo! Toman la dignidad incomparable del sacerdocio como una profesión material cualquiera; y ese no es el fin sublime y santo del sacerdocio, que consiste en LA TRANSFORMACIÓN PERFECTA EN MÍ, POR EL AMOR Y POR LA VIRTUDES.

El Espíritu Santo, por María, forma la esencia del sacerdote. El Espíritu Santo, enviado por el Padre, es que engendra al Verbo en el sacerdote por la unción que de Él recibe, por la fecundación del Padre que le comunica, por el conocimiento del Padre por el Verbo, por el estudio

y amor al Verbo que refleja al Padre, porque el que conoce al Verbo conoce al Padre y se enamora del Padre por el Espíritu Santo.

Y el fin de la iglesia en su parte intrínseca es formar en la tierra UN SOLO SALVADOR DE LAS ALMAS, UN SOLO

SACERDOTE ETERNO, por la unión, parecido e identificación con Él de todos sus Pontífices y sacerdotes; reproducir a Jesús, atraer por esto y con esto las miradas fecundas y cándidas del Padre, para divinizar ese Cuerpo místico que, si lo complace, es por lo que lleva de Mí mismo en él.

Y así es que, individualmente, más mirará complacido el Padre al sacerdote, que más se parezca a Mí. Pero quiere verlo transformado en Mí no tan solo en la hora de la Misa, sino a todas horas, de tal manera que en cualquier sitio y a cualquier hora, pueda el sacerdote decir con verdad, en el interior de su alma, estas benditas palabras realizadas constantemente en él, por su transformación en Mí: "ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE".

¡Oh! Si todos los sacerdotes hicieran esto transformados en Mí, no tan sólo a la hora del Sacrificio incruento, sino siempre, ¡cómo se derramaría el cielo en gracias para ellos y para las almas! ¡Cómo esas miradas divinas y fecundas del Padre endiosarían la tierra!, ¡cómo germinarían las vocaciones sacerdotales!, ¡cómo se

multiplicarían los santos! ¡Cómo florecería la iglesia! Y ¡cuánta, cuanta gloria recibiría la Trinidad!

Pero al contrario, sin esto que digo todo será y es al revés en muchas de sus partes. Y ¿por qué? Por la falta de transformación en Mí de los sacerdotes.

He puesto el dedo en la llaga en estas confidencias de mi Corazón amargado (pero lleno de caridad para con los míos). Aquí está el fondo y la procedencia de todos los males que lamento en mi Iglesia: LA FALTA DE TRANSFORMACIÓN EN MÍ DE SUS SACERDOTES;

que si esto fuera, ¡que distintos se hallarían pueblos, naciones y almas, que resienten, materializadas, la falta de influjo divino que debieran comunicarles los sacerdotes, y que se hunden y se despeñan por la sensualidad y por la falta de fe en abismos insondables de males, sin que se oponga a esa infernal corriente la suficiente potencia de sacerdotes santos que, transformados en el Santo de los santos, transformarían al mundo y lo divinizarían, y unirían en la unidad de la Trinidad a lo que de Ella salió y a lo que a Ella debe volver!

Por tanto muy culpables serán los sacerdotes que con estos caritativos avisos del cielo no detengan su carrera de vicios y defectos espirituales que les impiden su transformación en Mí.

Sepan que si el demonio ha ganado terreno en mi

Viña es por la falta de obreros santos; por sacerdotes tibios, disipados, aseglarados y mundanizados, que se han dejado llevar por la corriente e impregnarse del ambiente actual sin oponer resistencia, sin hacerse violencia a sí mismos y sin preocuparse de los principal que debiera preocuparlos, es decir, de su perfecta transformación en Mí.

Que sepan esto los Obispos, porque el mal se desborda y ha entra: en la transformación de los sacerdotes en Mí y en su unión perfecta con las con las tres divinas Personas. Esto romperá las cataratas del cielo en favor de mi Iglesia y de las almas; en este importantísimo punto único está la salvación”.

XLVIII

MORTIFICACIÓN

“Una de las cosas que faltan en muchos de mis sacerdotes es el espíritu de mortificación, el amor a la cruz, el conocimiento de las riquezas que encierra el dolor. Muchos predicán la cruz y no la practican; aconsejan la abnegación y el propio renunciamiento y ni sueñan para sí mismos en esas virtudes tan necesarias en los sacerdotes, porque el sacrificio es uno de los puntos culminantes y como el cimiento para la transformación en Mí que fui víctima desde el instante de la Encarnación hasta mi muerte.

Una víctima para ser aceptada a mi Padre debe ser pura y sacrificada. Mi vida entera se redujo a esta hermosa palabra que sintetiza el ser del cristiano y más el del sacerdote: ¡Inmolación! Fui inmolado voluntariamente en la tierra y continué esta vida de inmolación en los Altares.

Yo vine al mundo a santificar el dolor y a quitarle su amargura; vine para hacer amar el dolor, la cruz, señal de mis escogidos y entrada segura para el cielo; y la transformación más perfecta en Mí tiene que operarse por el dolor amoroso, por el amor doloroso.

Por tanto; un sacerdote que quiera asimilarse a Mí – como es su deber – debe ser amante del sacrificio; debe tender a la voluntaria inmolación, abnegándose, negándose a sí mismo y sacrificándose constantemente en favor de las almas.

Lejos de él la molicie, la comodidad y el regalo; y en la cruz encontrará riqueza y dulzuras desconocidas si la abraza con amor, si la estudia, si la penetra, si la comprende, si la vive; porque en el fondo del sacrificio a puesto mi Padre el delicado y sabroso fruto conquistado por Mí en la Pasión, dulcísimos manás que solo se descubren en el dolor voluntario o amorosamente aceptado por los corazones generosos y amantes.

Sacerdote quiere decir que ofrece y que se ofrece, que se da, que inmola y se inmola; y ¿cómo se inmola y se ofrece un sacerdote que no se mortifica, que busca todos los gustos de la naturaleza, que huye de la cruz en cualquiera forma?

Pero el verdadero espíritu de sacrificio nace del amor en un alma pura. El amor es el pulso del sacrificio y el sacrificio es el pulso del amor; y nadie está en tan íntimo contacto con quien fue amor y dolor al mismo tiempo que el que se sacrifica.

Yo en cada instante amo, en cada Misa me inmolo, en cada sacramento y movimiento de la Iglesia derramo amor y esparzo gracias compradas con el dolor de un Dios-hombre, y valorizo los sacrificios del hombre para el

cielo.

El sacerdote que me estudie, penetrará más y más en ese abismo sin fondo de mis dos naturalezas: en la divina, el amor; en la humana, el dolor, que unidas en la Persona divina del Verbo, forman el todo de un Jesús Salvador que santificó el dolor, la cruz suavizó su dureza, aligerando el peso de su sacrificio voluntario.

Todo dolor unido al mío alcanza gracias para otras almas.

Como he dicho, el sacerdote no es solo, sino que representa para Mí o debe representar muchas almas en él y salvadas por su concurso.

Por la gracia de fecundación divina recibida del Padre tiene que germinar pureza, virtudes y gracias en las almas; pero, a mi imitación, esas gracias debe comprarlas con dolor, con sacrificios, con amor.

Mientras más amor y dolor tenga, más gracias comprará para las almas y más gloria en ellas me dará.

Esta orientación muy marcada deben tener los sacerdotes transformados en Mí; este colorido de cruz, pero de cruz amorosa, no de cruz que espanta, sino de cruz que atrae, que embalsama, que embriaga y deleita; de cruz que irradia Jesús, que contiene Jesús, que sabe a Jesús, que es Jesús.

Si el sacerdote tiene el deber de enamorar a las

almas de Jesús crucificado, debe el primero crucificarse, porque solo crucificándose, puede apreciar el valor del sacrificio y sus dulces consecuencias.

Es triste, muy triste y doloroso para mí decirlo, pero ¡cuán pocos relativamente, son los sacerdotes que aman la cruz, que buscan el dolor voluntariamente, que se gozan en el sacrificio, que viven en su sabiduría divina y que predicán la cruz con su palabra y con su ejemplo! Si quieren transformarse en Mí es preciso que amen la cruz, que no teman la cruz, que se crucifiquen al reverso de la cruz, al lado de María.

¿Cómo enseñar a las almas las riquezas de la cruz, sino las conocen? ¿Cómo hacerles entender la suavidad de la cruz, si nunca voluntariamente la han gustado?

La penitencia corporal y la mortificación interior deben ser familiares al sacerdote para su santificación y para comprar gracias para otras almas. Pero solo una cosa endulza estos sacrificios tan contrarios a la naturaleza y es el amor: el amor que nace, como la chispa al frote, de la mortificación y de la penitencia en un alma pura; el amor que impulsa en la sed de ofrendarse en bien de otros y para complacencia del amado.

Y llega el dolor a ser necesario y como indispensable al amor, llega el sacrificio a ser un consuelo y un refrigerio y un descanso para el amor. Por eso Yo deseaba ser bautizado con un bautismo de sangre, porque los ardores de mi amor me martirizaban, y ansiaba el feliz desahogo

del dolor.

Y hasta este punto pueden llegar mis sacerdotes transformados en Mí; hasta los más heroicos sacrificios por obsequiarme, por complacerme, por parecerse a Mí, por honrar en comunión perfecta y transformante en Mí.

Hasta allá quiero a mis sacerdotes, perfectos en su transformación en Mí: a tener unos mismos ideales y sentimientos y anhelos de sacrificio, porque así honrarán a la Trinidad que tanto los ama y los distingue; y así también salvarán y santificarán a las almas por el medio más poderoso y divino: por su transformación en Mí en el amor y en dolor”.

XLIX

MARÍA

“Y un punto muy consolador para el sacerdote y que él solo sería bastante para que buscara con ahínco su transformación en Mí es que, a medida y en escala de esta transformación, serán ellos más hijos de María y más acreedores a su ternura, a sus caricias y a su amor cándido y maternal.

Así como mi Padre dulcifica sus miradas hacia el sacerdote a medida que el sacerdote se va haciendo otro Jesús; así María ensancha más su Corazón y su ternura de Madre en cuánto ve más perfecta mi imagen en el sacerdote.

Como el Padre mira en Mí, su Verbo humanado, todas las cosas y en Mí las almas y no puede amar nada fuera de Mí; así María en Mí, su Jesús divinizado y divino, ama a todos sus hijos, especialmente a los sacerdotes, y más ama a los que más se asemejan a Mí, su Hijo divino; a los que llevan los rasgos de mi fisonomía más marcados a la medida de su transformación en Mí.

Esa Madre Inmaculada posa sus miradas con delicia en los sacerdotes puros. Busca la fragancia de su Jesús, Lirio de los valles, en los sacerdotes destinados a

representarlo en la tierra; se complace en la blancura de sus almas, en la candidez de esas manos que tocan al Cordero y quisiera posar sus labios en los labios que pronuncian dignamente las palabras creadoras y operadoras de la Consagración en las Misas; porque María se goza y pone toda su alma en la transubstanciación.

Ella comienza a recrearse en los corazones que se preparan al sacerdocio, y los cubre con su manto. La fiesta más grande para ella en la tierra es el día de la ordenación del sacerdote, el día de su primera Misa, y en todas las que se celebran dignamente.

Ella goza, repito, asiste y se ofrece en unión mía – místicamente en su Corazón- por manos del sacerdote; porque el mayor placer de María en la tierra y ahora en los Altares es ofrecerse pura con el Cordero puro, en unir sus dolores de víctima con la gran Víctima, que tuvo con Ella en la tierra un solo Corazón, un solo sacrificio, un mismo fin: el de glorificar a mi Padre y el de salvar a las almas.

¡Qué grande misión tiene María para con el sacerdote y el sacerdote con María! No existe filiación más grande con Ella, después de la de su Hijo Divino, que la del sacerdote. Por eso también no hay dolor tan grande para María como las Misas indignamente celebradas, ni escapadas más agudas para su Corazón maternal que los pecados de los sacerdotes que la traspasan de pena. Y es natural, por la unión tan íntima y

estrecha que tiene su Corazón con mi Corazón, su alma con mi alma, sus ideales con los míos, su sed de pureza y de sacerdotes santos para honrar a la Trinidad con la sed mía.

Siempre que un sacerdote me ofende a Mí, ofende vilísimamente a María. Y siquiera por esto debiera el sacerdote indigno ruborizarse, no tan solo a mis miradas, sino también a las de mi Inmaculada Madre, que mira por mis ojos y que palpita al unísono con los mismos latidos de mi Corazón.

María continua en el cielo la misma unión de maternidad divina y humana que tuvo conmigo en la tierra; y tan identificada y transformada en Mí continúa en el cielo como lo estaba en el mundo. Por este motivo, María es y será siempre la más poderosa ayuda para la transformación del sacerdote en Mí. Ella es el ejemplo vivo que el sacerdote debe imitar para acelerar ese parecido Conmigo, para tomar la fisonomía más perfecta y los rasgos más característicos de su parecido y transformación en Mí.

María me engendró en su maternal seno por medio del Espíritu Santo con la fecundación del Padre, y el sacerdote en la Misa reproduce este misterio sublime que se perpetuará en los altares hasta el fin de los siglos. María Virgen quiere sacerdotes vírgenes; María Inmaculada quiere sacerdotes inmaculados; María amante, María humilde, María sacrificada, María Madre quiere sacerdotes con estas cualidades, virtudes y

prerrogativas; porque solo Ella, Virgen y Madre, fue digna de ofrecer y tocar al Padre al cordero sin mancha que borra los pecados del mundo.

Solo la blancura puede borrar las negruras de las culpas de las almas; y María con su pureza y por ser Corredentora en mi unión, transforma, ofrece y alcanza gracias para el mundo, pero especialmente para los sacerdotes.

Tienen los sacerdotes un sitio especial en el Corazón de María y los latidos más amorosos y maternales de Ella, después de consagrarlos a Mí, son para los sacerdotes. Ellos son la parte predilecta y consentida de su alma en el mundo; con su esperanza para la gloria de mi Iglesia y para mi gloria, y no los pierde de vista; y sus clamores y sus plegarias más ardientes, ante el trono de Dios, son para los sacerdotes por representarme a Mí en la tierra.

Y si Yo, su Jesús, quiero y anhelo y ansío y pido en estas confidencias sacerdotes perfectos transformados en Mí y para gloria de la Trinidad, para brillo de mi Iglesia y para salvación del mundo, también María, unida a Mí, y con un solo querer y voluntad conmigo, pide lo mismo a mis sacerdotes, une a Mí su voz y sus deseos, y se ofrece a ayudarles en su transformación en Mí.

Que no desprecien este filón celestial que les ofrezco hoy en el Corazón de mi Madre, que Yo pediré estrecha cuenta si desoyen mi voz – hoy misericordiosa – que los

llama a mayor perfección, y por todos los motivos que he venido explicando.

María es la dispensadora de las gracias; que acuden a Ella con Amor, con humildad y constancia, y alcanzarán llegar al ideal que pide mi Padre, en su transformación en Mí. Este es el camino más corto, ¡María! Para ir al Espíritu Santo, para alcanzar el amor, que es el que transforma, asimila, une y santifica. Este es el medio más dulce, tierno y delicado y puro, ¡María!

L

PEREZA

“La pereza para mis sacerdotes es un filón que Satanás explota para sus fines contra Mí. Porque impide el celo que los sacerdotes deben tener por mi gloria. Es muy fino y astuto Satanás con sus pretextos, con sus exageraciones, con sus múltiples excusas de ningún valor en un alma que de veras me ama. Sabe poner la inercia, el fastidio, el cansancio, y el desaliento en el corazón del sacerdote para desarrollar en él la pereza y disculpar a sus mismos ojos, con frívolos motivos, lo que es solo pereza en mi servicio.

¡Cuánto perjudica a mi Iglesia y en ella a las almas este vicio capital que tanta gloria me quita! Muchos sacerdotes hay que se forman la conciencia y creen cumplir sus deberes con decir la Misa más o menos fervorosamente y rezar el Breviario con más o menos devoción, cómo sino hubiera almas a quien atender y evitarle peligros y santificarlas para mi gloria; como si no hubiera enemigos que atacan la plaza de mi Iglesia en mil formas y con diferentes medios.

¿Será posible que trabaje más Satanás para perder las almas que mis sacerdotes para salvarlas? Y la pereza corporal y espiritual es la causa de ese poco celo y de

esa inercia que los aprisiona; es el sopor con el que el demonio adormece a las almas sacerdotales en muchas ocasiones. Se creen cansados, enfermos y aun con falsas humildades, inútiles para mi servicio, dejan la carga para otros y descansan ellos, como si ese tiempo precioso de males imaginarios no nos perteneciera a Mí y a las almas.

Un sacerdote que no sabe en que emplear su tiempo no es digno ni del nombre que lleva ni de la sublime misión que le he confiado. ¿Cómo matar el tiempo quien debe emplearlo todo en mi servicio, en su ministerio, en su apostolado, en su oración, estudio y trato íntimo Conmigo? Activo es el Espíritu Santo en el que debe arder el corazón del sacerdote digno del cargo que ha recibido, del sacerdote fiel a su vocación y que no debe desperdiciar ni un átomo del don de Dios, ni una sola ocasión de hacer el bien.

El sacerdote es sembrador y su misión es arrojar la semilla en las almas, cultivarlas y presentarlas al Padre como maduros frutos que Él debe cosechar. Un sacerdote perezoso que busca su comodidad exageradamente, que se tiene muy en cuenta en lo que toca a su cuerpo, que piensa mucho en sí mismo, está muy lejos del Espíritu Santo que es, repito. Espíritu activo, que es de fuego, que no descansa de trabajar en las almas que se le prestan, que no cesa de derramarse siempre en dones y gracias e inspiraciones, porque es el continuo movimiento de efluvios santos en la Trinidad y

en las almas.

Por eso los sacerdotes que tienen en la Iglesia la misión de dar la vida a las almas y de formarlas para el cielo, de infundirles lo divino, de predicar e insistir a todas horas y siempre en la extensión de mi Evangelio, más que nadie deben vivir unidos al Espíritu Santo y desterrar toda pereza que los detenga en su alta y activa misión.

No hay cosa más quieta que Dios ni más activa que Dios en el amor. Así los sacerdotes deben tener el alma quieta con la paz de los santos, y al mismo tiempo deben arder con el celo de las almas y con sed ardiente de impulsarlas para el cielo, de librarlas de los peligros, de enamorarlas de lo que no pasa, de lo eterno, de Mí, crucificado por su amor, de María, de las virtudes y de mi imitación.

Y todos estos vicios y defectos que he enumerado ¿cómo se quitan? Por un solo medio, por la transformación de los sacerdotes en Mí. Entonces sentirían como Yo, amarán con el Espíritu como Yo, salvarán a las almas como Yo y las ofrecerán a la Trinidad como Yo”.

LI

TRANSFORMACIÓN

“Otra cosa y otra luz terrible, a la vez que consoladora, voy a decir hoy. Solo un sacerdote transformado en Mí puede transformar a las almas; y la medida de su transformación en Mí será la que reciban las almas.

¡Ah! Éste es un punto que debía hacer temblar a mis sacerdotes; porque en la medida en que se santifiquen, santificarán; y en la medida en que se transformen en Mí tendrán virtud para transformar.

Aquí tienes el misterio de tanto apostolado estéril en mi Iglesia; este es el punto capital de tanta falsa piedad que existe en las almas, de esa frivolidad que hay en muchas de ellas, de esa exterioridad aun en las cosas de mi Iglesia, de esa falta de convicciones íntimas y de ese contentarse con Asociaciones, funciones y cosas exteriores; y no bajan al fondo de mi doctrina, a la solidez de las virtudes y de la intimidad de unión Conmigo, a la vida verdadera y espiritual que es mi Evangelio puesto en práctica.

Y ¿quién tiene la culpa de esa atmósfera de piedad fantástica, de la falta de sólida piedad, sino mis

sacerdotes que no son santos, que no se preocupan de la desorientación que el mundo ha tomado, de cómo se acentúa en las almas la sensualidad, la vanidad y se sustituye lo divino con lo material, lo interior con lo exterior?

¡Oh, si mis sacerdotes fueran lo que deben, transformados en Mí, transformarían al mundo y, como los apóstoles, convertirían almas y naciones por mi virtud en ellos, por lo comunicable de mi ser, del que estarían poseídos!

No digo que no existan en el mundo sacerdotes santos que estén luchando por sostener el equilibrio en el campo de la Iglesia y de las almas; pero son pocos relativamente y Yo quiero y pido y estoy dispuesto a ayudar poderosamente a una reacción universal en mi Iglesia, a un impulso en el mundo de las almas; pero por este medio, el de la transformación de los sacerdotes en Mí.

Quiero volver al mundo en mis sacerdotes, quiero renovar el mundo de las almas y prestarme Yo mismo en mis sacerdotes para hacerlo; quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia e infundir, como en un nuevo Pentecostés, al Espíritu Santo en mis sacerdotes. Yo en ellos, quiero obrar, hablar, vivir y hacerme sensible a las almas; quiero ofrecer al Padre un triunfo en mi Iglesia y renovar la faz de la tierra por el impulso mundial e irresistible de mis sacerdotes santos. Yo, el Santo de los santos, en mis Obispos y sacerdotes santos.

Pues bien, ése es ahora mi ideal: transformar al mundo por la transformación perfecta de los sacerdotes en el gran Sacerdote, en el único sacerdote de donde todos proceden.

Esta reacción espera la Trinidad; ya la ve, ya la siente, y la acaricia y la bendice. Pero necesito de la voluntad y de la cooperación de los sacerdotes, porque Yo, con todo y ser Dios, me sostengo ante el umbral de la voluntad humana y la respeto sin avasallarla.

Pero estas confianzas que se traducen en amor para con mis sacerdotes, que llevan en ellas las fibras de mi alma para los que más amo en la tierra, los conmoverán; y muchos corazones sacerdotales, tocados en lo más íntimo, vendrán a Mí anhelantes de perfección y entregados puramente a mi voluntad”.

LII

SECRETO

“**S**i mis sacerdotes se convirtieran en Mí, si fueran otros Yo, tendrían mi atractivo divino y comunicarían pureza, humildad, luz y todas las virtudes; comunicarían Dios; y las almas y las vidas se endiosarían con lo divino de mí Ser, comunicado por el sacerdote santo. ¡Cómo cambiaría no sólo la faz del mundo, sino también el interior de los corazones! ¡Cómo se respetaría entonces a mi Iglesia santa con sacerdotes santos, unos con el eterno Sacerdote Yo, con el Santo de los santos!

¿Nos figuramos esos otros Yo en el mundo, en los altares, en el ministerio, en las predicaciones, que conmueven, enseñan, atraen y abrasan en el amor a las almas y las hacen arder por medio de mi Corazón, de la Cruz, del Espíritu Santo, para la gloria de mi Padre?

De los mismos medios y elementos que quiero valerme en esta reacción que ya se vislumbra, que Yo espero enternecido y que mi Padre, que ya la ve presente, le sonrío y se complace en ella.

La gran palanca para apresurar esta reacción es, como he dicho, el Espíritu Santo por María. Y María está muy interesada en esta reacción por poder verme

reproducido fiel y constantemente en cada sacerdote transformado en Mí, no tan solo en el Altar, sino en todos sus actos, en la Iglesia y en las almas.

Ya late tiernamente su Corazón de Madre, ya se abre más que en el Calvario para recibir en él y esconder en él a esos sacerdotes, otros Yo, convertidos en Mí, que llevan todos los rasgos de la fisonomía divina de su Hijo adorado.

María anhela verme a Mí en cada sacerdote (como debiera ser) y no tan solo en el acto sublime de la Misa, sino siempre, siempre; y si los sacerdotes la aman, deben darle gusto y reproducir en ellos lo que más ama esa Madre incomparable, a Mí, en todos los actos de mi vida y de su vida.

Voy a revelar un secreto.

Y es que al engendrar el Padre en el seno de María por obra del Espíritu Santo, engendró Conmigo en Ella, el germen de los sacerdotes en el Sacerdote Eterno. El divino Espíritu comunicó a María una fibra divina de la fecundación de los sacerdotes futuros, engendrados en el seno del Padre, de toda la eternidad.

Por eso María es más Madre de los sacerdotes, por estar Conmigo, en su seno inmaculado, aquella fibra sacerdotal unida a mi naturaleza humana divinizada.

Y por eso María tiene mucho de sacerdote; y por eso María busca por justicia a su Jesús en cada sacerdote,

concebido Conmigo en su virginal seno, al encarnar el Verbo en sus entrañas purísimas. Por eso, se les exige a los sacerdotes la pureza, por descender de la Luz del Padre y de María Virgen, Reina de la Iglesia y Madre del Sacerdote eterno, en el Verbo Encarnado, y de los sacerdotes, -germen fecundo de la Iglesia, engendrados por la divina fecundidad de la Trinidad Virgen, en el seno purísimo de una Virgen sin mancha-

Y si los hijos deben parecerse a las madres y gozar de sus prerrogativas, ¿no se comprende que los sacerdotes deben ser como un reflejo de María, deben también ser madres, y llevar en sus almas la encarnación mística del Verbo en su Madre; ¿y por esto, el más estricto y dulce deber de parecerse a Mí, o más bien, de transformarme en Mí?

¡Hasta dónde hemos llegado!, ¡hasta donde nadie se lo figuraba! Qué reales y certísimas consecuencias hemos sacado a la vista y que llevaba yo en el fondo de mi alma para hacerlo patente hoy, en estos tiempos en que más que nunca necesita la Iglesia de sacerdotes, transformados en Mí.

Si no conmueve a mis sacerdotes este secreto de mi alma que he querido que salga a la luz, serán hijos desnaturalizados y contristarán a María semejante ingratitud.

En el calvario proclamé a María Madre universal de todos los hombres; y el privilegio particular del Padre para

con mis sacerdotes, en su asombrosa fecundación divina, data del día en que el Verbo encarnó en María, aunque este designio del Padre en la Trinidad, que tuvo en cuenta eternamente a su Iglesia, no tiene principio.

Fueron concebidos, como lo fue el Verbo en María, la vocación y el ser espiritual y divino de mis sacerdotes, por la fecunda profusión del Padre, por el amor fecundo, por el amor purísimo del Espíritu Santo. Por eso el Verbo en su eterna generación nació por el amor y del amor, y el Verbo tomó en María carne por el amor, y comunicó a mi Humanidad sacratísima un ser o naturaleza humana de amor, un cuerpo de luz, de pureza y de amor, y un alma y un Corazón de amor.

Dios es amor; Yo soy Dios amor y Hombre amor. Y los sacerdotes que se transforman en Mí deben ser lo que Yo soy, luz, pureza, amor; toda caridad para derramarla en el mundo, todos Yo para formar la unidad de mi Iglesia en la Trinidad, y otros Yo para con María, más Madre de ellos que de nadie, formando en Mí un solo Jesús para amarla, glorificarla y complacerla.

¡Cómo los sacerdotes deben pagar a María su ser de hijos que los engendró, a la vez que a Mí me engendró, y que en Mí nacieron y que, en mi Iglesia, -imagen de la maternidad de María- se crearon, crecieron, y se hicieron dignos de sustituirme con ella por su sacerdocio y de representarme en cada acto de su ministerio!

Si tienen corazón y nobleza de sentimientos, si saben

agradecer las fibras maternas, si aman a su Madre María, no pueden obsequiarla con mayor presente que con su transformación en Mí, que les obliga más y más por ese secreto que hoy he puesto en su corazón para que lo sepan y se rindan por amor a mi voluntad”.

LIII

ALMAS

“Y si los sacerdotes se engendraron Conmigo en su vocación sacerdotal en el Padre y nacieron Conmigo de María, deben vivir mi vida y morir como Yo morí, en cualquiera cruz, por las almas; deben en mi unión conquistarlas y comprarles con sus dolores el cielo. Pero si son ellos amor, si son Yo-amor, no les costará esto y se endulzarán no solo sus continuos sacrificios, sino su muerte, gloriosa en cualquier lugar y del modo que a Mí me plazca enviársela, ofrecida al Padre por tan noble fin y consumida por tan digna causa.

¡Oh! Si los sacerdotes fueran otros Yo, quedaría resuelto el problema de tantas cosas que afligen a mi Iglesia, y las almas crecerían en perfección, y Yo tendría más medios para comunicarme en el mundo.

Muchas almas se pierden por culpa de los sacerdotes.

Al crear una vocación sacerdotal, vinculo la perfección y salvación de muchas almas en ella; y si se pierden, será en mucha parte por la inercia del sacerdote. Este agujón, que es una realidad por la causa que lo produce; sería otro de los motivos que debiera activar la

santidad en los sacerdotes: la cuenta que tienen que darme de las almas que les señalé para salvarlas –almas que pongo en su camino y almas que deben buscar-. Para eso tienen gracia de estado; y por inercia, disipación y falta de celo, pecan de omisión y de otras cosas, dejan trancos los designios de Dios en muchas de aquellas almas que deben santificar para que me den eterna gloria en el cielo.

Sólo Yo sé contar las vidas espirituales en las almas que no realizan mis designios por culpa de mis sacerdotes. En el campo espiritual hay mucho de esto. ¡Cuántos sacerdotes por miedo de sacrificarse en muchos sentidos desatienden a las almas y las dejan rondar en un círculo, sin estudiar en ellas los designios de Dios y ayudarlas a cumplirlos!

En el campo espinoso de las direcciones hay mucho sobre el particular, ya por la pereza de los sacerdotes, ya por pusilanimidad y miedo a meterse en honduras que no saben medir ni resolver. Mas para esto tienen los estudios, tienen la oración, me tienen a Mí, tienen al Espíritu Santo siempre dispuesto a ayudarles cuando con humildad lo invocan.

Muy delicado en este punto en el que se registran muchas lagunas en los deberes del sacerdote, creado expresamente a mi imitación para salvar y santificar a las almas. Muchos tienen que resolver en mi presencia de su poca aplicación en este punto cuando no saben ni la santidad ni la calidad de las almas que vinculé a su

vocación para salvarlas y a cuántas puse en su camino para santificarlas.

Ya he dicho, sin embargo, los errores, las imprudencias y peligros que en este campo de las confesiones y direcciones se registran; pero eso no quita que cada sacerdote se esfuerce en arrebatarse las almas al demonio y prudentemente santificarlas.

Un punto es éste que los sacerdotes deben meditar temblando, pero confiados en Mí, y con recta intención y santas miras satisfacer. Deben cumplir divinamente este punto capital de su vocación.

En los sacerdotes religiosos, la obediencia al superior lo llena todo, pero los sacerdotes diocesanos y con deberes de ministerio deben formar su plan y santamente cumplirlo. Ya he dicho que así como un sacerdote ha de encontrar en el cielo almas salvadas que vinculé a su vocación sacerdotal; así, otros verán almas condenadas, o que no llegaron al punto de perfección al que Yo las amé, por su culpa.

Mucho hay que meditar sobre este punto interesante y que atañe muy de cerca al sacerdote. Debe éste examinar, arrepentirse y proponerse un plan para llenar esta obligación que tiene el deber de cumplir.

Pero si es delicada esta carga para los sacerdotes, Yo sé suavizar este deber y endulzar este trabajo con gracias especiales y luces que no le faltarán, si me son

fieles.

Ya se puede ver si en un sacerdote estará permitida la ociosidad cuando tiene que llenar estos deberes ineludibles de su vocación: la salvación de las almas. Ya se puede ver si estará bien en ellos la pereza, la disipación y el regalo cuando las almas peligran y otras se mueren de sed y anhelan quien sacie las necesidades espirituales que padecen. ¡Ya se comprende si un sacerdote puede ocuparse tranquilamente de sí mismo en la inacción, cuando las multitudes lo esperan y las almas llamadas a la perfección lo necesitan!

Un sacerdote, repito, no se pertenece; es mío, y de María, y de las almas, como Yo soy de mi Padre, de María y de las almas.

¡Qué corona le prepara en el cielo la Trinidad misma!

¡La vida pasa, los trabajos tienen fin, y el premio es eterno!

¡Cómo brillará con fulgores de la Trinidad un sacerdote que haya cumplido con perfección su misión en la tierra!

¡Después del de María, no habrá ni existe trono más alto que el de un sacerdote transformado en Mí!

Porque si el sacerdote ha sido otro Yo en la tierra, habrá realizado plenamente la misión que se le confiara. Habrá salvado y perfeccionado centenares de almas, no

habrá dejado trancos los designios de Dios en ellas; unas conoció en la tierra, y otras – a quienes llegaron las irradiaciones de su espiritual fecundación, sacándolas del pecado y atrayéndolas por sus oraciones, virtudes y ocultos sacrificios hacia Mí, para que me glorifiquen eternamente -, hasta allá las verá.

Muy grande, muy intensa y muy viva será la posesión que de Dios goce el sacerdote fiel y transformado en Mí, en la tierra.

Vale la pena llevar mi suave yugo, el dulce peso de las almas y de los deberes sacerdotales en la tierra, por el peso inmenso de gloria infinita que los absorberá eternamente en el cielo”

LIV

EL GRAN MEDIO PARA LA TRANSFORMACIÓN

“**A** las almas sacerdotales son a las que más amo en la tierra por el reflejo que en sí llevan de la fecundación de mi Padre: en Él los amo y por Él los salvo. Esas almas llevan en sí el germen comunicado del cielo para reproducirme a Mí en las almas; y por Mí las virtudes que deben santificarlas y salvarlas de mil peligros que Yo sé.

Pero las almas sacerdotales imprescindiblemente tienen que ser víctimas; tienen que convertirse en don, renunciándose y ofreciéndose puras a mi Padre en mi unión, y entregándose también en donación a las almas, como Yo, dentro de mi Iglesia y doctrina.

Hay almas sacerdotales consagradas con la unción sacerdotal; y también en el mundo hay almas sacerdotales que, aunque sin la dignidad o consagración del sacerdote, tienen una misión sacerdotal, porque se ofrecen en mi unión al Padre para la inmolación que a Él le plazca. Estas almas ayudan poderosamente a la Iglesia en el campo espiritual y tendrán en el cielo un especial premio. Pero también para estas almas es indispensable su

transformación en Mí.

Y ¿cómo se opera más perfectamente la transformación? Por la encarnación mística, la cual todo sacerdote debe llevar de una manera muy honda, muy íntima y muy familiar, aunque respetuosa, puesto que en el Altar la opera diariamente en el sacrificio de la Misa.

Aquí encarna al Verbo –por decirlo así-, en cada hostia consagrada que transforma, por la transustanciación, en Jesús; pero como entonces, él es Jesús, queda en su alma la estela de esa encarnación que el sacerdote debiera guardar en su corazón con todo el ahínco del amor, con toda la fuerza de su fervor, con toda la avidez de sus deseos, con toda la ternura humilde de su maternal cariño.

En cierto sentido, el sacerdote encarna a Jesús en la hostia; más como el sacerdote se vuelve Jesús, al ofrecer la hostia al Padre, transformado en Jesús, también es hostia, también es víctima, también se ofrece. Y cuando pasa el sacrificio, queda Jesús encarnado místicamente, Jesús haciéndose al sacerdote Jesús, por la unión transformante que es la encarnación mística en mayor o menos escala.

Sólo que el sacerdote no se da cuenta, no se hace el cargo; pero ninguna alma como la del sacerdote tiene la propiedad –por la gracia de estado, o sea por la unción recibida del cielo en su ordenación-, de encarnar místicamente al Verbo en su alma para su perfecta

transformación; y la transformación atrae la encarnación mística en más o menos grados.

Este es el más poderoso y santísimo medio en el sacerdote para su transformación en Mí; porque al poseer el Verbo al alma, el alma se pierde en el Verbo como una gota de agua se pierde en el mar, como el sol absorbe la luz: la inmensidad del mar absorbe a la gota y el sol divino, al punto de luz. La divinidad del verbo absorbe lo divino que tiene el alma, y la endiosa, y la transforma, y la convierte en Él, y la pierde en Él.

El reflejo de este misterio de la Encarnación lo recibe diariamente en la Misa el sacerdote; lo que sucede es que lo deja pasar, lo enturbia, lo opaca con las cosas exteriores y puede extinguirlo con el pecado. Pero el alma del sacerdote que abraza y cultiva con su correspondencia a la gracia este don de Dios, es el más dispuesto a recibir y ensanchar la gracia sin precio de la encarnación mística en el alma, que es gracia sacerdotal en todas sus partes, gracia por excelencia de donación mutua, gracia insigne transformante y unitiva que atrae a la Trinidad; porque el Verbo no puede apartarse en su divinidad ni del Padre ni del Espíritu Santo, una sola esencia con Él.

Y así el alma que llega a la transformación –y más por el rápido camino de la encarnación mística- llega naturalmente a la unidad en la Trinidad, que es la que pido, la que anhelo, la que ofrezco hoy a todos mis sacerdotes.

Ya he puesto a su vista el camino más corto para la transformación en Mí: el de la encarnación mística.

Las almas de los sacerdotes son las más apropiadas y a propósito para recibir esta gracia en toda su plenitud. Pero claro está que necesitan retener ese reflejo que en las misas reciben; y con el concurso de sus virtudes, y con el esfuerzo de su santidad, preparar el terreno para recibir esa incomparable gracia en toda su perfección.

Pero, ¿sin la encarnación mística no pueden llegar los sacerdotes a la transformación en Mí que pido de ellos?

Si pueden, en cierto sentido; pero la manera más rápida de su transformación es la gracia de la encarnación mística, por esa gracia fecunda, operativa y transformante, cuyo don viene directamente del Espíritu Santo.

María goza cuando comunica a su Verbo hecho carne; y si al concebir a Jesús en su casto seno, recibió en Jesús el germen sacerdotal, los sacerdotes son para Ella otros Jesús, y más que nadie quiere transformarlos místicamente en Jesús.

Pero esto no se piensa, ni se intenta, ni se desea, ni se pide, ni los sacerdotes procuran hacerse dignos de recibir esa gracia.

Que conozcan estas inefables verdades, estos santísimos medios para que, meditándolos, pidiéndolos y abriendo humildemente sus almas puras y víctimas al don de Dios, reciban con más efusión esta gracia en su

plenitud y no solo en su reflejo.

¡Oh! ¡Y cuánto ama mi Corazón a las almas de mis sacerdotes y cómo ansío reflejar en ellas mis misterios! Siendo otros Yo se aclararán para ellos estos misterios; y las virtudes teologales, perfeccionadas, los llevarán a distancias infinitas, e iluminarán con luz increada los abismos de su inteligencia creada, y los llenarán de Dios.

Y si el ser de Dios es darse y comunicarse y difundir sus tesoros y sus esplendentes gracias, ¿a quién más que a mis sacerdotes escogería Yo para transformarlos en Mí, para difundirme por ellos en las almas?

Que las almas oren y se sacrifiquen más para que llegue esa hora feliz para Mí en la que me recree en una pléyade de sacerdotes santos que presenten a mi Padre el ideal de lo que más ama.

Sin duda que hay sacerdotes santos, pero a Mí me sobra Dios, por decirlo así; y quiero endiosarlos; y no quiero miles, sino que los quiero a todos, otros Yo, transformados en Mí-uno, para perderlos en la unidad de la Trinidad.

LV

UNIFICACIÓN

“Cierto que soy Dios, pero también soy hombre, y quise cargar las miserias del hombre, llorar como el hombre, y estremecerme con las mismas penas y gozos del hombre. Así es que aunque esté en el cielo, sé agradecer, se sentir y conmoverme; porque la sensibilidad del hombre, afinada y divinizada, la llevo Yo en mi alma, en mi Corazón, en todo mi ser.

Al tomar la naturaleza humana, tomé el amor al hombre, por llevar la sangre del hombre, la fraternidad con el hombre; y unidas las dos naturalezas, la divina y la humana, diviniqué –con el contacto del Verbo- al hombre, elevándolo de lo terreno para que aspirara al cielo. Pero entre todos los hombres distinguí a los que debían ser míos, otros Yo, que continuarían la misión que me trajo a la tierra, y que fue llevar a mi Padre lo que de Él salió, almas que lo glorificaran eternamente.

Los sacerdotes, por su origen divino en el seno del Padre y por su fraternidad Conmigo en el seno de María, son mis consentidos en la tierra y aun en el cielo. A ellos busca mi Padre en Mí, y a Mí, en ellos; y si ama tanto a la Iglesia, es por su Verbo; y si envió a ella al Espíritu Santo es para que fuera su alma y su vida, es por su

Verbo; y si distingue entre todos los mortales a sus sacerdotes, es por su Verbo; porque no ve en ellos a muchos sacerdotes, sino a un solo Sacerdote, a otro Yo, unificado –con ellos en Mí- en la Trinidad.

Y para ver en todos a un solo sacerdote en Mí, claro está que la semejanza y la identificación de ellos en Mí deben ser perfecta. Y ¿Cómo? Por medio de su transformación en Mí, por el parecido interior con mi Madre de quien son hijos, más que todos los hijos.

¡Qué grande es el sacerdote!, ¡qué prerrogativas tan singulares sólo concedidas a él por el origen divino de su vocación, por el germen divino sacerdotal que, con el Verbo y por el Verbo, Dios puso en el seno de María Inmaculada; germen bendito y sacerdotal en Mí, el sacerdote único, eterno y por excelencia, de donde se derivan todos los sacerdotes, que tienen –por su transformación en Mí- que ser unos Conmigo, en la perfecta unidad de la Trinidad.

Este fue el ideal de mi Padre al darles tan elevado origen, ése fue el plan preconcebido eternamente por Él de la fecundación de la Iglesia: multiplicar a su Verbo único en los sacerdotes, sin que saliera de su unidad con el Padre y el Espíritu Santo, haciendo a todos los sacerdotes uno con Él.

Cómo en la Eucaristía, que en cada hostia, en cada partícula estoy yo; así –en cierto sentido- en cada sacerdote estoy Yo y en miles de sacerdotes. Ellos serán

como distintas especies, como las hostias; pero en todas y en cada una solo habrá una sola sustancia, el Verbo, hecho hombre en ellos.

El sacerdote debe ser una hostia viviente que me contenga; o más bien, una hostia Yo, transformado en Mí, y todos los sacerdotes del mundo han de formar un solo Jesús; que en realidad de verdad, Él es el Dueño, el Legislador, la Cabeza de ese Cuerpo místico, que es la Iglesia, y quien le da la vida, y la conserva por el Espíritu Santo para la gloria del Padre.

Esa unidad falta; falta ese pensamiento de la unidad en Mí y de todos en la Trinidad. Hay muchos miembros de ese Cuerpo místico dislocados, torcidos, desunidos, que hay que volver a su Centro Yo, transformados en santos con el Santo de los santos.

Y cómo Yo, el Verbo no soy solo, sino una sola Divinidad con el Padre y con el Padre y con el Espíritu Santo, al transformarse el sacerdote en Mí, en más o menos grados, Conmigo se transforma en la Trinidad, es decir en la fecundación comunicada del Padre, en los sentimientos del Hijo y en la caridad del Espíritu Santo. Al sacerdote entonces, por virtud de su transformación en Mí, lo envolverá, lo penetrará el reflejo de la Trinidad y se endiosará; porque el reflejo de Dios es Dios mismo.

Y aquí hemos llegado al punto final de la transformación en Mí, a lo más elevado de ella, a la perfecta unidad en la Trinidad. Aquí está también el

secreto de la atracción del sacerdote respecto de las almas, de la fecundidad de su apostolado, de la comunicación de pureza, de unión, de luz, de virtudes, de lo divino; porque no es el sacerdote el que vive, sino Yo en él con todas mis virtudes, carismas y dones, y aun con la comunicación de los esplendores eternos de la Trinidad.

Hasta este punto final de la fusión de las almas sacerdotales con Dios y en Dios, quiero que lleguen mis sacerdotes. Este es el punto final de la más elevada unión y del ideal bellísimo de mi Padre al engendrar a la Iglesia eternamente, en su entendimiento, con todos los miembros que la formarían, hasta endiosarlos por medio de su transformación en Mí, Dios hombre. Éste fue también el hermoso ideal del Padre al engendrar en María al Verbo, por medio del Espíritu Santo, éste fue su fin: no hacer muchos dioses, sino un solo Dios de todos los sacerdotes en Él, por su unidad perfecta en la Trinidad.

¿Se ve ahora claro por qué tiendo en estas confidencias a esa unidad eterna?, ¿por qué quiero a mis sacerdotes unos Conmigo y tan hechos Yo en Mí, que nos perdamos todos en la Trinidad, volviendo al seno santísimo y divino del Padre, en donde fuimos –ellos y Yo, con la Iglesia – eternamente engendrados?

¿No es de justicia que Yo anhele y pida en estos últimos tiempos del mundo la reacción por fin de mis sacerdotes en Mí, por puro amor y con el objeto de volver

al Padre lo del Padre, lo suyo, a su Jesús ya no solo, sino a todos los sacerdotes en Él, formando un Salvador único –los sacerdotes en Mí-, con todos los sacerdotes transformados?”.

LVI

EL ESPÍRITU SANTO

“**Y** es un hecho que hasta allá puede llegar un sacerdote transformado en Mí, hasta ese grado de elevación, hasta fundirse en la Trinidad, pasando por Mí, Jesucristo, Dios y hombre; porque nadie sube al Padre ni lo conoce, si Yo no se lo doy a conocer.

Al transformarse el sacerdote en Mí, no solamente se transforma en el Jesús hombre; sino que –como Yo soy Dios hombre y el hombre en Mí no puede separarse de lo divino-, se transforma también en el Jesús divino; porque aunque en Mí hay dos naturalezas, sólo hay una persona divina que envuelve a esas dos naturalezas, que las penetra, que hace de Mí un Ser divino y humano.

Y las obras que como hombre hice en la tierra, si tuviera virtud, fue por lo divino que hay en Mí; porque Yo no podía obrar solo como cualquier hombre, sino como Dios hombre, sino como hombre Dios, que al tomar la naturaleza humana, sin dejar la divina, quise endiosarla, atraerla, purificarla y, por lo divino que hay en Mí, salvar al mundo.

El sacerdote por sus virtudes, por su fraternidad divina Conmigo, debe transformarse en Mí, imitándome como hombre (lo que con mi cooperación alcanzará); y entonces

no solo alcanzará a convertirse en Mí, hombre, sino en Mí, Dios hombre, participando más que nadie de lo divino que hay en Mí; y por esto, sólo por esto, agradecerá a mi Padre, glorificará a mi Padre, por lo divino que ha recibido de Mí (recibiéndolo Yo antes de mi Padre).

Y sólo así será perfecto y digno sacerdote acreedor a la herencia del Padre y a sus ternuras, por ser uno con su Hijo y por la Divinidad comunicada –en el sentido que he explicado- uno con Dios trino y uno, perdido, por una especie de mística transustanciación en Mí, en el océano infinito de la Divinidad.

Si el sacerdote alcanza fruto en las almas no es por él, por sus dotes naturales, sino por lo divino y sobrenatural que hay en él de Mí; tanto más moverá y tantas más almas salvar y perfeccionará, cuánto más perfecta y elevada sea su transformación en Mí, Dios hombre.

De hombre no debe tener el sacerdote más que la figura; un cuerpo perfecto y santo, como Yo; figura perfecta que salió de las manos de Dios al crearlo; pero en él debe desaparecer lo natural, la parte animal, sustituyéndola - ¿quién lo creyera?- el Espíritu Santo. Este debe ser su espíritu como fue el mío, este su movimiento interior y divino, éste su ser de sacerdote santo en el Espíritu Santo. Porque solo por el Espíritu Santo recibe el hombre lo divino; Él es el canal de mi Padre para derramar la vida de la gracia, esa vida inmortal (aparte de la natural), la que salva, la que vale, la vida verdadera, la que santifica, ¡la divina!

Solo el Espíritu Santo hace santos a los sacerdotes; solo ese divino Espíritu los eleva de lo terreno a lo divino, solo Él es capaz, con su Sopro, de impulsar a las almas sacerdotales a lo heroico, a lo sublime de su vocación. Él es el eterno lazo, deleitable y candidísimo, que une eternamente a la Trinidad, y el lazo también, la cadena dulce y amorosa que debe unir suavemente, como todo lo de Él, a los sacerdotes en Mí, para llenar ese infinito deseo de mi Padre, la unidad en la Trinidad, por el Espíritu Santo y por Mí.

No hay otro elemento mayor para alcanzar la unidad en los Obispos y sacerdotes entre sí, como el que forma parte de la unidad divina, el Espíritu Santo. Él es la Unidad misma que forma el amor, y el que produce la caridad, y que fusiona las almas en Dios. Él es quien por el amor comunicable, hace arder, y el que consume en el volcán de la infinita caridad todos los desperfectos y miserias humanas del sacerdote. Él es el gran fuego devorador que purifica en el crisol del amor todas las imperfecciones. Él es luz sobrenatural y esplendente que alumbró el interior de los corazones, luz de justicia y de caridad que hace cambiar el rumbo desordenado de prejuicios y nocivas interpretaciones. Él es pureza que ahuyenta con su contacto toda malicia, y la paz por excelencia que tranquiliza las conciencias turbadas por las pasiones.

¡Oh! ¡Cuánto ansío el reinado perfecto del Espíritu Santo en el Corazón de los míos!, ¡ese reinado interior en el alma de mis sacerdotes en donde tenga Él su asiento y

su nido! Y si son otros Yo, deben mis sacerdotes tener el mismo Espíritu que Yo, el Espíritu Santo.

Mis sacerdotes más que nadie (y con razón, si los poseyó en la tierra el Espíritu de Luz) conocerán mis perfecciones infinitas; más que nadie se abismarán en las internas regiones de la Trinidad; más que nadie conocerán al Verbo y con el Padre en sus arcanos infinitos; más que a nadie le descorrerán los velos de los misterios; serán acreedores a más y más conocimientos y luces y ensanchamientos divinos; se sumergirán más que nadie en el profundo océano de mis atributos, en goces sempiternos más finos y delicados.

Pero el fondo sin fondo de los abismos y hermosuras inenarrables de Dios solo lo conoce Dios, solo puede soportarlo Dios con la infinita potencia de su Poder, sólo Él sostiene lo íntimo e infinito de Él; y esas bellezas indescriptibles y esos arcanos insondables para una potencia que no sea infinita, y toda la dulzura de los deleites de la Trinidad, que no existen palabras en el mundo que las describan, eso solo Dios lo puede resistir, solo su Potencia divina tolerar.

Mil soles serían oscuridad ante su luz, mil cielos serán sombra en comparación de esas inefables suavidades y deleites de la Divinidad en Sí misma, en el fondo sin fondo de la inmensidad de su Ser, Sólo Dios resiste a Dios. Y tan grande es el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo; y tan infinito y tan divino y tan Dios es el uno como el otro. Sólo sus irradiaciones forman la bienaventuranza eterna;

solo una gota de su dulzura derretiría miles de mundos y corazones; solo un rayito de su fuego incendiaría la creación eterna.

Dios, con todo su poder infinito, sólo Él puede contener los torrentes de Dios que quieren y tienden a desbordarse; y los detiene, porque arrollarían mundos y corazones y cuánto existe. Regula en su Sabiduría infinita lo que ha de dar y lo que el cielo junto y cada alma pueden soportar.

Por eso ni los sacerdotes creados ni ningún ángel ni alma ni cosa creada podría penetrar sin liquidarse en el Santuario íntimo de la Trinidad, en las regiones internas; y solo las tres divinas Personas increadas pueden resistir las hermosuras, las suavidades y dulzuras y emanaciones purísimas y santísimas de la Trinidad en Sí misma.

Porque, todos estos abismos, estos Soles de luz, estos torrentes y mares sin fondo de amor, de gracia, de substancia de Dios, de Dios mismo –que refleja en Sí todos sus atributos y bellezas y hermosuras y encantos...- todo esto no sale de Dios; se multiplica dentro de Sí mismo, en su unidad, en un solo punto de unidad, en un solo punto de esa unidad inmensa, infinita, eterna, que produce y reproduce sus primores, sus divinas bellezas, sin salir de la unidad.

Figurémonos una hermosa fuente con juegos de agua encantadores, que después de deleitar, vuelven a formar la misma agua de la fuente sin salir de ella. Así es Dios; ese flujo y reflujo de perfecciones van de una Persona divina a

la otra sin salir de una sola sustancia, y las embelesan, y las recrean, y las hacen felices, volviendo aquella multiplicidad de hermosuras ahí de donde salieron.

¡Qué grande es Dios...!

Pero no porque es tan grande Dios, quiero que las almas se retraigan. Porque ¿no soy también hombre?, ¿no expliqué ya que siento como hombre, que cargué las miserias del hombre, que me hice Niño por el hombre y que morí por el hombre; que ocultó mi Divinidad para que me toque el hombre y me mire en algo material, como en la Eucaristía; que me gozo en morar con el hombre hasta el fin de los siglos?

Que no me tengan vergüenza, sino amor; de eso tengo sed, de amor humano.

Sin duda que me basta el amor divino; y no solo me basta, sino que soy el mismo Amor, con el Padre y con el Espíritu Santo. Pero me hice hombre por hacer feliz al hombre, por llevarlo a Dios, a la Divinidad; pero como hombre, quiero amor de hombre, caricias humanas, ternuras humanas...”

LVII

RESPECTO A LOS SACERDOTES

“**H**asta para el respeto que deben tener los fieles al sacerdote es conveniente su transformación en Mí. El sacerdote por su dignidad se eleva sobre el común de las demás gentes, y es una insensatez, una desgracia lamentable y hasta puede ser pecaminosa, que arrastre esa dignidad por los suelos y que se aseglare. Aunque joven, debe portarse el sacerdote como quien es, y no ha de rebajar su vocación ni degenerar la dignidad que el Espíritu Santo le confirió.

Nunca orgulloso, pero si digno, puesto que me representa; siempre afable y humilde, pero conservando una prudente distancia, sobre todo con personas de otros sexos. Nada de familiaridades que repugnan a su condición de sacerdote.

Puro, recto, inflexible en lo que no debe ser; y suave y armonizador y conciliador en los casos en que mi doctrina y mi moral no sufran menoscabo. El tino que el sacerdote debe tener en el trato y en los negocios debe pedírselo al Espíritu Santo. Él es el gran Regulador y amable Conciliador que une y santifica.

El sacerdote debe esparcir a su alrededor la unción de que debe estar lleno, y entonces la malicia de los mundanos y las ocasiones peligrosas se estrellarán, y los nubarrones y tentaciones de Satanás se desharán al tocarlo. Un sacerdote transformado en Mí será impenetrable a los dardos del enemigo; lo acometerá de mil modos, lo tentará en mil formas, pero como Yo, vencerá las tentaciones y el demonio quedará corrido y avergonzado.

Bastaría la virtud y la unción del Espíritu Santo que el sacerdote recibe en su ordenación para ser invulnerable; porque esa unción especial lo blindo como con una coraza para que el mal no lo penetre. Pero el mundo y la carne, esos enemigos consentidos por Él, rompen ese impermeable divino, y por ahí se cuele Satanás –que siempre acecha al sacerdote- y lo penetra, y lo avasalla, y lo hace suyo, y aleja a su antagonista que es el Espíritu Santo. Los más opuestos polos, los más grandes enemigos son el Espíritu Santo y el Espíritu diabólico que luchan constantemente en las almas, especialmente en la de los sacerdotes. El bien y el mal continuamente luchan en el corazón del sacerdote, pero este tiene mayores medios, más poderosas armas para triunfar.

Por eso en sus caídas los sacerdotes son más culpables, porque si bien son hombres, también han recibido insignes gracias y están en contacto continuo con la Trinidad. Y ¡qué triste es que por los escándalos culpables los sacerdotes desciendan, a las miradas de

los fieles, del pedestal en donde la Iglesia los tiene! Deben reflexionar que, si ellos no son lo que deben ser, los fieles juzgan no a los individuos solamente, sino a mi Iglesia, digna de todo respeto y honor.

Pero todo eso se acabaría, si los sacerdotes se transformarán en Mí; entonces se tendría a mi Iglesia en la altura en que debe estar y su atracción sería más poderosa y la acción del sacerdote en la sociedad y en las almas mucho más fecunda, y brillaría el sol de mi Iglesia sin manchas ni desperfectos, y honraría siempre a la Trinidad.

En este punto del respeto a mis sacerdotes no se piensa mucho, y se desprecia a mi Iglesia y hasta se burlan de Ella los malos, por la culpa de los sacerdotes que con su conducta ligera e indigna le denigran los primeros.

También se predica poco la dignidad y origen divino de mi Iglesia, y muchos ignoran lo que vale, lo que es y los tesoros inmortales que contiene. ¡Cuántos la ven como unas sociedades cualesquiera sin escuchar sus enseñanzas ni apreciar los misterios y sublimidades de que está llena!

Es mi voluntad que se prediquen sus excelsitudes y que se den a conocer más y más sus grandezas.

Pero que los sacerdotes correspondan con su conducta exterior al rango sagrado a que pertenecen. Si

Yo soy digno de honor y de respeto, mis sacerdotes lo son también, porque me representan y deben honrar a la Iglesia por su santidad y transformación en Mí. Encargo mucho a quien corresponda este punto muy poco estimado por los fieles, sí, pero con mucha culpa de mis sacerdotes, el de la falta de respeto a ellos, y en ellos a mi Iglesia y a Mí.

Deben darle lustre al nombre que llevan, a la más que nobleza que representarme a Mí en la tierra. Y si lastima hondamente a mi Corazón cualquier desprecio o injuria a mis sacerdotes –más que si fuera a Mi mismo-, mucho más me duele que den ocasión a mis sacerdotes a murmuraciones y a juicios merecidos por su innoble conducta y por su más que roce con los mundanos, impropio de su dignidad.

Este defecto que parece de poca monta no lo es, por razón de que baja el nivel moral, espiritual y respetuoso en los fieles, y aumenta la indiferencia, cuando menos, a los sacerdotes que a mi Iglesia representan.

Lejos de Mí –toda caridad- el que sean altaneros y soberbios mis sacerdotes; pero tampoco quiero que denigren su dignidad, que la rebajen de mil maneras que ellos saben y que repugnan con el origen divino y santo de su vocación. Un exterior de paz, de dulzura, de caridad que deben presentar mis sacerdotes, a la vez que deben guardar cierta distancia, sobre todo, repito, con personas de otro sexo. Nada de familiaridades que desvirtúen el carácter serio del sacerdote; nada de nivelarse con la

vulgaridad de las personas mundanas; sino que, conservada la distancia que debe mediar, sean, a la vez que amables, discretos; a la vez que atractivos por virtud, serios; a la vez que bondadosos, dignos; sin faltar a la pulcritud cristiana, caridad y cordialidad.

Que en sus conversaciones siempre mezclen a Dios; que en sus juicios y apreciaciones se trasluzca la caridad de Cristo; que la igualdad de carácter distinga, sin preferencias por los ricos; que sacrificios y abnegaciones sean de igual interés para todos.

Que vean almas y no nacionalidades ni categorías; que tengan un solo corazón, el mío, para enjugar todas las lágrimas, consolar todas las penas, y sobre todo que sean otros Yo; y con esto sólo todo lo tendrán para su santificación propia y para llenar su misión divina en las almas que les he confiado; y que unidos e identificados Conmigo, ellos y las almas, alcancen el fin e ideal de mi Padre amado; la perfecta unión por medio del Espíritu Santo en la unidad de la Trinidad”.

LVIII

ENCARNACIÓN MÍSTICA

“Voy a hablar ahora de ese amor divino de paternidad que me enajena, que me subyuga, que me hace estremecer aun en mi ser de Hombre-Dios y que hace la eterna felicidad del Verbo: ¡el amor de mi Padre!

Esa fibra de ese amor, ese reflejo del amor del Padre al Verbo, ese germen santo de su fecundidad que ha puesto en el alma de las encarnaciones místicas, me atrae, me enamora, y en la tierra causa mis más especiales delicias.

Claro está que como Dios nado en el mar sin fondo del amor incomprensible del Espíritu Santo, y que soy feliz, infinitamente feliz en ese amor que une y que contiene todas las delicias de la Trinidad. Claro está también que no necesito, como Verbo, más amor, que el amor eterno, que el amor increado, que el infinito seno de mi Padre en donde todas las venturas existen.

Pero no solo soy Dios, la segunda Persona de la Trinidad, sino que soy Hombre-Dios; y como Hombre quiero y necesito caricias humanas, ternuras humanas, aunque divinizadas; y ninguna más sobrenaturales que

las de las almas que reciben la insigne gracia de la encarnación mística; ningunas más puras y legítimas y santas que las nacidas en el reflejo de la fecundidad del Padre, que comunican al alma el matiz y colorido, y algo, en cierto sentido, del amor mismo del Padre.

Sólo por esto me complace ese amor, aun en María, por lo que lleva de mi Padre, por lo divino de que ese santo amor está impregnado, por lo tierno, por lo puro, por lo santo, aunque nacido en el corazón humano y con todo el reflejo humano.

Yo soy amor, y sin embargo, busco amor. Yo no puedo producir más que amor, y toda mi vida en la tierra no fue más que un acto de amor continuado, de amor en diversas formas.

Y todavía en el esplendor de la gloria me gozo en mi naturaleza humana, en mí ser de Hombre-Dios, complaciéndome como Hombre en el amor y en las delicadezas del hombre.

Toda la Trinidad en sus relaciones personales y en su acción creadora y efusiva en todas las cosas, no pueden ser sino amor, amor uno en donde se encierran las causas y las cosas. Y el Padre es amor, y Yo soy amor, y el Espíritu Santo es amor, y en mi humanidad sacratísima soy amor. Y el desequilibrio del hombre solo consiste en apartarse de esa unidad de amor.

Y por eso puse en el mundo a mi Iglesia, todo amor,

para que abarque a todas las almas del mundo en su seno amoroso, con el concurso de los sacerdotes que forman y que deben ser todo amor.

Pero no quiero apartarme del punto con que comencé, del amor que se deriva de las encarnaciones místicas que mis Obispos y sacerdotes deben tener en más o menos grados.

Cierto que con mis sacerdotes tengo una fraternidad especial por ese vínculo en María y por tener un mismo Padre que está en los cielos; pero en razón del sacerdocio conferido y afirmado por el Espíritu Santo, reciben el poder como de concebir, en cierto sentido, al Verbo hecho carne, en la Misa, en donde se renueva mi Encarnación, mi Pasión y muerte. Por esto mismo y por la gracia insigne que reciben (en este mismo misterio del Altar) de la fecundación del Padre, tienen –en cierto sentido también- el derecho como de maternidad con Jesús, porque lo hacen presente en el Altar, no solo místico, sino real y verdadero en cada Misa, en cada hostia consagrada, por las palabras creadoras y operadoras de la consagración, que traen consigo la fecundidad del Padre, por la que se efectúa el milagro palpitante y real de la transubstanciación.

Cada Obispo, cada sacerdote participa en cierto grado y sentido de la maternidad de María, de la maternidad de María, de la paternidad del Padre, del asombroso prodigio obrado por el amor, solo por el amor, del Espíritu Santo, concurso indispensable para este fin.

Así es que todo sacerdote que reproduce a Cristo lleva el reflejo de María más marcado que nadie; y por tanto, debe ser como un trasunto de María, la criatura de la tierra más transformada, puede recibir ampliamente la encarnación mística en su Corazón; y el sacerdote está obligado, por esta circunstancia más, a transformarse en Mí, si tiene que ser María, si quiere acariciarme con la ternura y el amor y pasión divina y humana de María.

Y en esto no piensan mis sacerdotes; es un secreto más para obligarlos a su transformación en Mí y a que busquen con ardor la perfección por su unión con María, por la unión inefable y pura e indisoluble con el Verbo, por su amor inmenso al Padre, ofreciéndose y ofreciéndome en sus manos puras, como María en la Presentación, como María en el Calvario, como María en todos los pasos de mi vida, especialmente en éstos que he señalado por ser pasos o elevaciones sacerdotales.

¡Oh, si mis Obispos y mis sacerdotes reflexionaran en estas verdades que los envuelven, en estos esplendores que los alumbran y en estos misterios que los penetran, cómo ensancharían sus almas y recibirían humillados y agradecidos el don de Dios!

Cierto que el germen de esta gracia insigne la tienen todos los sacerdotes, la llevan en su sangre, por decirlo así, al recibir la ordenación, el Soplo fecundo del Espíritu Santo; porque ese Soplo siempre produce o comunica al Verbo, única cosa que Dios puede producir, y en el Verbo a todas las cosas. Pero este germen se desarrollará más

y más por las gracias especiales y gratuitas del Espíritu Santo. Llevan los sacerdotes el germen; pero el desarrollo de esta gracia solo efectúa el Espíritu Santo, y exige del alma ciertas condiciones, y extiende su realización, plena y su eficacia como don regalado al alma escogida a quien place darlo.

Pero a pesar de esto, todos los sacerdotes tienen obligación de cooperar al desarrollo del germen de esta gracia en sus almas para su propia santificación y bien de otras muchas almas.

Que mis sacerdotes se empapen de estas verdades íntimas, que las mediten despacio en el interior de sus corazones para agradecerlas primero, y después para utilizarlas; y que dilaten sus almas para su transformación en Mí, para complacencia del Padre y para gloria de la Trinidad”.

LIX

QUIERE JESÚS UNA REACCIÓN EN LOS SACERDOTES ACTUALES

“**Q**uiero una reacción poderosa en los sacerdotes actuales, y para esta reacción le he ofrecido en estas Confidencias, poderosos medios para su perfecta transformación en Mí. Les ha dado mi bondad un impulso santo, he iluminado su camino y enardecido sus corazones haciéndoles patente mi infinito amor y predilecciones sin nombre.

Y aun para darme futuros sacerdotes santos según el ideal que persigo, los sacerdotes presentes deben formar ese ideal en sí mismos; deben perfeccionarse más y más en su transformación en Mí, ahondar los puntos de intimidad Conmigo, de recogimiento y oración, de pureza de alma y de mortificación, de hijos perfectos de María, ser otros Jesús en la tierra, formar en la unidad un solo Jesús Salvador Conmigo.

Así, Yo en ellos y ellos en Mí, glorificamos al Padre en una sola alabanza, y con las almas formaremos una sola unidad perfecta en la Iglesia que debe honrar a la Trinidad.

Ya toda la Trinidad se goza viendo presente esa unidad, esa transformación de todos los sacerdotes en el Sacerdote por excelencia, único digno de ofrecerse al Padre, de glorificar al Padre; pero todos los sacerdotes en Él deben formar ese UNO con Él que es el fin del cristianismo, del Evangelio, de la misión divina que me trajo al mundo: unificar todas las cosas en el UNO en esencia; traer lo divino de las almas a lo divino; volver a Dios lo que es de Dios; todo lo demás es secundario, es medio para llegar a este fin.

Todas las almas deben formar esa comunidad; pero, ¡Cuánto más los sacerdotes, unos Conmigo y destinados a formar un solo Cuerpo en Cristo, una sola alma en el Espíritu Santo!

Nadie se puede dar cuenta de las fibras que toquen estas Confidencias amorosas de Jesús; nadie puede medir el bien que harán; porque no son palabras que pasan, sino palabras con virtud, operativas en los corazones, palabras que penetran, convierten y transforman; porque no son humanas, sino nacidas del amor y brotadas del infinito amor.

...Resonarán estas palabras en muchas almas de sacerdotes que, activarán su perfección y transformación en Mí y me darán gloria.

...Que oren por los sacerdotes, que se sacrifiquen por ellos en mi unión; y por este medio, con María, se apresurará la realización de mis deseos en mis sacerdotes

y en mi Iglesia.

El mundo se hunde, porque faltan sacerdotes santos que lo detengan; las almas se pierden por falta de sacerdotes transformados en Mí que les salven; la Iglesia necesita de este impulso regenerador y espiritualizador que la sostenga, porque la ola furibunda de la sensualidad y malas doctrinas pugna por materializar a las almas y arrancarlas de su seno.

Llora la Iglesia la pérdida de muchos de sus hijos arrastrados por la corriente impetuosa del infierno; y solo los sacerdotes santos, los sacerdotes Yo, los sacerdotes Jesús, unos Conmigo, podrán hacer frente a ese mundo de vicios y desenfrenadas pasiones que apartan los rebaños de la Iglesia y de sus Pastores.

Yo he prometido ayudar a esta reacción y volver al mundo en mis sacerdotes, para luchar cuerpo a cuerpo con el infierno y volver a triunfar con la Cruz, con mi Corazón, con el Espíritu Santo y con María.

Pero necesito obreros santos, transformados en Mí, instrumentos dóciles en mis manos, corazones dispuestos a mi Voluntad, almas de fuego que, sin respetos humanos y con el Evangelio y el amor en el pecho, levanten muy en alto mi estandarte, que es el de la Cruz salvadora, y restauren todo, y alcancen a unir los corazones en la unidad de la Trinidad”.

LX

LA PALABRA ETERNA

“Yo soy Palabra y la palabra se comunica. Soy Palabra eterna, Palabra de Sabiduría que tiene virtud de penetrar y de obrar en las almas, por lo divino que lleva consigo, porque es la misma Divinidad con el Padre y con el Espíritu Santo

El Verbo es Palabra, porque es la voz de Dios, la voz del Padre, creadora y santificadora por el Espíritu Santo, quien la comunicó a los Apóstoles en Pentecostés.

Palabra que unifica, Palabra única, aunque con derivaciones y ecos íntimos infinitos eterna Voluntad, por donde se comunica a la Iglesia y a las almas.

Soy la Palabra eterna, la Palabra fecunda del Padre, su “fiat” sin principio, su eterna Voluntad, por donde se comunica a la Iglesia y a las almas.

Esta Palabra es Dios, es el Verbo por el cual se sube al Padre y se le conoce; porque nadie conoce al Padre, si no es por su Verbo y en su Verbo.

Soy Palabra sapientísima, fecundísima, y toda la sabiduría y la ciencia de la tierra tiene su principio en esta Palabra única en su esencia y fecundísima en la

inmutabilidad de su ser. Y esta Palabra es la que habla sin sonidos; e ilumina, porque es Luz; y obra, porque es eficaz; y santifica y penetra, porque es divina.

Esta Palabra es penetrante y aguda como espada de dos filos que corta las tentaciones; es sublime por la naturaleza de su principio; es santa, porque viene de Dios; y es operativa, porque palpita y reside en el Corazón de Dios.

Por eso no quedará estéril esta Palabra para las almas sacerdotales. Todo lo que procede de Dios no es muerte, sino vida; no es estéril, sino fecundo. No es pasible esta Palabra, sino activa en su desarrollo, que despierta corazones y quebranta rebeldías, y arrolla tentaciones, y vigoriza y fortalece con su energía.

La palabra del hombre pasa y muere; la Palabra de Dios opera, y vive, y vuelve de donde salió llena de triunfos, porque es Palabra salvadora, Palabra de luz, de fuego, Palabra única, en donde se encierran creaciones y cuanto existe y existirá, porque esa Palabra es Dios.

También esa Palabra, que es el Verbo, es amor y no puede ser otra cosa, ni encerrar otra cosa, ni producir otra cosa, porque su sustancia es amor.

Con la profundidad de esa palabra escribirían miles y miles de libros que sólo tendrían una nota, un sonido, un sentido, ¡AMOR!

Amor dice siempre esa Palabra, Yo, en la

multiplicidad de sus derivaciones; porque Yo soy amor, con el Padre y con el Espíritu Santo; y no puedo producir sino amor, siempre amor, amor en la unidad de la Trinidad.

Así es que todo lo que sale de Mí tiene espíritu y vida, por cualquier contacto que me comunique...Y Yo prometo que estas Confidencias del Corazón de un Dios hombre conmovrán y darán copioso fruto a mi Iglesia y una grande gloria a la Trinidad”

LXI

VERGÜENZA

Una de las vergüenzas para mis sacerdotes indignos ante mi Padre celestial debiera ser la de ejercer el poder del Padre, cuando perdonan los pecados, absuelven y limpian las almas, estando ellos manchados. Y el Padre mismo, la Trinidad misma, cumpliendo su ofrecimiento, desata lo que el sacerdote desata, y deja libres a las almas para el cielo.

Sanciona la Trinidad lo que el sacerdote hace; le sirve, se abaja para que use de Ella, del atributo de su divino poder, que nunca rehúsa el sacerdote por indigno que éste sea. Enemigo de Dios, alejado de Dios por el pecado mortal, Dios cumple, sin embargo, Dios perdona, Dios se humilla, por decirlo así, ante el sacerdote en pecado cuando ejerce el ministerio en el sacramento de la confesión; y más aún, con el pecado mortal actual que comete al impartir el sacramento no estando limpio.

"¡Hay! ¡Hasta dónde va el sacerdote en pecado con su rastrera malicia, con la bajeza inconcebible de su conducta y poca delicadeza usando de la Trinidad, siendo enemigo de la Trinidad! Y si en el mundo es imperdonable una falta de delicadeza al usar de las riquezas de un ofendido, ¿qué será la vileza de usar de los tesoros de la Iglesia, que son

los tesoros de Dios, con los que enriquece y salva a otros, mientras se hunde a sí mismo y me ofende?

Y aún suspenso por su Obispo, al sacerdote, en caso grave, se le deja la facultad de absolver; ¡qué tal es mi celo por las almas y el amor al sacerdote que no le quito lo que una vez le dé, que me dejo manejar y pongo mis tesoros inmortales a su disposición, siempre que los merece y aun sin merecerlo, en caso de que peligre un alma!

Pero mi Corazón de hombre siente las indelicadezas del hombre muy hondamente, y como soy uno con la Divinidad por ser Dios hombre, me lastima muy duramente un sacerdote en pecado, al impartir os sacramentos; y sufro el bochorno ante mi Padre de que reparta sus riquezas quien no merecía tocarlas.

Se forjan a veces también los sacerdotes una idea alta de Mí -como debe ser-, pero que en cierto sentido les perjudica; me ven por las alturas, se sienten muy lejos de Mí. Me contemplan sólo en el trono de la Divinidad.

Todo esto muy bueno es; pero no se impregnan de la idea de que soy también hombre a la vez que Dios, que vivo en constante roce con ellos -no sólo en la Eucaristía-

, en una unión más que íntima en el cumplimiento de los deberes de su ministerio; que sé sentir las delicadezas, los abandonos, y que me contristo cuando me posponen a una criatura, a una vana ocupación, aún al pecado que mi delicadeza cubre.

Yo quiero más pundonor en mis sacerdotes, más delicadeza y fidelidad Conmigo, más trato íntimo y santa familiaridad con su Jesús.

Que se hagan más el cargo mis sacerdotes de que si soy Dios, también soy hombre, y con un corazón que los ama tiernamente y que ansía sólo su bien. Para esto quiero su transformación en Mí, para esto persigo la unidad de todos en Mí, para consumarla en la Trinidad.

¡Si mis sacerdotes comprendieran a fondo la ternura y delicadeza con que los amo, y por qué los amo, y por qué quiero hacerlos felices, y anhelo su identificación Conmigo! ¡No le basta a mi amor infinito el ver a mis sacerdotes otros Yo en el altar, quiero verlos siempre así, quiero que estén penetrados de Mí, palpitando, viviendo, obrando, amando, Yo en ellos! ¡Oh, éste es el ideal de todo un dios en la tierra, y por alcanzar este ideal quiero volver al mundo en ellos, ostentar mi poder, y hacerme patente a las almas, y arrebatargas al infierno!

No otro fin llevan estas Confidencias en su fondo, la transformación de los sacerdotes en Mí y la salvación y regeneración del mundo por Mí en ellos. Es un nuevo impulso de mi caridad, es un nuevo empuje de mi amor, de ese amor que hace abajarse a todo un Dios para mendigar el amor de sus criaturas.

No se conoce a fondo mi Corazón, no se ahonda en los abismos de ternura que encierra, no se mide ni se piensa en lo infinito de ese amor, de esa locura de amor, de ese

volcán de fuego divino que quiere abrasar los corazones de los sacerdotes por el Espíritu Santo.

Quiero pureza, quiero delicadeza, quiero cruz en mis sacerdotes; pero sobre todo, quiero fundirlos en Mí para que todos formemos uno en mi Iglesia, en las almas, en el Seno del Padre, en María, en la Trinidad.

Tampoco quiero que mis sacerdotes comuniquen a las almas esa como tirantez con Dios, prefiero la santa y respetuosa confianza que da el amor.

Hay sacerdotes adustos, reservados, secos, ensimismados en sus opiniones y aferrados a su manera de ser, por carácter, y que comunican a las almas y aun les exigen esa manera alejada y exageradamente temerosa de tratarme y de amarme que inspira miedo y seca las fuentes de la ternura.

Y es que no ahondan en lo que digo, que si me abajé para hacerme hombre fue para no deslumbrar al hombre con los esplendores de mi majestad, sino para que se me acerque sin miedo y me ame con esa amable y digna confianza que da el verdadero y santo amor.

Que me muestren mis sacerdotes tal cual soy, no el Dios del Sinaí nada más, sino un Dios hombre que dio su sangre y su vida por el hombre y que tiene sus delicias en el acercamiento y amor confiado de las almas".

LXII

DOLORES MÍSTICOS

“**H**ay que tener en cuenta que soy Dios-hombre; claro está que no tengo dolor físico y que en mi ser divino no puede haber pena, sino felicidad infinita. Basta para Mí, y bastaba en la tierra la visión beatífica, para no poder sufrir; porque la felicidad eterna rechaza el dolor.

Pero un dolor místico si puede tener mi Corazón; no es la palabra dolor la que en este sentido debe aplicarse; es el contristarme al ver ofendido a mi Padre, a la Divinidad en Él, en el Espíritu Santo y en Mí. Es ver pisoteada mi ley y mi Iglesia hasta por muchos de los suyos con su innoble conducta.

Y para llenar de hueco de amor al dolor – al cual hice dolor salvador- que tuvo mi corazón de hombre en el mundo, escojo almas que sufran por Mí. Pero, ¡Oh! mi Corazón es tan inmensamente tierno que sufre místicamente al ver sufrir por Mí a las almas que me aman y que amo.

La sed de dolor que tuve en la tierra no se ha saciado ni aun en el cielo, como que mi pasión dolorosa no fue bastante para acallar aquel grito de amor que anhelaba sangre, y aun derramándola toda entonces, y ahora con sacrificio incruento en los altares, no ha quedado satisfecho su Jesús. Por eso

he sufrido en los mártires; por eso sufro en las almas que continúan mi pasión en la tierra; por eso les inspiro el continuar esa Pasión de amor y dolor, por el atractivo a la cruz que tuve en mi vida, para expiar, para reparar, para borrar los crímenes del mundo.

Amaba a mi Padre y quería pagar la deuda de la culpable humanidad, amaba a los hombres con amor infinito y humano, y quería hacerlos felices. Estos dos amores son uno en el Espíritu Santo, en el cual amaba a mi Padre y al hombre; por eso me desvivo, me derramo en el mundo y pido dolor para saciar mis anhelos de sufrir que no se han agotado, por la fiebre que aun consume mi Corazón de amor de glorificar al Padre y de darle almas.

Y en mi Iglesia, si se penetra hasta su fondo, éste es su carácter genuino y especial, ésta su fisonomía: el amor y el dolor que no pueden separarse, porque ambos forman la sustancia de mi Corazón.

En el cielo solo me queda el amor real, palpitante; pero también la sed de dolor, la cual calman las almas generosas y víctimas, que completan mi Pasión en la tierra. Pero eso de que se crea que porque está glorificado mi Cuerpo se le haya acabado o haya tenido fin sus aspiraciones al dolor, es falso. Los mismos latidos de mi pecho los tengo hoy; los mismos ideales, las mismas santas ilusiones de darle gusto a mi Padre y de presentarle a mi Iglesia tan tersa y tan pura y tan santa en sus sacerdotes crucificados por amor, como debe ser.

Pero distingo dos clases de sufrimientos; los sufrimientos salvadores que son de los que tengo sed, porque el dolor redime; y esos otros sufrimientos místicos, pero reales en su sustancia, ocasionados por las ofensas de Dios que tanto me duelen como Dios hombre. Y claro está que cuando veo las ofensas y las deficiencias culpables de mis sacerdotes me contristo; que cuando veo sus pecados me duele el Corazón en su parte mística. Entonces ¿Por qué me quejo, por qué imploro, por qué imploro, por qué doy los medios para que se remedien esos males?

¡Podría mandar fuego del cielo en tantas ocasiones! Pero ¿por qué lo hago? Porque desde que fui hombre amo al hombre, y en cada hombre veo como una parte de mi naturaleza humana (pues si todos pecaron en Adán, todos se reivindicaron en Cristo; y en cada sacerdote me veo Yo completo, con todo mi ser divino y humano; y no es que Yo pueda dividirme o que en lo humano que hay en Mí no esté también lo divino, pero como en mis sacerdotes he puesto toda mi predilección de mi alma y en ellos veo lo divino y lo humano mío, más los distingo y más los amo.

Por esto mismo, más me duelen sus ingratitudes, sus desprecios, sus ofensas y su eterna condenación. Por eso anhele vivamente la transformación de los sacerdotes en Mí; por eso les he dicho mis secretos íntimos, su filiación con María, más acendrada y estrecha, y el camino más corto de la transformación por la encarnación mística que deben tener.

El misterio de la Encarnación es el más comunicable; y la Eucaristía es consecuencia de aquel sublime misterio de

amor y de abajamiento. Si no hubiera encarnación no existiera la Encarnación del Verbo. De ahí la cadena de gracias inconcebibles para el hombre, la cadena de amor que une la eternidad con el tiempo y que no concluirá, porque se perpetuará en el seno de la unidad de la Trinidad eternamente.

Pero los sacerdotes son el medio indispensable para llevar a las almas a esa unidad de donde salieron y a donde tienen que volver; porque lo divino que sale de la Trinidad es inmortal, no se deshace, no se acaba, sino que participa de la eternidad de su ser.

¡Ah! ¡Late mi pecho de Dios hombre anhelando la realización de ese impulso de amor que doy al mundo, de esa íntima transformación de mis sacerdotes en Mí para gloria de mi Iglesia, de ese Yo en ellos de vuelta a la ingrata tierra para evangelizarla, atraerla, conmoverla y salvarla!

Que pidan, lo repetiré sin cansarme, para que se apresure esa reacción poderosa, que necesita también de la voluntad enérgica y generosa de los sacerdotes, de su amor activo, del Espíritu Santo, por María”..

LXIII

UNIÓN DE VOLUNTADES

“Yo vine al mundo con el fin de hacerme amar de hombre, de orientar su amor hacia lo divino; porque el hombre se puede decir que es amor, nació del amor y lleva en su ser el amor.

Pero ese amor lo falsifica, lo vulgariza, lo mancha, cuando el amor es lo más noble del hombre y del alma del hombre.

Y en realidad, que pido al hombre y el que el hombre me puede dar es derivación del Amor eterno, del divino Amor. No podría el hombre amar de otra manera, sino con ese amor; pero lo que busco en ese amor es lo más hermoso de él: la voluntad de amarme. Esa voluntad libre de alma es la que persigo, la que vine a buscar en la tierra, la que quiero poseer plenamente, la que me satisface. Y en unir esa voluntad con la mía en todos sus grados, en toda su plenitud está el punto culminante de su transformación en Mí.

Necesito la voluntad del sacerdote, porque sin ella nada puedo hacer en su favor ni en bien de las almas; necesito esa voluntad de seguir mis huellas, de imitarme, de pertenecerme absoluta y plenamente, y de amarme,

para tomarlo como mío, para su transformación en Mí.

¡Quién lo creyera! Pero existen sacerdotes que se me dieron y se volvieron a tomar. Hay otros que me dan su voluntad a medias, con restricciones, con egoísmos, con falsedades; y esas voluntades no me satisfacen y me ofenden. Y yo tengo que dármelas a medias, con medida; porque Yo sé que si me les diera como quisiera, desperdiciarían ellos el don de Dios y pecarían.

¡Quién lo creyera que Yo, más que ellos, cuido que no se manchen, que no acumulen castigos sobre castigos, y prefiero morirme de sed a sus puertas a que acumulen leña para quemarse! Más que las ofensas a Mí, cuido de que no aumenten la cuenta de sus debilidades, de sus ingratitudes, de sus ofensas, y veo por su bien.

Pero por esa delicadeza – la de cuidar sus almas-, que muchos no comprenden y que pasa desapercibida, como pasan muchas de mis gracias a sus ojos, no me les doy como quisiera, no derramo en ellos el torrente de gracias que estoy ansioso de darles, solo por añadir deslealtades y desperdicios de esas gracias que no deben rodar por el suelo nunca, ni menos rechazadas por el corazón del sacerdote.

Quiero la voluntad del sacerdote, y ¿saben por qué?

Porque su voluntad es amor, es la esencia del amor.

Ese libre albedrío que Yo no me apropié, sino que se lo regalé al hombre; esa voluntad que siempre respeto,

aun siendo Dios, vengo hoy a pedir en estas Confidencias para su bien; y también -¿por qué no decirlo?-, porque tengo hambre y sed de poseer esa voluntad que por muchos conceptos debe pertenecerme.

Y aquí voy a descubrirles una cosa: que la falta de esa voluntad es la causa poderosa que impide su transformación en Mí, es el obstáculo mayor para la fusión de sus almas en mi alma, de su Corazón en el Mío, es el tropiezo, es el dique que detiene a todo un Dios para juntar y fundir al sacerdote en el eterno Sacerdote, y transformarlo en Él.

Aquí les descubro este secreto que llevo en mi alma, y que lamento, y que quiero destruir a fuerza de amor y haciéndoles oír mis quejas, ¡ay! Las quejas de un Dios, de su Jesús, que los amó a tal grado que me parece poco que me imiten, y quiero llegar a transformarlos en Mí, a que en adelante no aparezcan ellos, sino Yo en ellos, y encuentren a mi Padre y atraigan las almas hacia Él para glorificarlo.

Ya he señalado en estas Confidencias muchos obstáculos, pero hoy he puesto a su vista el principal para mi unión con esos sacerdotes amados: ¡su voluntad! Quiero esa voluntad pura, firme, generosa, absoluta, fiel y amante.

Con esas cualidades, el Espíritu Santo procederá al trabajo dulce y ansiado de la transformación de los sacerdotes en Mí. Del Espíritu Santo en ese trabajo que

acepta complacido en cada alma, y más en la del sacerdote; y por medio de ese artífice divino, la copia quedará perfecta, puesto que Él fue el que formó en el seno de María, con todas las perfecciones y carismas que merecía un hombre Dios.

Solo el Espíritu Santo transforma, regenera, hermosea y llena de gracias a las almas, no solo fotografiándome a Mí en ellas, sino que las transforma en Mí; y es su mayor gusto por complacer al Padre, y pone toda su actividad en el alma que se deja hacer, que recibe su acción y su unción sin resistirle.

Pero, naturalmente, para esta forma y reforma necesita la voluntad plena del sacerdote, el abandono amoroso y confiado en sus manos; y en su voluntad misma, el deseo vivo y ardiente de transformarse en Mí. Necesita el Espíritu Santo, Espíritu delicadísimo y santísimo, la cooperación del alma y la ejecución de sus santas inspiraciones.

Es muy sutil y fino el Espíritu Santo que obra siempre por amor, pero que pide amor, que no quiere más recompensa que amor. Que me den todas esas voluntades unificados con mi Voluntad. Que lo pidan con amor y con sacrificios. Que pidan al Espíritu Santo que mueva y conmueva a las almas sacerdotales con sus gemidos amorosos; y esas voluntades, muchas levantadas, otras independientes, otras arrogantes y emancipadas, se unificarán, humilladas y vencidas por fin por el amor (que es la única arma que Yo esgrimo en el

mundo, porque hasta mis castigos en el mundo son amor), formarán un solo querer, una sola voluntad con la mía, en la unidad de la Trinidad.

El día que esto suceda será un triunfo para mi Iglesia amada y una dicha para mi Corazón. A medida de esta unión, comenzará el triunfo y la transformación de esas almas en Mí. Esa unión es solo de caridad, es solo de amor, que, al hacer de todos mis sacerdotes un Jesús, atraerá del cielo las miradas del Padre sobre la iglesia, las naciones y las almas. Entonces, volveré Yo a la tierra, porque mis sacerdotes formarán un solo Jesús, y a sus palabras que serán las mías, y a su acción que será la mía, y a su atracción pura, santificante y unitiva que será la mía, florecerá en todo su esplendor mi Iglesia, y María sonreirá enternecida, y la Trinidad será glorificada en espíritu y verdad”.

LXIV

CONSAGRACIÓN

“**E**n todo lo que he dicho no he tenido más fin que conmover el corazón del sacerdote para su transformación en Mí. Siempre mis planes y mis fines son de amor, y más, mucho más cuando se trata de lo que más amo en la tierra, de mis sacerdotes. A las almas que más amo, después de ellos, son a las que por misión o por gracia especial, reflejan algo del sacerdocio.

Pues bien, estas Confidencias han tenido por objeto unir a todos los sacerdotes en la unidad de la Trinidad, pero transformados en Mí; llevan el fin de hacer de todos ellos un solo Jesús, Yo en ellos; no muchos Jesús, sino uno solo, en donde estaré y me mostraré Yo para volver al mundo desorientado, hacia la divina brújula que conducirá las almas al cielo; la iluminar con la luz del cielo las sombras y nieblas en las que están envueltas. Es un nuevo empuje de misericordia y de perdones, una gracia más para la salvación eterna.

Volveré a la tierra más visiblemente, más sensiblemente, en mis sacerdotes que se presten a esa reacción espiritual, y el mundo recibirá el impulso divino y mi Iglesia dará sus frutos de vida eterna, y glorificará con esto a la Trinidad.

Pero voy a decirles una cosa muy importante. Muchas almas de mis sacerdotes comenzarán con escrúpulos que no quiero, pues que Yo fui amplio, todo paz y serenidad. Mi Espíritu Santo, es de paz, y en su actividad se encierra, sin embargo, la tranquilidad imperturbable de un Dios.

A muchos de mis sacerdotes tentará Satanás de diversos modos: a uno con escrúpulos, a otros con desalientos, a otros con humildades falsas, a otros haciéndoles ver un enorme peso en su augusta y santa vocación, etc. Que no hagan caso al enemigo; porque éste al sentir la divina reacción, bramará, esgrimirá todas sus armas, pondrá en juego todas sus baterías, y Yo necesito esforzados campeones, almas valientes que triunfen de sus astucias y tentaciones infernales.

Ha llegado el tiempo de que mis sacerdotes sacudan de sí mismos toda pusilanimidad; y con aire guerrero y sin miedo a los combates, levanten su frente pura y peleen y venzan al infierno; que si se transforma en Mí, no serán ellos solos los que venzan, sino Yo en ellos el que triunfe y enarbole la victoria de mi Iglesia, en mi religión santa y en las almas.

Nada de miedos que aquí estoy Yo; nada de debilidades, ni de disculpas, ni de detenciones en el camino; camino de cruz, sí; pero lleno de luz, de gracias y de fortaleza del Espíritu Santo.

Con el Espíritu Santo y con María, con mi Corazón y

con la Cruz, ¿qué temer? Valor y confianza, y una entrega total y absoluta de la voluntad de los sacerdotes a la mía: eso es lo que Yo necesito para que el Espíritu Santo obre en los corazones.

Hay que renovar aquellas santas promesas y protestas del día feliz de su ordenación; hay que refrescar aquellas santas emociones divinas para tomar aliento, para atizar los deseos vivos y ardientes de santidad; hay que amarme, que amarme más, que reavivar ese amor santo y puro; porque solo el amor impulsa, activa y santifica; porque solo el Espíritu Santo, que es amor, es el que une por amor.

De suerte que para alcanzar lo que pido, deben todos los sacerdotes hacer una consagración general y particular – no de Diócesis y de Naciones solamente, sino de almas sacerdotales, cada una especialmente-, al Espíritu Santo, pidiéndole por intercesión de María que venga a ellos como en un nuevo Pentecostés, y que los purifique, los enamore, los posea, los unifique, los santifique, y los transforme en Mí.

El Espíritu Santo es el gran motor de la Iglesia, su ser y su vida, y el que tiene el movimiento de los corazones que se le entregan; que hagan esto mis sacerdotes y darán gloria a la Trinidad, y llenarán el fin que persigo para consuelo de mi Corazón, para salvación del mundo y para su propio bien. Todo depende de su correspondencia a lo que pido, todo depende de su fidelidad y de su amor hacia Mí, tanto esa transformación

como esa unidad, y el hacer su voluntad una con mi Voluntad.

María, ha tomado parte activa para que se derramen esas gracias en favor de mis sacerdotes y de mi Iglesia. Que sean hijos agradecidos y que la honren más y que la amen más, por ese ser de hijos más íntimos que el de los otros hijos, pues que tomaron vida, como el Salvador del mundo –en cierto sentido-, de su vida, de su ser inmaculado, del calor maternal de su Corazón.

Yo prometo que esta reacción vendrá. ¡Oh, sí! Vendrá, y Yo reinaré, en mis sacerdotes sobre todo, porque soy Rey universal de mi Iglesia y de los corazones”.

LXV

GRACIAS DIVINAS PARA EL SACERDOTE

“**E**l Sacerdote y la Encarnación tienen entre sí mutuas y misteriosas relaciones.

En el altar, el sacerdote reproduce - en cierto sentido - el misterio de la Encarnación, que atrajo al Verbo hacia la tierra para hacerse hombre.

Unidos al Dios hombre, el sacerdote opera el misterio de la transustanciación. Entonces el Dios hecho carne, al servirse del sacerdote para la transustanciación – como se sirvió de su propia humanidad para instituir la Eucaristía – refleja en él místicamente y en cierto grado el misterio de la Encarnación.

Lo que no debe extrañar, pues en realidad todos los misterios se reflejan en el corazón del sacerdote a la hora de la consagración. El misterio de la unidad muy especialmente, porque, al transformarse en Mí en aquella hora solemne del sacrificio, viene a ser uno Conmigo, en la unidad de la Trinidad.

También se refleja en él el misterio de la Eucaristía, porque al transformarse en Mí, participa de la unidad de

la Eucaristía, cuya sustancia es una, aunque se multipliquen las especies.

Dios es misterio que la fe ilumina, que la esperanza aclara y que el amor penetra y que hace que el hombre se una con Dios, se divinice y se transforme.

Las virtudes teologales tienen su perfecto desarrollo en el sacerdote que se transforma en Mí; crecen y se agigantan en su alma, lo elevan de la tierra y sobrenaturalizan su vida. Esas virtudes teologales son como las alas que lo sostienen entre el cielo y la tierra, y no lo dejan mancharse con su contacto ni empolvase siquiera.

¡Cuántas ventajas tiene, para el sacerdote, sobre todo, la transformación en Mí! No puede el sacerdote medir, ni criatura alguna, las riquezas y los tesoros inmortales que encierra para sí mismo y para otras almas. Porque lo de Dios se difunde. Dios no puede estar ocioso ni en Sí mismo ni en las almas a quienes se comunica; porque el Espíritu que lo mueve –que es el amor- es activo y no descansa, siempre dando a Dios, que es lo mismo que si siempre diera amor.

Y claro está que a los Obispos y a los Sacerdotes el Espíritu Santo los distingue, porque son más que él, porque le pertenecen por derecho de justicia, de elección y de donación. A ellos los ha ungido, sobre ellos ha descansado y en ellos tiene su morada y su nido.

Y si todos los cristianos desde el bautismo son su templo, los sacerdotes no solo son su templo, sino su posesión. Porque el Padre se los dedicó eternamente al Espíritu Santo; porque Yo – el Hijo – los conquisté por mis infinitos méritos; porque el mismo Espíritu Santo, cuando encarnó al Divino Verbo en María, se gozó también en divinizar la vocación sacerdotal con el contacto del Verbo, el Sacerdote eterno, y puso en esa vocación una fibra de la fecundación del Padre y un reflejo de la pureza de su Inmaculada Esposa, imagen de la Iglesia.

Por derecho, pues, le pertenecen los sacerdotes al Espíritu Santo, que desde la eternidad le deben favores inauditos y gracias estupendas que muy pocos le agradecen.

¿Quién cuidó, si no, su vocación hasta conducirlos al altar?

¿Quién infundió en ellos ese alejamiento del mundo y ese amor a la pureza?

¿Quién le dio fortaleza y valor para dejar los lazos naturales y entregarse para siempre a Dios en cuerpo alma?

¿Quién les infundió la fortaleza para las abnegaciones futuras, para los sacrificios constantes, para las soledades del alma y del Corazón?

¿Quién les abrió caminos y les inspiró los heroicos renunciamentos que necesita un sacerdote para llegar al

altar?

¿Quién los ha sostenido antes y después en sus luchas internas que solo Yo veo, y quién los ha elevado a la altura de su vocación y les ha dado la victoria?

El sacerdote ignora toda la acción salvadora, reconfortante y glorificadora que le debe al Espíritu Santo y las luchas que este Santo Espíritu ha tenido y tiene con Satanás, para cuidar sus cuerpos y sus almas expuestas a ser desgarradas por el espíritu del mal.

Y solo cuándo la voluntad humana se ha rebelado contra Él, el Espíritu Santo ha tenido que ceder el campo al enemigo, con gemidos inenarrables; pero pronto a volver a tomar posesión de los suyos en el momento en que humildemente lo invoquen por el arrepentimiento.

El Espíritu Santo es tan fiel que jamás abandona a quién se le ha confiado. Es mi Espíritu. Soy Yo mismo en Él y en el Padre, en cuánto que tenemos una sola Divinidad; todos Tres tenemos ternura y caridad. Somos quienes nos contristamos con las rebeldías e ingratitudes de los sacerdotes que tanto amamos y que tanto le deben a la Trinidad Santísima.

Pero también nos alegramos con sus triunfos y nos gozamos en remunerar a los sacerdotes con más y más carismas de amor, con gracias, virtudes y dones para premiar sus victorias.

Nunca está solo el sacerdote, sino que la Trinidad

misma lo acompaña a todas partes de una manera especial, lo protege a todas horas y lo ama siempre.

Esa Trinidad inefable, eterna, e inmensa, está siempre velando sobre él y a su disposición y - ¡cosa que asombra a los ángeles! – para ser utilizado en su favor y en el de los fieles, en el cumplimiento de su santo ministerio.

¡Todo un Dios infinito a la disposición del sacerdote en la santa Misa, en los sacramentos, en el ejercicio de su ministerio!

Pues bien, para perfeccionar esa vida de intimidad con la Trinidad, vengo a pedirle su transformación en Mí, que es de justicia, y a darle un don más para él, una perla más para su corona.

Para esto he tocado el corazón del sacerdote en todas sus fibras principalmente en estas confidencias amorosas, y he ampliado su camino de santidad en la Tierra y abierto ante sus ojos horizontes de perfección que está en su deber alcanzar para llenar mis designios sobre la tierra”.

LXVI

DESCONFIANZA

“**E**s muy triste lo que voy a decir: pero existen sacerdotes endurecidos, porque no limpian su corazón del mundo y de la carne; porque no hay cosa que más petrifique y perjudique al sacerdote como el aseglararse y el ponerse en contacto con lo que no es puro.

Estos pecados hacen empedernido el corazón del sacerdote y matan el él lo espiritual; y con estos pecados pierde la fe, y como consecuencia inmediata, se posesiona de él la desconfianza en mi grande misericordia.

La desconfianza, en las almas sacerdotales, es el arma principal del demonio para alcanzar el triunfo de su malicia, que es la impenitencia final del sacerdote. ¿Si se diera cuenta de la lucha que se traba entre los dos espíritus, el Espíritu Santo y el espíritu del mal, en la hora tremenda y decisiva de la muerte del sacerdote?

Ahí estoy Yo, corrido, avergonzado y ofendido por el pecado más terrible y más doloroso para mi Corazón, para mí Ser de amor: el pecado contra el Espíritu Santo, el que no se perdona, el de la desconfianza en Dios.

A esto conduce Satanás; este es su fin en el sacerdote pecador, que se va enfriando poco a poco en mi servicio y en la vigilancia de su alma. Allá lo espera el demonio para darle el golpe de gracia y arrebatarlo por fin de mis brazos y de mi Corazón, para hundirlo en el infierno.

Comienza la tibieza en el sacerdote; luego viene el desaliento, la falta de sacrificio que lo impulsa en sus obras espirituales, se va apagando la fe que les daba vida, muere la esperanza y envuelve a esa alma desgraciada la última arma que esgrime Satanás y con la que arrebató muchas almas de mis brazos: la desconfianza.

Más que nadie, el sacerdote tiene que estar muy alerta sobre su santificación y tomarse a menudo el pulso de su fervor, darse cuenta de la limpieza de su corazón y de su amor hacia Mí y hacia la Santísima Virgen.

Cada día deben reforzar su espíritu con nuevos bríos por la oración y, sobre todo, debe sacrificarse en el cumplimiento de los deberes de su ministerio.

Un cristal debe ser el alma del sacerdote que refleje al Espíritu Santo en todos sus actos; pero, sobre todo, debe poseerlo para amarme con el mismo Espíritu Santo, que es el amor del Padre, el más perfecto amor. Lejos de él contristar a ese Santo Espíritu a quien tanto le debe; antes bien, debe manifestarle su gratitud, correspondiendo fidelísimamente a todas sus

inspiraciones. Debe obrar por Él y con Él para agradar al Padre y a Mí que tanto hago por su bien. ¿Qué más que darle con mi Padre a nuestro Espíritu mismo y a mi Corazón con Él? Y ¿cuál es el medio que cierra la puerta al más grande mal que puede existir, y que es el de la desconfianza?

-La transformación del sacerdote en Mí. Entonces se llega a la intimidad más grande que puede existir Conmigo; y con mi amistad y con mi amor, ¿quién puede temer? Entonces, seguro y apoyado en Mí, trabaja el sacerdote hasta llegar a heroísmos increíbles; y con la fe más grande, y con la esperanza más firme, y aquilatada su confianza con la caridad, espera, seguro y tranquilo, su corona inmarcesible del cielo.

La duda no se acerca jamás al sacerdote transformado en Mí, entonces no le arredra ni la vida, ni la muerte, ni los peligros, ni las penas, ni los calvarios, ni el presente ni el futuro; porque su confianza en Mí es perfecta.

Y aunque su humildad lo haga desconfiar, es solo de sí mismo y jamás, jamás de mi amistad, de mi gracia y de mi amor. Si fue ingrato, infiel y desleal; si me ofendió aun gravemente, ¡no importa!; a tal grado han aumentado en él las virtudes teologales en su transformación en Mí, que esas virtudes sublimes lo han borrado todo, porque el amor y la esperanza con la fe en mi grande bondad y misericordia le han traído con el arrepentimiento la confianza, y antes sufriría mil muertes que perder esta

joya nacida del amor.

¿Quién que me conozca a fondo podrá desconfiar de Mí?

¿Qué sacerdote, que ha gustado la intimidad Conmigo, que ha conocido el abismo sin fondo de la ternura de mi Corazón, que han experimentado los grados de unión divina de mi alma con su alma, puede dudar de mi amor infinito hacia él?

Es preciso a toda costa que los sacerdotes se acerquen a Mí en la intimidad de los corazones. ¡Que no teman, que soy Yo; que si me han ofendido, Yo soy el perdón de Dios; que en Mí tienen un hermano, un hijo, una madre, un Padre, un Dios-Hombre que los ama con las entrañas más tiernas, con predilecciones sin nombre, que les tiende los brazos y que quiere salvarlos, abrazarlos, estrecharlos contra su Corazón que se dejó romper para que en él cupieran principalmente todos los sacerdotes, para transformarlos en Mí, en Jesús, todo misericordia y bondad!

Y yo sé por qué digo hoy esto, Yo sé por qué quiero que se sepa que mis labios están no solo dispuestos, sino ansiosos por darles un beso de paz... Mi misericordia supera hoy a mi justicia; todo lo olvido, he echado al mar sus extravíos, quiero perdonarlos, volvería con su gusto a mil calvarios, si con esto moviera sus corazones y los atrajera hacia Mí.

Pobres y ricos, jóvenes y ancianos, y en cualquier puesto o jerarquía de mi Iglesia en la que se encuentren, mi Padre y Yo solo vemos un solo sacerdote en ellos, para unirlos a la unidad de la Trinidad, por el Verbo, Sacerdote Eterno, que quiere regenerar, perfeccionar y salvar.

Que vengan a Mí todos los sacerdotes para alentarlos, para perdonarlos, para curar sus heridas, para enjugar sus lágrimas, para cicatrizar sus llagas, para hacerlos UNO conmigo, para transformarlos en Mí, para rendirme con su confianza.

Quiero romper en mil pedazos ese puñal de la desconfianza que traspasa el alma; quiero acabar con ese enemigo que me arrebató muchas almas sacerdotales; quiero mostrar al mundo mi triunfo sobre el infierno, darle honor y gloria a Mi Iglesia, y contemplar también los santos anhelos de mi Corazón de amor con sacerdotes santos, todos en el seno del Padre, sin dejar uno solo que no se albergue en mi Corazón”.

LXVII

DOS PAPELES DE JESÚS

“**E**l mayor milagro de mi Divinidad en la tierra fue el de esconder sus resplandores dentro de la Humanidad sacratísima. Milagro de mi omnipotencia fue ocultar los esplendores eternos de mi Ser.

Y este prodigio sobre toda ponderación lo produjo el amor, el amor que quería atraer y no atemorizar con los rayos de mi Majestad; el amor que se abajó a tomar carne, a hacerse hombre para que el hombre no se alejara de Mí ni me temiera; sino que uno Conmigo, en la fraternidad de la carne, se me acercara, me tocara, me viera sin morir y me diera toda su confianza.

Haciendo milagros de omnipotencia y de amor, quise ganar al hombre con esa delicadeza en la que jamás se piensa ni menos se agradece. Yo sabía que iba a morir, que vine a la tierra sólo para santificarla, para conducir con mi doctrina única a la humanidad hacia el cielo.

Pero, no le bastó a mi amor infinito unos cuantos años de portentoso milagro-el de esconder y ocultar mis resplandores en la tierra-, sino que quise perpetuar ese milagro hasta el fin de los siglos en la Eucaristía. También ahí velo mis resplandores para que el hombre no tema,

sino que sólo me ame con la confianza de esa igualdad que da el amor.

¿Por qué llama la atención y hasta se duda de la Eucaristía, si es sólo un rasgo de mi amor íntimo y de su unidad? Todo un Dios no encontró manera más propia para manifestar su sed de acercamiento al hombre que bajar al mundo y quedarse en la Eucaristía sin dejar de ser divino.

Quiso Dios juntar dos polos, la Divinidad con la humanidad culpable, que necesitaba de una Carne pura para purificarse, de un amor divino para divinizarse. Y he aquí algo estupendo juntar la Majestad con la tierra, la Pureza con la malicia, no mía, sino cargada por Mí, para expiarla de Dios a Dios.

Yo mismo Dios-Hombre, perdonaba y expiaba; redimía y premiaba; pero, ¡a costa de cuántas penas externas e internas!, ¡a costa de cuántos sacrificios que han pasado y pasarán desapercibidos por el mundo sensual y aun para muchos corazones de los míos!

Por una parte cargaba, cargaba como Cordero los pecados para expiarlos, me avergonzaba y me avergüenzo aun, con una vergüenza casi infinita ante mi Padre, por los pecados del mundo que llevaba sobre mi pecho como un fardo inmenso, como una montaña que no me mataba solo porque era Dios.

Por otra parte y al mismo tiempo presentaba mi

vergüenza ante la Divinidad ofendida, hacía que esa vergüenza en el Hombre-Dios atrajera la misericordia del Dios-Hombre, Yo mismo porque soy una sola Divinidad con el Padre y el Espíritu Santo.

Y esta lucha, y este peso de los pecados del mundo, y estas dos cosas en Mí: el hombre expiando y Dios perdonando, que fue mi vida en la tierra, continúa lo mismo en el cielo. Porque el título de Redentor no acabo con mi muerte, sino que se perpetúa en el cielo ante la Divinidad ofendida para alcanzar su perdón. Jesús, Salvador en la tierra, continúa siendo Jesús Salvador en el cielo, y presenta ante la Divinidad mi Sangre-en cada misa, sobre todo- que se refleja en el cielo, y mis méritos, mis llagas, mi amor al hombre para conmover a la Divinidad en favor del hombre.

Y este papel, que durará hasta el fin de los siglos, es el que quiero para mis sacerdotes por medio de su transformación en Mí; ésta debe ser su misión, continuación de la mía. ¡Que sean otros Jesús, unos Conmigo, víctimas Conmigo, ofreciéndome y ofreciéndose, -transformados en Mí- al Padre Celestial, a la Divinidad, siempre ofendida, para alcanzar perdón, misericordia y gracias para las almas!

Y tan identificados en Mí quiero tener a mis sacerdotes, que, siendo otros Cristos, alcancen de la Divinidad lo que Yo, y más que Yo, si así se necesita para desempeñar mi papel en la tierra y representar mi Persona Divina con dos naturalezas, divina y humana.

Es indispensable para continuar Yo en ellos mi misión en la tierra, el que sean otros Yo. Yo en ellos para expiar y perdonar; porque mucho de mi Divinidad hay en los poderes conferidos a mis sacerdotes, y ellos lo poseen para impartir las gracias a las almas.

¿Qué harían mis sacerdotes, si mi Divinidad no los asistiera y no pusiera en sus manos los tesoros inmortales, solo emanados y participados de esa sola y única Divinidad, una en las Tres Divinas Personas?

¿Qué haría mi Iglesia Católica, sin esa Divinidad única que la posee y que le da vida? No sería inmortal, no tendría ningún valor su doctrina, sería estéril, sin dar jamás frutos de vida eterna.

Pero mi Iglesia es divina, porque tiene consigo a las Tres Personas Divinas y también me tiene a Mí como Dios la segunda Persona de la Trinidad; y como Hombre, escalón para llegar a Divinidad. Me tiene a Mí como Redentor divino; como Glorificador divino, como Santificador divino en el Espíritu Santo.

¿Qué haría el mundo sin mi Iglesia y sin Mí, Dios-Hombre, que hace los dos papeles: de hombre que expía, y de Dios que se conmueve; de Hombre-Dios, de Dios-Hombre, por amor y que quema esa basura en el fuego del amor divino?

Nadie, ni muchos de los míos tienen en cuenta estos pensamientos que son una feliz realidad. ¡Qué pocos

piensan en mi papel de Redentor como Hombre-Dios, y de Salvador como Dios-Hombre! Y pocos se me hacen los siglos para seguir ofreciendo a la Divinidad ultrajada, los méritos del Hombre-Dios, adquiridos sobre la tierra, asociando a esas expiaciones voluntarias, a los dolores de muchas almas y de muchos cuerpos, que entrando en mi unidad, se sacrifican en el mundo, y completan mi Pasión que nunca se completa, por mi sed de más padecer y porque nunca cesan los pecados del hombre.

¡Ah! ¡De piedra hay que tener el corazón para no conmovirse con mi ternura, para no rendirse ante tal amor, y abajamiento, ante tantas pruebas de ese amor de un Jesús Redentor, Salvador y Glorificador, en las almas!

Estas verdades, deben conmover a mis sacerdotes principalmente, y darles una idea de la vocación sublime que desempeñan al representarme. Que las graben en lo más íntimo de su ser, y que continúen en íntima y transformante unión Conmigo, su papel de sacerdotes, de manera que sean dignos de expiar y de perdonar, de redimir y de salvar.”.